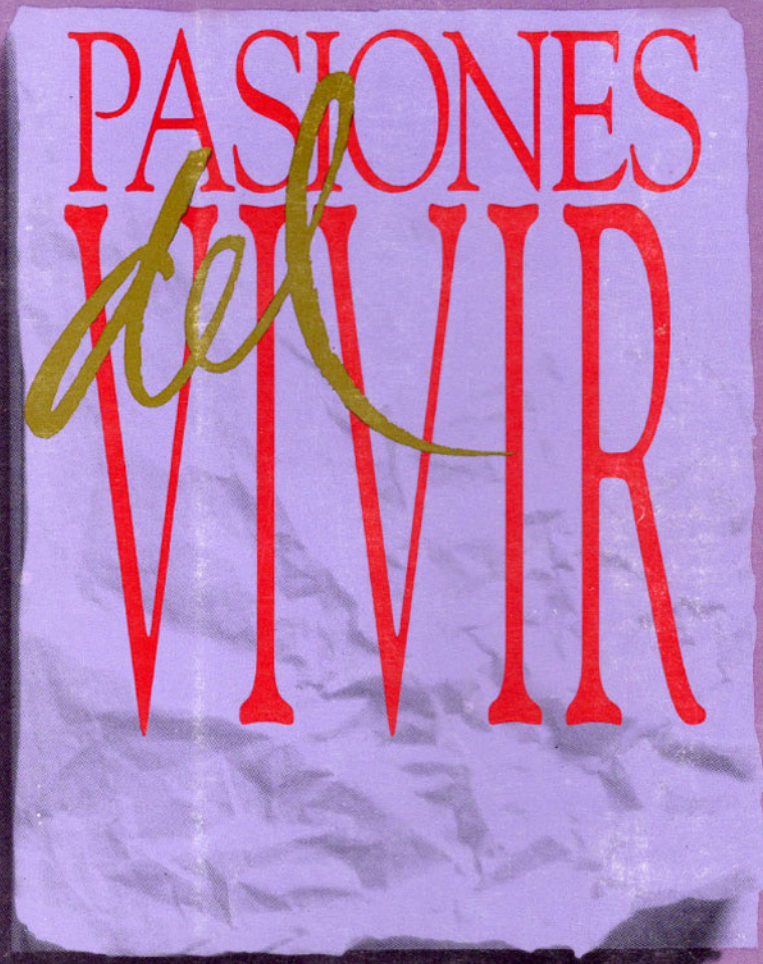
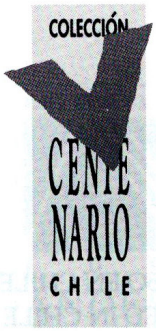
GABRIELA MISTRAL

PASIONES del VIVIR



FUNDACIÓN FUTURO

PASIONES DEL VIVIR



© Provincia Franciscana
de la Santísima Trinidad
Inscripción Nº 81.673
Derechos de edición reservados por
Editorial Los Andes
Callao 2988/Teléfono 2463494/Fax 2325985
Santiago de Chile

ISBN 956-7014-21-2

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, transmitida
o almacenada, sea por procedimientos mecánicos, ópticos
o químicos, incluidas las fotocopias, sin
permiso escrito del editor.

Se terminó de imprimir esta
EDICION ESPECIAL
para la colección Quinto Centenario
de la Cámara Chilena del Libro,
en los talleres de
Imprenta Salesianos
en el mes de marzo de 1992.

Diseño de portadas
de la Colección
M. Ximena Ulibarri L.

Digitalización realizada por Fundación Futuro: Agosto de 2022.

GABRIELA MISTRAL

Pasiones del Vivir

Selección y Prólogo
JUAN ANTONIO MASSONE

FUNDACIÓN FUTURO

ÍNDICE

PRÓLOGO 9

I. TIERRA Y CARÁCTER DE CHILE 13
Conversando sobre la tierra 15
Pequeño mapa audible de Chile 21
Elogios de la tierra de Chile 25
Recado sobre andinismo 32
Chile y la piedra 36
Un valle de Chile 38
Recado sobre la cordillera 43
El ritmo de Chile 49
La Antártida y el pueblo magallánico 52
Recado sobre el copihue chileno 58
Geografía humana de Chile 62
Sentido del 12 de octubre 72

II. MISIONES QUE DAN VIDA 75
Sentido del oficio 77
Sentido de la profesión 81
Sobre el oficio 86
Contar 88
El oficio lateral 92
La unidad de la cultura 101
El alma en la artesanía 107
La aventura de la lengua 110
La madre: obra maestra 115
Llamado por el niño 118
Música araucana 120
Palabras a los maestros 129
El sentido religioso de la vida 131
Viajar 133
El grito 136

Glosario 139

PRESENTACIÓN

Como Fundación Futuro, nos honra reeditar "Pasiones del Vivir", recopilación de la insinuante prosa de Gabriela Mistral publicada originalmente en 1992, con motivo del Quinto Centenario del Encuentro entre dos Mundos: Europa y América.

A cien años de la publicación del primer libro de la Premio Nobel de Literatura 1945 -"Desolación" (1922)- nos parece pertinente "reindagar" en su vasta prosa. ¿Qué se escucha en ellas que pudiera ser interpelante para las salas de clases del siglo XXI? Mucho. ¿Cuánta sabiduría nos traspasa austeramente la niña nacida en el Valle del Elqui en 1889? Mucha.

En estas páginas encontrará certeras palabras (sin parafernalia alguna) dedicadas a ensalzar cuando corresponde o criticar si lo amerita la situación, aspectos de nuestra gente. La elquina nos escribe sobre el valor del oficio, la cultura, la maternidad, la música y, por cierto, el de la vida. Asimismo, no ahorra palabras para celebrar la belleza de estas "*finis terrae*" que habitamos.

Docentes de Chile, la invitación es sencilla y precisa: aferremos con "dientes y uñas" a la fuerza y coherencia de los textos de Gabriela Mistral. Que ellos (prosa, columnas de prensa, discursos, cartas y poesía) entren con fuerza en las conversaciones de pasillo, de la biblioteca, de los patios, de las salas de profesores y -por sobre todo- de los consejos de cursos de los actuales establecimientos educacionales de Chile.

Magdalena Piñera Echenique
Directora
Fundación Futuro

PRÓLOGO

Mensaje Para Alma y Cuerpo

Cumplidos cinco siglos de venturas y querellas tan diversas, resultaría torpe desoír una voz de magisterio completo, como es la de Gabriela Mistral. Nuestra humanista tuvo al mundo y al vivir como variedad de infatigable creación. Admiradora de la obra divina y de las respuestas humanas, su testimonio no supo cansarse mientras hubo tiempo de ver y tiempo de alfabeto.

América y Chile la tuvieron como una «contadora» de excepción, para quien la materialidad no le fue susto, pero tampoco agotó la honda latitud de sus ojos. Cuerpo o tierra, piedra y vuelo de ave escurridiza, porcelana o empinado helecho, obra de hombre y rostro de mujer, dolor de niño o lección cotidiana, fuéronle acopio de humanidad clamante y compartida.

Las teorizaciones que han buscado ponerla en entredicho e imperdonable postergación, poco o nada tienen que refutarle a punta de ínfulas mezquinas. La palabra mistraliana se impone con la naturalidad de quien camina y alza el rostro. Voz que restituye ancestros y heredades, palabra que no escabulle futuros, porque todo es convocado en sentido de peregrinaje hacia el creador. Su decir late ajeno a la impersonalidad neutra como frente a respingos de sofocantes recovecos.

Tierra y obra no le fueron turismo y adjetivo, sino herida de belleza y conmoción que en cada recodo le apuraron cánticos o lecciones. Materia transfigurada: cosas y bestias, razas y horizontes, libros y misiones crecieron en su obra, porque las supo decir con alguien dentro. Por eso, dignificó la plebeyez del guijarro para restaurarlo en nobleza primordial. Si tuvo una palabra predilecta, ésa fue «raza», pero sin estrechez maldiciente sino como quien nombra con ella una historia, un proceder, un destino y una dignidad.

Antes que muchos, reclamó los derechos de la humanidad postergada por la estulticia o la arbitrariedad, pero al hacerlo, no buscó traficar con el dolor ajeno, sino proponerlo como una memoria que, a la vez, denunciara y conmoviera la esclerosis social. Su actitud fue dignificadora, no de arrogante e indignada autocomplacencia.

Su paso por cátedras y países dio en mostrarla como heraldo de mensajes más ciertos que ingenuas modas y más hondos que análisis reducidos. No dejó de llamar al respeto por la tierra, el paisaje y todos los seres vivos. Tampoco omitió proclamar la dignidad del trabajo que, en numerosos oficios, resulta columna de la existencia. Los verbos primordiales de la vida humana destacados en su obra fueron: enseñar, crear, nutrir, cantar, conversar y rezar. Anuncio y denuncia, actitudes predominantes. Entre cuantas personas y funciones son cumplidas en el mundo, aquellas de la madre resumen todas las otras, porque son espera, cobijo e indulgencia.

Al cumplir cinco siglos, América y Chile cuentan en la voz de una mujer no sólo los dolorosos extravíos de una historia, sino las oportunidades que sus tierras y sus misiones reclaman con claridades sustantivas.

Juan Antonio Massone

I
TIERRA Y CARACTER DE CHILE

CONVERSANDO SOBRE LA TIERRA

Voy a conversar con ustedes sobre un asunto que en la corteza no parece tener carácter femenino, pero que, en la entraña, es estrictamente familiar. Voy a hablarles sobre las relaciones de la mujer con la tierra y sobre la voluntad de conversación que une a ambas.

Cada uno de los países nuestros, sea Perú o Cuba, tienen en este momento pendiendo encima, como la espada de Damocles, el problema de la enajenación del suelo, de su pérdida lenta y sorda. Países pobres de capital, asistidos de una industria sietemesina, ahí están los veintiuno pidiendo al extranjero que les visite y enumerándole con una letanía de vendedor o *camelot*, sus minas, sus petróleos, sus gomales. El extranjero va a vernos y, ya sea norteamericano o inglés, toma el radio más ancho posible para garantizar su inversión; se establece con mucho desahogo y toma actitudes de posesor definitivo.

Siguiendo la lógica de los negocios, tienen perfecta razón los hombres de negocios nuestros al invitarlos, y ellos la tienen también al instalarse regaladamente.

Pero sucede que entre los intereses de los capitalistas criollos y los intereses de los capitalistas extraños, desarrolla su vida entera la masa de un pueblo que no verifica estos arreglos y que sólo los padece, masa que constituye el cuerpo del país, es decir, la carne de la patria, y que, no habiendo comprado ni vendido, debe sufrir las consecuencias enteras de la terrible operación. En cierta manera yo hablo por esa masa a la que pertenezco en cuanto a persona sin tierra pero que forma parte de una tierra, en nombre de esa masa a la cual le ocurre la desgracia de que despierta un día sabiendo que su provincia dejó de ser cubana, chilena o venezolana, sin que ella supiese el cómo ni el cuándo de su desgracia.

Acontece algo más grave todavía a esta masa inocente e ignorante y es el que no ha dado ninguna importancia al problema del suelo a causa de que la raza española fue antiagraria o, por lo menos, agraria y de que la raza hispanoamericana que la continuó no tiene, como el francés o el italiano, la pasión agrícola ni siquiera el gusto del logro económico.

En nuestro tiempo se confeccionan mapas para todo y sería

bueno que los amigos de la estadística gráfica se pusieran a hacernos un mapa de qué necesita urgentemente esa masa sacrificada a causa de su ignorancia: el mapa de la propiedad nativa y de la extranjera gracias al cual ella podría saber cuántas hectáreas de tierra forman el predio común y cuánto se ha enajenado. Yo creo que el conocimiento de un gráfico semejante levantaría el clamor popular, porque el pueblo tiene instintivamente el concepto de la realidad: él sabe que la patria es un suelo entero y no un suelo compartido a tercios y él entiende perfectamente que poseer es más que sufragar eligiendo legisladores.

Aunque la verdad que voy a exponerles sea siempre como las de Perogrullo, yo la escardaré esponjándola y se las mostraré minuciosamente, con minucia mujeril. Las mujeres no servimos sino para repetir los lugares comunes en el momento en que ellos comienzan a ser olvidados por los hombres.

La tierra es el sostén de todas las cosas y no hemos creado todavía otra mesa que soporte nuestros bienes. Las cosas visibles y las invisibles descansan sobre ella, desde la más pesada, como el metal vulgar que es el hierro, hasta la fina como la canción regional; la santa nutridora hace salir de ella lo mismo el clásico café que el pensamiento de Hostos. La tierra es la posibilidad de todos los bienes, porque el mar no sirve sino como camino entre los pedazos de ella y viene a ser una especie de hermoso criado terrestre.

Los hombres tenemos que decir al revés de San Juan el Evangelista: «En el comienzo era la tierra» y no «En el comienzo era el Verbo», porque la última forma es la divina.

Si poseemos legislación sabia, si hemos logrado una costumbre limpia, si podemos lucir artes y habilidades, todo eso lo creamos gracias al soporte inicial de la mucha o de la poca tierra. Donde ella está adelante de nosotros extendida y generosa, nos excita y nos empuja, y la vamos poblando de las plantas que le faltan, de las bestias serviciales, de los pueblos, y al final, de las culturas.

Mientras la tierra es nuestra, existen todas las posibilidades, porque la creación tiene dónde asentar los pies. Que la administración sea mala en tal época, no importa; se mejorará. Que la educación ande a tumbos, importa más, pero se puede fortalecer en la primera ocasión. Que el servicio social no baste, tampoco es cosa de muerte: se le irá volviendo suficiente. Pero venga la pérdida del suelo; cambie de dueño la mina que alimenta una ciudad; pasen definitivamente el cafetal y los cafetales a manos lejanas; váyasenos el depósito

de salitre de nuestro poder; en una palabra, córrasenos debajo de las plantas el territorio como una bandeja, y se han acabado con la realidad de la tierra defectuosa, pero susceptible de orden, todas las posibilidades de hacerla perfecta.

Las que llamamos pérdidas o conflictos o problemas son pequeñeces mientras la tierra permanece nuestra. La única tragedia verdadera es su enajenamiento. Cuando esto ocurra, hay que decir, parodiando a San Juan:«Hacia el fin de la tierra no era nuestra».

Las gentes superficiales que suelen tener pujos de espirituales, creen que las cosas humanas y divinas se hallan contenidas exclusivamente en el hombre y que basta él sólo para sostenerlas. Estiman que a la religión, por ejemplo, le basta el libro que la explica y el pecho que la reza: consideran que a una lengua le basta una literatura magistral y que no importa el que la hable mal el pueblo; porfían que la costumbre subsiste entre las costumbres extranjeras y todo esto es un amasijo de inexactitudes.

Desde que Dios sopló alma sobre el barro de Adán y puso ese cuerpo animado en un jardín, se fijó la alianza perdurable del alma, cuerpo y suelo. El alma pide el cuerpo para manifestarse y el cuerpo necesita de la tierra para que ella le sea una especie de cuerpo mayor que la exprese a su vez y que le obedezca los gustos y las maneras.

La tierra contiene nuestros ademanes y recibe nuestros gestos en la ordenación que le imponemos. Quítenle el ingenio al campesino que en su vida no ha desarrollado sino el ademán de cortar caña; arrásenle al viñatero en mi valle de Elqui la viña que poda, que riega y vendimia, y se quedará como un demente sin saber qué hacer de sí por un largo tiempo. Más tarde aprenderá el menester nuevo que le traigan, pero si ese menester resulta tan lejano de su placer como de su aptitud, el alma no se soldará con él, y se morirá como el peón de viña al que le robaron en la parra la vida.

No se trata solamente de campesinos. El peón mueve y remueve el suelo; los demás que cruzan el ingenio o el viñedo pueden no haber cortado nunca un sarmiento; pero participan de ese paisaje tanto como el hombre doblado encima de la cepa, sacando de él y poniendo en él, imaginaciones y sentimientos de los que apenas se da cuenta.

El extraño, ya lo sé, no va a aniquilar el cultivo sino a cambiarlo solamente y tal vez con más ganancia para la comunidad. Digamos que a crear otro orden. Yo he visto hacer estas rectificaciones con la vegetación de pino y la encina en la tierra de Francia y he asistido al enloquecimiento que la pura hazaña material traía a la vida moral. Y

es que el buen orden del extraño puede ser el desorden y la muerte nuestra, y es que es la cosa más natural del mundo que al extraño le importe menos que al semejante el que nos enloquezcamos.

Lo que llaman la costumbre significa un ritmo de vida y parece que no tuviera mucha importancia que una melodía del hábito se vuelva más rápida o más lenta o que sencillamente cambie. Venimos a saber más tarde que el ritmo adoptado, y que a veces tuvo apariencia de magnífico, nos triza y nos hace estallar lo mismo que la mudanza de calor y frío triza y rompe los cuerpos. La costumbre constituye el tejido de muchas almas pareciendo ser únicamente la rutina de muchos cuerpos, y cuando nos la descuajan, el desgarrón se siente en las entrañas, que era donde remataban sus hilos.

En apariencia la tierra es un negocio exclusivamente viril y la mujer, que rara vez cultiva, no tiene por qué preocuparse de él. En verdad la tierra la defiende el hombre, pero la defiende para la mujer.

Eso que llaman -la riqueza mueble- acciones, bonos, valores en general y que yo llamaría la aventura acostada en papeles numerados, es un lote inventado por el hombre. La mujer sensata casi siempre cree poco en eso, aunque saque de ellos vestidos y perfumería; la mujer cree en la propiedad de ver y tocar, en el predio deslindado, en la granja, y en esas cosechas casi seguras o seguras de donde sale desde su mesa hasta la ropa de su niño.

Cuando el padre, el marido o el hermano hipotecan esa lonja labrada, la mujer es la única que llora, que siente en ese suelo una calidad de carne y se duele de la pérdida como de una amputación.

Cuando los pueblos primitivos asignaban al hombre el fuego y el aire como elementos suyos y señalaban a la mujer la tierra como su lote, tenían razón redonda, y acertaban en pleno, y más acertaron dando a la costra cultivada nombres femeninos, como Ceres o Pomona o Diosa del Maíz.

El hombre tiende a trocar su bien, a arriesgarlo y también a jugarlo. El es jugador por excelencia, y para decir esta temeridad yo me acuerdo de los hombres y mujeres que yo he contado en torno del tapete verde. La mujer tiende a volver la ganancia del hombre, cuerpo estable y disfrute sin riesgo, en casa o predio. El mundo habría sido puro nomadismo y fuego fatuo de aventura incansable si no le ponen al Adán la Eva al costado y en ella la responsabilidad de los hijos.

Siguiendo en esta línea de permanencia, la mujer crea sobre la tierra pesada de la que está segura, las costumbres que traen también

su plomo adentro.

El hombre recibe o hace la religión como una llama que lo empine hacia lo desconocido, y la mujer poco a poco transforma esa misma religión, de la mística pura que era, en la ética positiva y, a veces, en la vulgar policía del hábito, es decir, en aprovechamiento. La mujer pide al hombre el matrimonio cuando él le ofrece el amor; la mujer nunca le solicita que vaya a la guerra, pero acepta su partida cuando la guerra se vuelve distinta de la aventura y se llama la guardia de los bienes. Hay una gradación infinita de las exigencias femeninas al varón, y, desde la primera a la última, éstas se resuelven en posesiones materiales que son las de su preferencia.

Después de considerar dichas grecas del carácter femenino, es curioso darse cuenta de que la mujer de nuestra raza no observe la desgracia que ocurre a lo largo de nuestro continente en esta hora, y que no salte a defender el suelo que es la posesión máxima. La que escribe estas líneas necesita ser campesina de origen, campesina de costumbres y campesina voluntaria o deliberada, para que el problema golpee el corazón después de quemarle los ojos con los que ha mirado la venta paulatina de la América nuestra.

Un amigo me daba en Nueva York hace meses una estadística hecha por él silenciosamente sobre la distribución de la propiedad en su provincia. No quiero yo nombrar el país de que se trata, pero puedo asegurar que el dato es terriblemente verídico; un tercio de suelo ha sido enajenado en esa patria latino-americana y el traspaso se ha cumplido en unos treinta años. Uds. no llamarán alarmista a la persona que calcule la pérdida de otro tercio de suelo para treinta años más. La calamidad va de prisa como el despeñamiento en la tragedia griega y esta tragedia es la única digna de tal nombre en cualquier nación.

Nuestros países ideólogos viven de ilusiones infantiles o de especulación pedante; parecemos niños en la mitad de nuestros actos y gente senil en la otra mitad. Mucha consideración rodea entre nosotros un acta de independencia que en verdad independizó a un décimo de la población; mucha dignidad otorgamos a una Constitución que nos llama libres «a todo trance» y que nos ha echado sobre el cojín de plumas de la confianza, desde el cual no levantamos la cabeza para saber si seguimos siendo libres; mucha oda y mucho orfeón enderezamos en torno de nuestros héroes políticos.

Desde 1810 hasta hoy, la época se ha volteado como un bolsillo, y las palabras independencia, libertad y heroísmo corresponden a

realidades nuevas, terriblemente mudas. De esta manera nuestra vida nacional sale menos de una Cámara legislativa que de una Cámara de comercio y agricultura; un héroe cortado para este tiempo será el botánico que cure en el Ecuador la plaga de cacao y un salvador con mayúscula mesiánica en el nombre será aquel que nos mude la organización social de cuajo, acicateado y urgido por el hambre de la población y las poblaciones.

Tierra nuestra podemos llamar solamente a aquella que según las listas de los Municipios, muestre nombres y apellidos nacionales en la inscripción de la propiedad; riqueza nuestra es aquella cuyo caño abastecedor, sea de petróleo, de goma, o de maleza, sea sostenido por manos propias, por las manos de nuestro color.

San Juan, Puerto Rico, 1931

PEQUEÑO MAPA AUDIBLE DE CHILE

Se nos ocurre que la «radio» podría darlo y no otra, un ensayo de «mapa audible» de un país. Ya se han hecho los mapas visuales, y también los palpables, o sea, los de relieve; faltaría el mapa de las resonancias que volviese una tierra «escuchable».

La cosa vendrá, y no muy tarde; se recogerá el entreveramiento de los estruendos y los ruidos de una región; sin tocar las facciones del suelo, colinas ni ciudades, posando angélicamente los palpos de la «radio» sobre la atmósfera brasileña o china, se nos entregará verídico como una máscara, impalpable y efectivo, el doble sonoro, el cuerpo sinfónico de una raza que trabaja, padece y batalla.

El país, para éste como para otros menesteres, resulta arduo de recorrer y de atrapar. La caja de sonidos es larguísima. Hay que escuchar como el venado: con oreja no sólo abierta, sino tendida en tubo captador.

A estas horas comienza allá nuestro día de vivir. Es casi la mañana. En la región Norte (pampa salitrera -costa cuprífera y de platas y oros-) resuenan barretas, picos y palas, en un infierno rítmico; se descascara a golpe brutal y numérico, o se dinamita, el llamado desierto de la Sal. En las pausas de silencio se oyen máquinas moledoras de la pasta salvaje llamada «caliche», piedra y sal, ganga y polvo.

El desierto de la Sal amasó y remató al hombre chileno, bien plantado, bien fundado, logro cabal de la carne americana. El ha salido de su pelea con la costra calichera y de su vida de pecho a pecho contra el mar. Cuentistas y poetas cuando quieren decir al hombre nuestro, no lo hacen sino marino o minero, y dicen así sus dos forjas naturales.

Más abajo, sobre Atacama y Coquimbo, donde comienza la vegetación, el barreteo y la picadura en la misma, neta y testaruda; pero se muelen materias más nobles: el cobre, sangre de nuestra geología; la plata, que después de haber sido abundante, ya ralea y hurta el bulto. El oro no sale de minas: en la montaña un poco mágica de Andacollo, el oro va por arroyos y regatos, en pepitas de mostaza o de arroz. Estas aguas milagrosas que nacen al pie de un templo indígena, mantenían antes a grupos de naturales que no querían

violentarlas por no extinguirlas; hoy dan de comer a siete mil hombres en jornada diaria.

Trazado con el estruendo de los picos, oye la oreja delgada el jadeo del hombre. No se le ve, ni hace falta; tiene el pecho ancho, labrado por el gran resuello; cara de matador de piedra, y cuando se endereza de calar y descuajar, una criatura camina con la marcha de lo que es: va como el dueño de todo suelo, y parece que clavara con el talón señor cada uno de sus pasos.

Salir ahora, echando la oreja en flecha tirada al Sur. Hay primero un alborozo de puerto, del puerto mayoral del Pacífico, que mentamos con donoso nombre español: Valparaíso, Valle del Paraíso. Si hemos navegado desde San Francisco, nos dolimos en las costas tropicales de la falta de un puerto patrón y patrono de aguas: pero al llegar a estas alturas, echaremos un ¡aleluya! Valparaíso vale para segundón de San Francisco; Valparaíso cumple por la costa sudamericana entera.

Los barcos entran y salen de la bahía, arriesgada a los vientos y que la terquedad de los chilenos forzó obligándola a volverse desembarcadero. Hierve en malecones y agua un pueblo vivo, que parece marsellés o catalán; va y viene un cardumen de tráfico marítimo que grita en inglés y en español las picantes interjecciones marineras. Valparaíso hace lo suyo. Lo suyo son veinte mil barcos anuales recibidos y lanzados. Lo que lanza son las industrias novedosas y garridas de la zona, que él distribuye a lo largo del trópico; lo que recibe son los azúcares, los arroces tropicales y la maquinaria yanqui e inglesa que en poco más también se hará por nosotros mismos, territorio adentro.

Un mar violento y voluntarioso, el mar nombrado con su adjetivo opuesto de Pacífico, excita y espolea con yodos y sales a los grupos de descargadores, de grumetes y gente de pesca. Es un agua digna de griegos, brava y humana; ni el caldo hirviendo del Ecuador ni la plancha mortecina del Círculo Austral. ¡Bahía mayor de Valparaíso! Anda en novelas y poemas ingleses y noruegos. Quien navegó la conoce y la cuenta siempre al contar sus mares.

La oreja se suelta ahora de la costa, porque el oído como el ojo, cambia con gusto de pasto y más le place seguir que quedarse.

Estamos en el interior, sobre región de nombre preciso: en el Llano Central, gloria botánica de Chile. El valle del Ródano es más corto; el del Polo lo mismo; el del Nilo se le parece en la longura y la generosidad de los limos.

Corre un aire suave y dulce, sobresaltado de poco viento, y los olores del agro se duermen en la caja profunda del llano. Las resonancias han mudado desde el desierto hasta aquí; los sonidos se humanizan y se ablandan sobre el suelo de pulpa y el aire de poca ráfaga. El mar y la montaña, grandes agitados, se hallan distantes. Es el clima por excelencia de Ceres, seguro, estable: clima de matriz de tierra o de mujer. En otras partes del mundo, vivir será la riña rabiosa y enlodada contra el peñasco o la marisma; allí vivir se llama complacencia y seguro, destino natural del hombre hijo de Dios.

Las viñas y los huertos frutales se reparten aquel suave corredor terrestre; una luenga faja verde, sin llaga de aridez, deleite de castas agrarias. Hay riegos suficientes, que dan nuestras aguas de ingeniería en canales lentos y eficaces. Los rectángulos pulcros de granja, las provincias agrónomas, corresponden a melocotones, manzanos y viña, y más abajo, a los anchos paños de trigos; provincias de color y aroma, departamentos frutales, distritos graneros. La gente latina no logró sobre hogar mediterráneo viñedo ni pomareda mejores que los del Valle Central de Chile.

Todavía atraviesan aquí y allá antiguos arados romano-españoles, con su crujido de queja de hombre; pero lo más frecuente va siendo la maquinaria agrícola luciente y rápida que pasa con un chischás de banda de langostas o con pequeño estruendo de aceros musicales, echando ascuas a lado y lado del campo.

Este aire rural tiene más canciones que los otros que dijimos. Las mujeres deshierban, podan y vendimian entre canto y comento. En el vocerío de la trilla clásica de Aconcagua o Chillán, y en la algarada de la vendimia de Coquimbo, cabrillean gritos y hablas de mujeres y niños. La oreja se da cuenta de que aquí sí las voces del *homo* y la *fémina* son diversas, con dos continentes y dos órdenes. El hombre grita a lo hondero, con pedruzco lanzado; la mujer silba o modosea a lo codorniz y a lo tórtola, ya sea que cante o que sólo diga; es el habla sudamericana la más dulce de este mundo, el más tierno acento hablado por hijo de hombre.

Ahora ya rematamos el viaje. La Patagonia estará muy lejos, pero la retenemos contra Geografía y destino y debemos decirla.

En esta inmensa meseta austral se oye, cuando algo se oye, una marea salvaje que pecha entre los canales y forcejea en el gran estrecho. Hacia el interior, apenas poblado, hay unos silencios de hierbas inmensas, de gruesos y dormidos herbazales, que se parecen al estupor que dan los témpanos en el último mar. De cuando en

cuando, gritos alzados y caídos de pastores que arrean, con dos o tres notas quebradas y subidas.

Y en las estaciones malas es el viento patagón bastante peor que el simún y la tramontana, el que hace su fiesta desesperada sobre la llanura sin atajo, en una carrera de búfalos rompedores de unas praderas entregadas y contritas. Pero vuelve el silencio de las praderas buenas, donde pace la oveja innumerable, que bala a la tierra verde, su madre y su costumbre. La oveja se duerme en esta anchura blanca o verde, y el que goza este encantamiento por unos años se enviciará en silencio, como el ojo se enviciará en extensiones.

Yo me gocé y me padecí las praderas patagónicas en el sosiego mortal de la nieve y en la tragedia inútil de los vientos, y las tengo por una patria doble y contradictoria de dulzura y de desolación.

1931

ELOGIOS DE LA TIERRA DE CHILE

Las cosas mejores vistas en la tierra de Chile, primero en treinta y tres años de tenerla contra el pecho y, después, en doce de llevarla en la memoria, pueden ser éstas y podrían ser más.

1. La Cordillera

La primera estación del elogio para la Cordillera, terriblemente dueña de nosotros, verdadera matriz chilena, sobre la cual nos hicimos, y que, más voluntariosa que la otra, no nos deja caer: vivimos bajo ella sin saberlo, como el crustáceo en su caparazón, y nos morimos dentro de su puño señor. En los valles, ella nos quita cielo; en las abras, ella nos lo devuelve.

Cordillera regaladora de aguas donde es preciso, y más de nieves que de aguas; pero, en verdad, hogar puro de fuego en unos volcanes adormecidos, que no dormidos. Cordillera despistadora, con su lomo cierto, y que de pronto se acuerda de su vieja danza de ménade y salta y gira con nosotros a su espalda.

2. El Mar

La segunda hermosura chilena la atribuyo al mar. Magallanes lo nombró a lo mago, para que el nombre adulador lo domase o lo conmoviese.

Agua grande hasta el Asia, agua solemne de verdes grises, y hacia el Polo, agua loca de cardúmenes de islas, siempre posibles de navegar y no fácil de navegar, muy mar, es decir, muy dueño de voluntades y antojos...

Hasta siete gorgueras de oleaje se le cuentan en la costa de La Serena. Mar lujoso y frío antes de llegar al trópico, donde dejará las leches verdosas para no tener en adelante sino su azul de hosanna.

Las gaviotas quieren estas aguas más que las tropicales; los pingüinos hacen su guardia hacia Tierra del Fuego, en unas armadas ingenuas o en unas praderas de pechugas blandas; la ballena aparece donde se la piensa, y donde no se la piensa también, y los témpanos la hacen, en sus postrimerías, un agua fantasmal, poblada de legiones fantasmales.

3. Mineros y Navegantes

El tercer elogio es, naturalmente, para mineros y navegantes. Se puede ser sobre la tierra de Chile cualquier otra cosa; pero siempre,

y de algún modo, se habrá sido navegante o minero, arañador de lo más terco o paseador de lo más dócil.

Los hombres nacen en Atacama y Coquimbo marcados por su demiurgo para la mina en lomo y costado, prevenidos para la barreta y el pico, y nacen también con el metal asomado en sus ojos anchos de hombres de cerros, que gozan mucha luz en las infancias y ninguna después, aparte de las que les da el metal en fogonazos repentinos.

El minero habla en su vejez con un ritmo que no tenemos los de arriba, con las subidas y bajadas de la barreta salvaje y musical, y a mí me parecían sus hablas unos «arrorós» y unas «nanas» muy extraños cuando los oía en las noches de Elqui, a la orilla de la fogata. La barreta les «pena» en la garganta diez años después de que la dejaron.

Ahora los marinos. Antes de que la América aprendiese amor de barcos, el chileno navegó convidado por su costa y laceado por la marea, que cuando sube no busca dunas, sino pasto de hombres para su aventura.

Navegamos trópico arriba en trueque de frutos y navegamos Capricornio abajo, en busca de la ballena y el lobo de mar; y hacia el Oeste navegamos para irnos a encontrar, como en un cuento, la isla nuestra de Pascua, en la Oceanía, cazada por nosotros allí, en mar remoto, tal vez sólo por eso, porque no se quedase muerto para nosotros el gran Oeste.

En los Talcahuanos y los Corrales fundamos industria de veleros y barcos. Quien recibió mucho mar queda comprometido con todas las artesanías marinas. En cualquier caleta se tejen redes con manos chilenas, que, cuando hacen, siguen y persiguen. De Talcahuano salen orondos otra vez para el agua los barcos que desquijarran las tormentas o las lindas criaturas nuevas que llaman goletas.

4. Las Alamedas

La cuarta estrofa alabadora se la mandamos a las alamedas.

Campos de Colchagua o de Concepción, civiles campos limpios de barbarie, grandes aseos verdes, bien está que no los partamos con muros chatos ni con alambreras plebeyas: los tajamos por la espada doble de una alameda, parcelamos con las lindes gruesas y esbeltas del álamo innumerable de California o del chopo español.

Tenemos la costumbre de ir del pueblo al pueblo, de hacer la legua o la milla marchando dentro de cañón umbroso de una alameda, de un lado oriente, del otro poniente, o de una parte cielo

tenebroso y de la otra unas bellas lunas francas.

Los arrieros de metal o de frutas van arriendo entre este doble amparo de álamos leales, y cualquier camino nuestro nos toma en una pausa de alameda y nos deja en el remate de la otra.

Andamos errando por extranjerías, y si nos miran los extraños en la hora del descanso, cuando el alma sube y se derrama sobre la cara, si nos ven ellos esas sombras que pasan o se quedan, aquello será un cono roto de alamedas o la lengua de un álamo solo que cae sobre nosotros.

5. Araucaria y Algarrobo

La quinta aleluya la ponemos sobre dos árboles de Chile, que son la araucaria, sin superlativos, y el árbol del yermo que mentamos «algarrobo»:

La araucaria se lanza al cielo con una masa violenta de ímpetu y suave de grosura. Después de ella y de la palmera real, todo el resto puede llamarse plebe botánica, más o menos donosa y más o menos feliz, que ellas dos, palma y araucaria, dieron el mejor gesto y lo gastaron. Después que se la vio, contra cielo duro o contra cielo blando, el ojo se queda en el reposo del hombre del Loire que fue y volvió de Chartres.

La araucaria penetra su bajo cielo araucano, dejando cuarenta metros a costado y costado, y acepta sobre sí la nube baja, que no la agobia ni la afea, o consiente sobre su bulto entero la niebla, que hace con ella el mayor y el mejor de los fantasmas. La muy ancha se adelgaza en cielo y en valle grande, y sólo en las quebradas asusta y hace gritar; la muy hojosa se aligeró a cuchilladas horizontales, con lonjas de cielo entre los brazos; la muy verde, brotada entre grises negros de cielo y suelo, se compuso, a lo señora, un verde real, exento del descoco de los otros desalentados.

Ni necesitaba dar frutos la que cumple con ser y estar; pero los da, dentro de unas piñas pulidas, en almendras cuyo sabor anda en boca de indios. El fruto se masca en invierno, cuando el durazno ya no aparece y las últimas uvas ya pararon en pasas o en vino.

Quien no goza araucaria, porque no tiene lluvia o vive en serrana calva, ése posee, aunque apenas lo mire, su algarrobo de la soledad seca.

Al tronco duro, pensado en metal, le alcanzan unas savias afligidas para echar un follaje mimoso, y, en consecuencia consigo mismo, da unas bayas, también metálicas como el leño, y ellas son las que suenan en el viento y los vientos.

Quiere eternidad el pobre algarrobo, cuyo leño dura el siglo y lo pasa. Los muchachos no le buscan la poca sombra; el arriero y su mula se la quieren el rato que dura el comer y el acinchar; no sé si el leñador, que es su hombre, lo ama o lo detesta cuando pelea con él de veras cuerpo a cuerpo, como fiera y fiera, horas de horas, hasta que el recto se tumba y el agazapado se endereza.

En la tierra de Coquimbo, donde quemamos algarrobo en la noche de helada, tan mineros parecen los leñadores como los otros, o son los mismos en la lucha con tronco o su metal.

6. Los Frutos

La sexta bienaventuranza se la llevan los frutos, es decir, el huerto chileno, que hacemos lo mismo las mujeres que los hombres.

El durazno y el damasco (melocotón y albaricoque), el manzano y el peral, serán lindos en otras partes donde tenían costumbre de dos mil años; pero allí se están como se estarían en el aire, también nuevo, del paraíso.

La manzana de Cautín y Valdivia engruesa sin caer en desabrimiento y no conoce la acidez de la pretendiente californiana. Fruta de callado y largo aroma, si no fuese tan grata a la lengua, la pondríamos a echar aroma, y nada más que aroma, en armarios y alacenas. Ella es más señora, por menor exagerada, que la piña y también más fiel en su demorar, en su tardarse, doblando el año, intacta de contorno y entraña.

La pera le anda a la zaga, con las perfecciones opuestas: contra la sequedad de la austera, ella tiene su chorro de jugo; contra la forma clásica de fruto, ella ofrece sus jorobitas y su escorzo de niño.

El durazno se da con mil carnazones y sabores: rojea, amarillea y blanquea en una leche verdosa, y sus nombres europeos de Victoria o Rivero ya no le sirven porque ha mudado y lo han mudado en un laberinto de géneros novedosos, y ya no valen los sustantivos para él, sino los adjetivos mejor nombradores: carnudo, enjuto, suave, recio, tierno, fundido.

7. Archipiélagos

La séptima estancia del elogio se aplica a los archipiélagos del Sur y a su desenfreno de penínsulas y canales.

Una mitología hubiese contado que un pez monstruoso vino del Polo Sur y que a cuarto de camino hacia el Ecuador fue desovando y desovando, y dejó atrás ese reguero loco de islas. El pez polar se fundió, alcanzando agua tibia, y los cardúmenes no repitieron el viaje... Allí quedaron en núcleo de Osas Mayores y Andrómedas, en

constelaciones verdes sobre un mar que es gris, como el bulto del pingüino. Se llaman con nombres atrabiliarios, propios y extranjeros, hasta que los rebauticemos con todas nuestras criaturas que hay que mentar de nuevo: Hannover, Wellington y Reina Adelaida.

Las gentes de gustos cómodos navegan los canales hacia el verano, por tener cielo claro y aguas sin trampa. Pero es en el invierno cuando el agua austral tiene lo suyo y entrega lo suyo, que son sus dioses huidizos. Entonces se les navega con un cortejo de témpanos destacados en santos rectángulos o en procesión de fantasmas que siguen al barco y lo toman y lo dejan en unos lugares aborrecidos del marino y al que los curiosos deseamos llegar.

Una niebla morada o amarillenta emboza las islas y ciega los barcos, niebla zorra, que dicen los marineros, por mañosa y traicionera.

No es tan perverso este último mar como lo contaron, ni tan salvaje que no le guste novedad de navegación y servidumbre de capitán. Suele tener su sol, y es el más tierno sol de este Mundo cuando se come en horas la niebla rala y deja ver la última tierra chilena, partida en lucha por persistir y alcanzar el Polo o la nada.

8. Artesanías

El octavo regaloneo de la alabanza se les dirige a las artesanías criollas y araucanas, a los muñecos de barro que venden en la Feria de Chillán, a los vasos de cuerno que vocean en Santiago sobre las gradas de la Catedral y a los «choapinos» clásicos de la araucanía.

Las figuritas están hechas en un barro que vuelven de negro entrañable y que es tan bello como el blanco por su antojo de absoluto.

Hacen en él, sobre él y por él bestiarios nunca vistos: caballos que se pasan a venado, pavos que se deslizan a gallo, vacas que van para alpaca; ensayan ellas la marcha de una forma a otra, no se paran en ninguna y a causa de ello la serie de los modelos no se agota. Esos alfareros, esos amasadores, esos imagineros, tienen presente cuando contornean y soban las primeras formas de este mundo, antes de que se hincaran en tipos, las que balanceaban entre dos o tres intenciones muy a su gusto de no decidirse y no acabar de ser lo que ya iban a ser.

Los vasos de cuerno andan con unos colores rubio avena, rubio cáscara, rubio maíz, lindamente veteados al azar en franjas más prietas; hacen el agua que se bebe en ellos provocadora de la sed y el ojo la mira con gusto mientras la boca sorbe.

Se pliegan esos vasos, porque sirven más a viajeros que a seden-

tarios; se llevan en la mano cerrada o se echan al bolsillo sin que lo abulten.

El cuerno costrudo, terco y feo, pasa a ser en ellos, gracias a la mano rebosadora, una materia nueva, medio carne de niño, medio guija de arroyo, y al beber tenemos al mismo tiempo en la mano una agua de oro y en las palmas ese tacto amable.

Los «choapinos» los hace, desde que el sol alumbra artesanías, la india araucana sobre sus rodillas, y teje acompañando el ritmo del telar con la extraña canción araucana, sin comienzo ni remate.

El choapino se corta, ni tan grande que pase a tapiz ni tan pequeño que se vuelva nadería. Lo cortan de seis cuartas por ancho, o de ocho por diez, porque es más bonito el rectángulo que el cuadrado y menos engorroso que el círculo. Sobre el cuadrado severo arden con fuego quieto unas cruces svásticas en granates o azules, y unos rombos amarantos, unas grecas de coloración eléctrica. Ni flores ni hojas, ni alas o garras de animal, ni cosa que obligue a la curva pérfida, sino dos rayas recias que se cruzan o se soslayan de cuantos modos es posible cruzarse o soslayarse.

El choapino sirve para los usos que se lo ocurra a la mujer, que siempre serán muchos: calienta los pies del apoltronado, que no camina en las lluvias de Cautín; cubre la mesa, que sin él parece cruda o como menos honesta; regalonea la cabeza cuando lo hacen cojín, o es clavetado sencillamente sobre un muro, donde da a los ojos vagos sus crucecitas precisas en que se hinquen o les regala el gozo puro de su color. En la pieza genuina, que los mestizos van degenerando, los colores del fondo rodaban siempre entre un negro topo, un café ciervo o un gris culebra, tintes que iban bien con el alma sin fiesta del araucano, la cual huye color de sol, de pájaro o piedra preciosa, que él nunca tocó en su suelo de lluvia, niebla y nieve.

Y este choapino severo, en geometría seca y viril, lo tejen sobre lana para que tenga algunas ternuras, y son ésas unas lanas bien ahiladas y bien apelotonadas. Aunque el mestizo se las imite por hacer trampa, la palma de la mano reconoce la pieza verdadera en la suavidad consumada del anverso y en el decoro de los remates del reverso.

9. La cueca

El noveno jalón de la memoria es para la cueca.

Cuando septiembre nos devuelve los días buenos y en las lonjas de viña o de trigo, la vendimia o la trilla, se quiebra el invierno, la cueca comienza a hervir en nosotros como un mosto; la cueca va y

viene en la luz de los valles, lo mismo que las lanzaderas que corren a lo ancho del telar.

Hombre de remo y de azada y mujeres de cunas y podas, todos ellos carne batida de tirsos, abren sobre la era grande o en el patio de la casa la cueca que es la pelea de dos temas y de dos expresiones. El canto y el baile suben y bajan de la violencia a la melancolía; el frenesí se rompe en la ternura y a lo largo de las estrofas ninguno acabará ganando.

Limos del Llano Central, costras de la pampa o playas nuestras, todo eso ha saltado y gemido como un tambor loco de los talones bailadores, toda tierra chilena ha clamoreado de un taconeo febril, que se parece al de los pisadores del lagar.

La cueca tiene doble entraña y doble índole porque la bailan hombre y mujer, y a los dos, a varón y a varona, ha de complacer y manifestar. Por eso ella tiene del fuego y del aire, del reto y del acatamiento.

Va el hombre en un enroscado torbellino y la mujer sale a su encuentro, casi se deja coger de la llamarada, y luego lo burla con el bulto, sin quitar al hombre la presencia y siguiéndole con su vista amante.

La cantadora «lacea» con rasgueo y voz a la pareja hazañosa; pero el coro, que aquí no es mudo, lanza sobre ella además las interjecciones que adulan o escuecen, que mofan y alaban.

Vuelan sobre el grupo báquico los pañuelos, el alcohol y la pasión.

La raza sin muerte, caldo de una sangre subtropical, cuerpos que están vivos de mar o de luz de altura, baila su orgullo vital, bate su entraña que no quiere ensordecer, danza la vieja gesta del amor cerca del mar, que se la enseñó frenética, y de la montaña, que se la contó ritual.

Madrid, 18 de septiembre de 1934

RECADO SOBRE ANDINISMO

La fabulosa cadena de los siete mil kilómetros de largo, tiene sus puntos mágicos que son de categoría geológica o de mayor o menor hermosura. Ellos se llaman: el Nudo de Pasto, trance de unidad de las cordilleras parciales de Colombia; el Valle de Quito, avenida insigne de volcanes; el Cerro de Pasco, sillar de las cadenas peruanas; la vertiginosa meseta boliviana, con el mar de agua dulce del lago Titicaca y, por fin, entre Chile y Argentina, la llave del organismo de piedra, el Aconcagua, al que llamó el indígena buen nombrador «Padre de las Aguas».

Hacia el Aconcagua se enderezan los itinerarios de la exploración extranjera, europea o yanqui, a descubrir su rango en el sistema andino y las cumbres del mundo. El Aconcagua no hace estallar de sorpresa, como persona aislada, sus hombros de siete mil metros. Lo prepara de Norte a Sur y de Sur a Norte un grupo de alturas que hace pensar en las aglomeraciones morales de la Historia; son ellas el Juncal, el Tupungato, el San José y el Maipo. Pero en esta puja de las cifras, cuentan mucho los metros más o menos, y esas elevaciones de seis mil, aunque valgan para el ojo, quedan aplastadas en la geografía por la montaña del Generalato, que se llevará de arrastre a las demás. Allí está rematada la plenitud de la cordillera americana, el Aconcagua, que se hombrea con el otro campeón de la piedra del mundo: el Everest, de las Himalayas.

El Aconcagua es, por lo tanto, el punto de mira y el de tope al que llegan de tarde en tarde los equipos grandes o los grupos corajudos de los amantes de la montaña, repartidos por el mundo, desde Gussfeldt y Conway hasta el Stepaneek de ayer. ¡Curiosos pelotones de alpinistas, vueltos andinistas! Nuestras aldeas les ven pasar con las anteojeras obscuras caladas, los jerseys ceñidos, para que el viento no juegue en el cuerpo, con los gorros de nuqueras espesas y las botas no menos erradas que la mula, para que aseguren contra la traición de la gran Filuda. Sus caras son las rojas y duras que hace la Madre formidable a sol y a viento; las piernas sueltas son las mismas de los pioneros de selva, de agua grande o de cumbres. Y los gritos de todas las lenguas, halalíes, ayes, helás y juramentos que se mandan las partidas, dan, a nuestros arrieros que las oyen desde el

valle, la capacidad de pecho y resuello de los nuevos conquistadores. Los equipos van seguidos por una tropilla de mulos, o por un mamotreto ligero que carga las provisiones de semana o de meses.

Miré estas partidas de exploradores sintiendo un espanto mezclado de sorna, en mi valle de Elqui, y después en el de Aconcagua; les vi pasar como esperpentos o buzos metidos en escafandras caricaturescas. Son los hombres blancos de la segunda invasión en el Santo de los Santos de nuestro continente, ya que la primera correspondió a los conquistadores españoles. Estos domadores del Dragón geológico tienen que limpiar para nosotros mismos una Cordillera que todavía da de sí algunos miedos mitológicos. La Bestia de granito no soporta sobre su lomo, pero apenas, si la hemos visto de cuerpo entero y mirándola cara a cara. Preparan estas hembras de trepadores, de «fila india», la familiaridad futura de la Cordillera, la entrega cabal de la Tremenda a los que somos nada más que dueños de los valles que corren a sus pies. Detrás de ellos, ya viene el turismo noble por excelencia, que verificará la posesión regular del «departamento mayor de nieves del mundo».

La gran prueba

La travesía de la Cordillera, en cualquier parte, todavía cuenta como hazaña, y tal vez siempre lo sea un poco. Es la prueba del organismo entero y un testimonio que rinde nuestro cuerpo. A los siete mil metros de la cifra mística de nuestro Aconcagua, el pulmón da cuanto puede dar; las venas baten a rabiar en las sienes; la blancura acérrima irrita ojos y lagrimales; los oídos zumban de moscardoneo que no se conocía y la cabeza flaca, sin asomarse al Salto del Soldado, conoce el vértigo. No sólo busto y piernas dan el record de sí mismas, sino que la vista y el oído padecen su mayor penitencia.

Las demás pruebas de nuestro organismo, natación, cacería, carrera, equitación, se quedan lejos de andinismos y alpinismos, que ejercitan como ellas el ojeo en el avisorar sobre el caos, la galopada en la carrera de los descensos, los ahogos por extrañeza del aire y... la paciencia en un montón de dificultades. El andinista, o soporta la circunstancia múltiple, o se queda cuesta arriba, con una derrota más desolada que la del campeón en las maratones fallidas.

El comodón del valle, que nunca trepó los faldeos, ni por la envidia del guanaco o del buitre, piensa que la odisea está hecha solamente de unas subidas verticales por medios inseguros. Hay mucho más que eso: hay la ceguera de la niebla repentina, que cae

como de ninguna parte y de todas; hay los vientos endemoniados, que parecen los látigos de un gauchaje invisible; hay los duendes del frío, «los diablitos azules», que dicen los rusos, filtrándose por cualquier malla y paralizando al hombrón como los liliputienses a Gulliver; hay la tentación de pararse en la holgura de un abra y el riesgo de empalarse en media hora; hay las jaquecas que causan aquellas reverberaciones; hay los pulsos que se ponen a un galope increíble, y luego las «quedadas de la sangre»; hay las velas del fuego, «niña bonita» que hay que guardar de vista para que no falte; hay las sorpresas del itinerario, que resulta doble y hace ralear las provisiones, allí como en los hielos de Amundsen. Y en una sola palabra, hay el soroche, o puna, la enfermedad de la altura, el mal sagrado de la montaña y que cae sobre el advenedizo en unos cuantos días de patria blanca, dejándolo señalado para su vida con el estigma del jadeo.

Haremos, de paso, el texto de las sorteaduras de esos males, en la lengua familiar de nuestro Catecismo: contra la ceguera del resplandor de las nieves, están el velillo azul medio femenino y la colección de los vidrios ahumados, en su gama del verdoso al amarillento. Contra la agarrotadura de nuca y mejillas, que hace máscara de la cara, están los gorros de chofer ártico, guardadores de nuca y mejillas, guardadores de una cabeza que hay que llevar firme por esas alturas... como por las de la Teología. Contra la piel de la montaña, escurridiza o terca, se tiene el bastón herrado, que es un atrapa-peñas, y contra la lisura de los hielos se lleva el azadón de dos dientes cortador de hielos. Contra la penuria de las hierbas en unas cumbres mondas, está el fuego eléctrico, demiurgo cautivo, que se lleva calculado para el mes de itinerario. Contra el muestrario de dislocaduras y de heridas, van los estuches o botiquines yanquis y alemanes, que tranquilizan el ánimo desde sus rollos de vendas y su frasquería reluciente. Y contra las mañas del soroche, servirán las bebidas nobles y frías del vino, el té y café, confortadoras de hombres en tierra, agua y aire.

Americanidad

Las excursiones colectivas de esta envergadura se hacen, lo mismo que los paseos polares de Byrd o que la penetración de la Cruz Roja en las entrañas de Etiopía, a pleno capital y a plena honra técnica de higiene. Se acomete la Montaña al igual de una empresa científica y se la inicia como la guerra imperialista. A todo señor todo honor, y son formidables señoras armadas la cadena del Himalaya o su

segundona la cordillera de Los Andes, la Walkiria no está allí ceñida de un círculo de fuego sino de unos campos de luz blanca que también quema, al igual del fuego.

La Cordillera, inicial y colofón del continente, mucho más que el mar, del que apenas participan algunas poblaciones nuestras, seguirá haciendo, poco a poco, las escuela de las generaciones, y al fin se volverá el deporte racial por excelencia de esos pueblos.

Divulgado entre todas las clases, vuelto la chilenidad o la colombianidad mismas, el andinismo acabará por darnos la ficha corporal de cada mozo y de cada adulto, aplicándose al flaco, al suficiente y al mejorado, cifra floja o la digna que le corresponde. Se nos hará evidente por calles y empresas el que tiene y el que no tiene cordillera.

El certamen bárbaro (?) de los incas, contado por los españoles, que daba la jefatura al cargador más suelto, de un gran leño, subsistirá como todo subsiste, enmendado y embellecido. El leño simbólico se nos ha vuelto la masa de los Andes, lingote de hierro fosforescente. De nuevo es la historia de «poder o no poder» con una cosa mayor que nosotros y de rendirla a la voluntad terca del mestizo araucano que, en esto, a Dios gracias, no se ha quedado lejos de su padre formidable.

El Mercurio, 23 de agosto de 1936
Santiago de Chile

CHILE Y LA PIEDRA

El chileno no puede contar como un idilio la historia de su patria. Ella ha sido muchas veces gesta o, en lengua militar, unas marchas forzadas.

Esta vida tal vez tenga por símbolo directo la piedra cordillerana. Cuando yo supe por primera vez que existían unos Andes boscosos, una cordillera vegetal, me quedé sin entender. Porque los Andes míos, aquellos en que yo me crié, aparecen calvos y hostiles y no tienen más sensualidad de color que su piedra, ardiendo en violeta o en siena, o disparando el fogonazo blanco de sus cumbres.

Al decir «los Andes», el ecuatoriano dice «selva»; otro tanto el colombiano. Nosotros, al decir «cordillera», nombramos una materia porfiada y ácida, pero lo hacemos con un dejo filial, pues ella es para nosotros una criatura familiar, la matriarca original. Nuestro testimonio más visible en los mapas resulta ser la piedra; la memoria de los niños rebosa de cerros y serranías; la pintura de nuestros paisajistas anda poblada de la fosforescencia blanco azulada bajo la cual vivimos. El hombre nuestro, generalmente corpulento, parece piedra hondeada o peñón en reposo y nuestros muertos duermen como piedras lajas devueltas a sus cerros.

El lenguaje está lleno de sentidos peyorativos para la piedra, pero yo, hija suya, quiero dar los aspectos maternales que ella tiene para el indo-español. La piedra lo construyó todo en el Cuzco y en el Yucatán precolombinos, y en la Colonia española ella volvió a prestarse para levantar el templo, la casa gubernamental y las amplias moradas que todavía proclaman un estilo de vida de gran dignidad. La piedra es la meseta sudamericana, es decir, la aristocracia de clima, de luz y de vistas; ella regala los lugares más salubres, donde no existen la marisma ni la ciénaga, enemigas del aliento y de la piel.

Abandonada por cuatro siglos, la constructora parece ahora regresar, aunque sea molida, en la llamada piedra artificial, señora en Nueva York y en Río de Janeiro; vuelve ella restableciendo en el horizonte lo aquilino, lo avizor, el poder sobre el espacio y el alarde de la luz.

La piedra forma el respaldo de la chilenidad: ella, y no un tapiz de hierba, sostiene nuestros pies. Va de los Andes al mar en cordones o serranías, creándonos una serie de valles; se baja dócilmente hacia

la llamada Cordillera de la Costa, y juega a hacernos colinas después de haber jugado a amasar gigantes en el Campanario y en el Tupungato. Ella parece seguirnos y perseguirnos hasta en el extremo sur, pues alcanza a la Tierra del Fuego, que es donde los Andes van a morir.

Pero, se dirá, la vida no prospera sobre la roca y sólo medra en limos fértiles. ¿Dónde escapan de ella para crear la patria?

Y la respuesta está aquí. Todos recuerdan los castillos feudales y los grandes monasterios medievales de Europa, cuyo muro circulante es de piedra absoluta, de piedra ciega que no promete nada al que llega. La puerta tremenda se abre y entonces aparece un jardín, un parque, un gran viñedo y otros verdes espacios más.

Chile da la misma sorpresa. Se llega a él por «pasos» cordilleranos y se cae bruscamente sobre un vergel que nadie se esperaba; o bien se penetra por el Norte, y pasado el desierto de la sal, se abren a los ojos los valles de Copiapó, el Huasco y Elqui, crespos de viña o blanquecinos de higueral; o bien se entra por el Estrecho de Magallanes, y se recibe un país de hierba, una ondulación inacabable de pastales. Se avanza hacia el centro del país con el aliciente de esta promesa botánica y allí se encuentra, al fin, el agro en pleno del llano central, verdadero Valle del Paraíso, tendido en una oferta de paisaje y de logro a la vez. La región es nuestra revancha tomada sobre la piedra invasora, una larga dulzura donde curar los ojos heridos por los fijos cordilleranos.

El país llamado por muchos «arca de piedra», lo mismo que el cofre de los cuentos árabes, cela este largo tesoro. Por lo cual la clasificación de Chile se hace harto difícil. Allí existe tanta blandura de limos bajados de la mole cordillerana, y corre tanto resplandor floral a lo largo de las provincias centrales, y es tan ancha la banda de pomar que cubre el sur, que el clasificador simplista se ve en apuros: la piedra se retiró bruscamente hacia el este; el desierto del norte se anula como una ilusión óptica y el famoso Chile frío, de la nutria y los pingüinos, se le deshace como un juego de espejos. Un sol semejante al que alabaron los poetas mediterráneos, brilla sobre el Valle Central, humanizando paisaje y costumbre, y la raza hortelana labra magistralmente, porque el chileno cuenta desde sus orígenes cuatro mil años de sabiduría agrícola vasco-árabe-española.

El Mercurio, 24 de abril de 1944
Santiago de Chile

Regionalismo

Las gentes se ríen del regionalismo y están hablando siempre de que lo han superado con el nacionalismo. Burlado y reído, el regionalismo hace de las suyas en Europa (acordarse de Cataluña y de la Croacia) y se burla a su vez de los internacionalismos pasmados antes de madurar y se hinca cada vez más en las gentes y las domina como las fuerzas eternas.

También yo, corredora de tierras extrañas, descastada según ciertos santiaguinos señoritos, contadora y alabadora de suelos extranjeros, también yo he sido y soy cada día más una regionalista. Mi Santiago no lo conozco más que las ciudades de tránsito y si viviese en ella un largo tiempo, mi desapego sería el mismo: las capitales sólo se aman cuando son muy hermosas y no son tales sino cuando las domina y gobierna un estilo arquitectónico. Temuco es en mi memoria un escalofrío de repudio por lo que padecí en sus hielos y sus lodos; Los Andes es cosa mejor en mi recuerdo, porque siendo ciudad de montaña me recordaba mi tierra verdadera. Pero todas esas poblaciones me las viví en la juventud, y la patria es otra cosa: la infancia, el cielo, el suelo y la atmósfera de la infancia.

Una historia nacional puede gustarnos o no gustarnos; el territorio de nuestro país que no hemos visto nos resulta un mito como el Tibet o la Islandia; las gentes de las regiones que hablan con otro dejo y a veces con otro vocabulario, serán parientes, pero no son hermanos. La patria es el paisaje de la infancia y quédese lo demás como mistificación política.

Yo sigo hablando mi español con el canturreo del valle de Elqui; yo no puedo llevar otros ojos que los que me rasgó la luz del valle de Elqui; yo tengo un olfato sacado de esas viñas y esos higuerales y hasta mi tacto salió de aquellos cerros con pastos dulces o pastos bravos; yo sigo alimentándome cada vez que me libero del hotel odioso y de la pensión fea de las mismas cosas que me hicieron el paladar en el sentido teológico de la sal en el bautismo, y hasta estoy segura de que se me han quedado casi puros mis gestos de allá: la manera de partir el pan, de comer las uvas, de poner el pie con pesantez en el suelo quebrado, de llevar la cabeza como las personas

criadas con poco cielo encima y la emoción fuerte cuando me reencuentro con el mar, que es la de aquellos que no lo han tenido y escucharon hablar de él siempre como de un prodigio. Por eso me sonrío con la boca, y me río en pleno con más adentros cuando leo u oigo la noticia de mi descastamiento.

Otras patrias

Después de la patriecita que he dicho, o sea los diez kilómetros cuadrados que se aprendieron para toda la vida a lo largo de la infancia, yo acepto con gusto otras tierras morales y otros coterráneos efectivos.

Hay una patria campesina universal que es la de los criados y construidos en el campo y por el campo. La campesina provenzal que recoge la aceituna, apaleando su olivo cerca de mi casa, es criatura más próxima a mi vida que el rentista santiaguino con el que me encuentro en un balneario y que no tiene conmigo ninguna visión común, ninguna memoria de paisaje compartible; los niños de las colinas de Sestris, en la Liguria, que viven como yo viví, trepando y bajando cerros y comen a la noche una cena de higos con pan, se entienden conmigo mejor que los niños «bien educados» que me llevan en La Habana o Panamá, como presentes de lujo.

Hay también la patria común del oficio. A pesar de lengua y cultura opuestas, después de cuatro frases comentadoras, el escritor o el maestro francés están ya en mi círculo, dentro de mis posibilidades y al buen alcance de mi mano mucho mejor que la señorita sin oficio alguno compartible que viva entre la Viña del Mar mío y la Costa Azul extranjera.

Las patrias genuinas, las patrias reales son para mí ésas: el radio entero que cubrió mi infancia en un valle cordillerano de Chile, la campesinería que es mi dicha y mi costumbre y los dos oficios que me han hecho tatuaje sobre el cuerpo y sobre el alma.

El vallecito

El valle de Elqui es la cuchillada más estrecha con que un viajero pueda encontrarse en cualquier país; he andado bastante y no conozco región más angustiada de suelo vegetal y en el cual, sin embargo, vivan tantas gentes. Se camina por él como tocando con un costado un cerro y con el otro el de enfrente, y aquellos que están acostumbrados a holgura en el paisaje, se sienten un poco ahogados cuando van por el fondo de ese corredor de montañas salvajes. Estoy segura que las niñas de la escuela de mi hermana, cogidas de la mano, daban la anchura máxima del valle...

Pero, aunque crean los «afuerinos» que se ahogan allí del poco aire, tal vez sea otra cosa lo que les oprime el pecho. El valle engaña con su hondura y es muy alto en verdad; se respira un aire delgadísimo, tónico, agudo y seco; este respirar pide tórax grande, y los «urbanos» que allá nos llegan, o se van pronto porque se asfixian o se acomodan arduamente a la exigencia de la atmósfera.

Aire y luz

No hay borras de humedad en aquel ambiente insigne de altura; el cobre no se enmohece y las ropas y el tabaco se quedan enjutos. Los olores de lejos se sienten próximos; el lagar de una casa huele a varias cuadras; los sonidos son tan prontos como los olores, y los «rodados» de un cerro se oyen en dos o tres pueblos. Así vivimos como en una caja dentro de la cual estamos como si nos tocásemos.

Me he puesto a veces a averiguar por qué tengo en la oreja tantos sonidos sueltos de ese valle: chillidos de pájaros, rezongo del río y mascullar del agua de riego, chirrido pesado de carretas, tumbo de piedras, picos mineros, golpe seco de hachas. La razón de esta riqueza de rumores ha de estar en la sequedad que dije del aire, la cual me hacía escuchar unánime y distintamente muchas voces y en la contextura del valle que lo guarda todo en su axila chiquita.

Nuestra luz es la de la cordillera en cualquier parte; gloriosa y algo punzante a fuerza de absoluta. Gracias a ella me parece como si yo hubiera tenido dos veces cada cosa que allá tuve: dos veces cada cerro, dos veces mi patio, dos veces también mi madre. ¡Qué honestidad contraria de las luces equívocas de esta Europa, qué honradez la de esa luz cordillerana donde las viejas de ochenta años enhebran la aguja sin anteojos y donde yo encontraba para mi tordo huacho animalitos microscópicos en el suelo del huerto!

Mi lamentación de los cielos brumosos del ambiente de agua sucia de los Parises y las Bruselas, que indigna a los sudamericanos metropolizados, de dónde ha de arrancar sino de esta vieja costumbre de unos cielos netos como una lente de biólogo que tuve en mis niñeces y que no quiero olvidar, como no quiero perder una sola miga de la infancia. Me dan descontento, más que eso, me dan no sé qué repugnancia de ámbito cargado de resuellos inconfesables, estos cielos bajos y sólidos.

Es pequeño, repito, el firmamento que goza aquella quebrada. Me acuerdo de que cuando me llevaron a los siete años a la ciudad de Vicuña, que se asienta en un abra hecha entre las montañas, sentí una gran extrañeza del mayor espacio; cuando llegué a La Serena, es

decir al mar, mi admiración mayor no fue tanto la del oleaje vivo como la del espacio desatado.

En ese breve cielo el día es corto; pero queda desde las cinco un crepúsculo largo y claro, tal vez la mejor parte del día, porque son horas frescas después del bochorno agobiador.

Es muy caliente nuestro verano: enero quema, el cielo parece un latón de marmita. La siesta se vuelve obligación para el cuerpo. Como el mediodía es preciso holgarlo, los peones suelen comenzar la faena a las cinco de la mañana. Yo no puedo entender por qué en el trópico americano el peonaje no hace la misma jornada, tan llevadera, de cinco a una, ocho horas bien redondeadas.

Cuando llega el turno de agua (la tenemos muy escasa en el estío) los hombres o las mujeres riegan hasta la medianoche, aprovechando también de esa linda frescura que comienza con el crepúsculo.

El subtrópico

La calidad de la fruta confiesa la casi tropicalidad de los valles felices del norte que se llaman Huasco y Elqui, mío el primero por mi padre y por mi madre el último. Con razón se da allí un higo que es como el de la Palestina y la chirimoya tan buena como la de Michoacán; con razón están ahora criando el gusano de seda cerca de Vicuña, noticia que me ha conmovido mucho; con razón yo entré en el trópico de Panamá y en el de las Antillas como quien recupera su clima natural, después de la infelicidad conocida en lo que llamamos climas templados de Chile y que para mí son lisa y llanamente fríos.

Y digo infelicidad. Mi primer encuentro con el frío fue en La Serena; el último en la Magallanes de mi penitencia. Prefiero otras maneras de desgracia a la de una noche frígida en Santiago o de un mes de lluvia empantanada en Cautín. Yo he entendido como pocos la insistencia con la que Nietzsche habla acerca del valor del clima para la vida. Cuando él descubrió la Riviera italiana, se sintió feliz por la sola tibieza, dichoso sin más razón que la de no tiritar por una calle.

Muchas brutalidades sajonas, muchas callosidades de esas almas como de las rusas, arrancan de las temperaturas bajo cero, que se padecen a pesar de los abrigos de piel y de las estufas de cerámica. La epidermis es por algo el forro del alma.

Suelen caernos nieves en el valle, y hasta avanzado el verano una raleadura de ellas se queda siempre en los últimos cerros; pero el valle, como algunos suizos, se queda siempre guardado de grandes hielos por su defensa perfecta de los vientos.

Las nieves que bajan son aquellas enjutas que yo amo al revés de las lodosas de París. Dénme todavía, a pesar de mis males, unas nieves que caigan en copos secos sonando contra los techos y la espalda que se queden como un almidón que cruje en el suelo y que cuando viene el sol se evaporan como por milagro sin dejar fangos; no me den las nieves aguadas de las tierras bajas que dan un día de espectáculo blanco y quince de lodos empeoradores de la vista... y de los zapatos.

Aquellas sequedades del aire que allá tenemos se devoran la nevada en medio día con el sol absoluto que se levanta después de ellas.

Así es como vivimos en el valle de Elqui sobre lo enjuto que es lo limpio, lo mismo que sobre una cerámica, ya sea en el verano cuando el valle casi crepita de árido, o en ese invierno de espejos blancos arriba y de gredas duras abajo. La atmósfera que Dios nos dio es urna de veras, y con esa vanidad regionalista podemos decir que cuando Dios nos mira nos ve más clara y distintamente que a belga o a un holandés, recortados como están las espadas o las paletas del nopal en su luz rotunda.

Barcelona, enero de 1933

RECADO SOBRE LA CORDILLERA

Corre por el planeta el lugar común de la «monotonía de la montaña». Y no hay tal, porque ella cuenta como la Iglesia sus fiestas jerárquicas, medianas, grandeza y menudas solemnidades, algunas realmente sobrenaturales.

Nevadas

Quien no ha visto nevar en la propia arca del hielo, aunque haya vivido en la llanura patagónica, tres meses albina, se conoce una sola manera de blancos: la de nieve tendida en iguales niveles y luces.

En la zona próxima del Pedrazo Aconcagua vi alguna vez cosa parecida al hecho de la Transfiguración de Cristo, y cada vez que yo escribo la palabra teológica, me viene a la boca, traída por esta imagen. Dos horas antes de la nevada grande, la montaña estaba en su realidad de gran bestia bicolor manchada en negro y blanco de campos de nieve, de cumbres y de lonjas, abras y ángulos azules o tenebrosos.

Se suelta el gran telar de la nubazón, la presa de las nubes, que hacia abajo despeña el diluvio, pero que a estas alturas libra solamente nevazones, y entonces el aguafuerte goyesca va borrándose a grandes trazos: el ictiosaurio tendido y huesudo se mulle rápidamente, coge carnazón, cubre su desollamiento, rellena sus miles de principios y de vertientes. La operación suele darse en un silencio cabal, y si el trepador cerrase los ojos en el comienzo, la mudanza de espectáculo le parecería una fábula. Bien pudo cerrarlos, porque durante ese tiempo no hay cielo ni tierra que mirar; la nevada forma en el aire un hervidero cegador: la muela del molino avienta, no se sabe desde dónde, su polvareda de torbellinos. Parece una fábrica repentina alzada en el ámbito de diamante, y parece también una industria de disolución. La montaña, por unas horas no existe; hacia arriba y abajo ha desaparecido y el que quisiera gozar el acto de nevar a toda su anchura, malograría su antojo. La nevada mata el horizonte y nos deja lo inmediato como único campo.

Lo corriente no es que el «misterio» o el auto sacramental de la nieve, transcurra en el sosiego, sino a parejas con el escándalo del viento, que de fuerte pasa a vertiginoso, verdadero zamarreador de las casas terrestres, que suele llevar ciento cincuenta kilómetros por

hora. El viento es el primer signo de la tempestad andina; a veces comienza con cielo raso y en momentos acarrea un ancho tropel de nubes. ¡La fiesta que nos regalaría si no fuésemos pobre gente! Este ventarrón andino sopla sobre un organismo que parecía macizo y que, como la catedral, estaba tajado de tubos de órganos, siendo una víscera perforada de aurículas musicales. La montaña aúlla, alaba o injuria con todo su cuerpo, que era mucho mayor de lo que le sabíamos. La Grandota se dobla en las resonancias; la Pesada parece saltar por obra de un tambor de pellejo o bronce que remece sus fundamentos; la Dominante toma la atmósfera entera para su trágico antojo y abarca el cielo por añadidura. La tajeada, la horadada, la dividida, se tenía más gargantas de las que creímos. Hay gritos de ese viento en los defiladeros de los cuales no me desprenderé nunca: cosa tan aguda como ese silbo no se vuelve a oír entre las musiquillas de los valles. Dicen los arrieros que ellos pueden con todo lo demás: ceguera de la nevazón, traiciones de un camino poroso o vítreo y dentera del frío; pero que no pueden con el estruendo del viento que es el espanto puro. El mastodonte de metal se revuelca literalmente en esa puja aérea que casi se toca; él ha liberado, no su espíritu, sino el haz de sus espíritus contrarios, y son una pobre cosa los demás combates conocidos en el llano, al lado de esa pechada de búfalos en la que el viento tal o cual se individualiza, volviéndose persona y soltando interjección propia... La pobre nieve vuela hecha trizas, dentro de la gran ventolera, dueña de la maniobra. «Todo está bien mientras uno no se aturde», dice el mulero, y hay que tener sus oídos para quedarse entero y sentirse completo en medio de la muela del huracán.

Mientras más violenta es la crisis, más pronto se agotan los operadores históricos: relámpagos, rayos y vientos hacen tal gasto en la hazaña, que su violencia baja bruscamente. Es una de las veleidades de la montaña andina, «criatura temperamental», la de crear la tormenta en instantes, cercar su masa como un puño ciego, y cortar de golpe, antes de haberla agotado, su fechoría tremenda, quedándose en tal sosiego que se creería que nos hemos soñado la barahúnda. Esta recomenzará después, si no se liquidó el stock del nubarrón; pero en la pausa resuellan por lo bajo, y como rehaciéndose, los toros de la lidia. La montaña hace un movimiento de sus miembros, se distiende, se estira, se recoge, y se vuelve a su orden...

He visto un grupo de arrieros cordilleranos volver por el valle de Río Blanco al día siguiente de la tormenta, y nunca he querido más

a nuestro pueblo que oyendo al grupito descalabrado contar el trance. Los tres o cuatro hombres traían la desarrapadura en que quedan los huertos de Elqui después del ventarrón; llegaban como vueltos del revés, con su cabeza y sus barbas mesadas y aporreadas del percance, y sus trazas deshechas daban la figura de la cabra del cuento que se peleó una noche con lo sobrenatural. Entre bufonadas y tragos de ponche, contaban la carrera desde el punto en que los cogió la tempestad hasta el puerto o reparo de piedra. Ellos se conocían a la Cordillera brava y éste era uno de tantos lances con la cosa viva. Entre las chanzas de los batidos, yo me acordaba de la cruz maciza del Cristo de la Cumbre, que los vientos han torcido no poco, cruz de la concordia chileno-argentina, puesta a prueba de la cólera de los vientos y cosa fuerte y frágil a la vez, según la paz de los hombres.

La niebla

Las contadas forman las solemnidades sacras del organismo magnético, que los geógrafos llaman Cordillera. Prefiero a ellas las fiestas menores que yo, mujer flaca, me tenía en Río Blanco cualquier día. El juego de las nieblas pequeñas lo cuento como lo mejor.

Poco después del deshielo, o al atardecer, tras una siesta calurosa de mucha evaporación, las faldas medias de la montaña se llenan de una guiñapería errante, o de una procesión de almas en pena, o de grandes hálitos que suben de las cuchillas y de las quebradas. Los que hablan de la montaña amojamada parece que nunca vieron este cortejo de las nieblas bailar desaforadamente sobre las faldas. Alucina la fantasmagoría de esos vapores a medio hacerse y deformarse. La claridad del día o la vaguedad del crepúsculo se llena de «larvas», como diría el amigo oculista; pasa la «Santa Compaña» del folklore español, lenta y pegajosa; el aire se vuelve una masa misteriosa de acuario, por la cual cruzan, grises, algodonosos, amarillentos, unos peces ciegos de formas estrambóticas que son las imaginaciones de la montaña. Vuelan, venidas de todas partes, tanteando mañosamente; pasan muy airosas, a veces, como criaturas lúcidas y a veces torpes como los sonámbulos; cruzan por nuestra cara en cosa viva, se quedan paradas, faltas de aire, o se alcanzan y se funden rápidamente. Un poco más, y ya la niebla se ha cerrado y la fiesta se acaba, porque el donaire estaba en su ronda de niñas y cuando ya se apelotonan, la masa malogra todo el juego.

Cielo máximo

Por la noche de enero, después del calor, el disfrute de los

huéspedes de la montaña chilena, es un cielo nítido, de grandes constelaciones, que no se alcanza en ninguna parte. El cielo nocturno de Río Blanco maravilla y espanta; de él me acordaba yo leyendo los versos de Rilke en las *Elegías de Duino*: «Porque lo bello es tan sólo el primer grado de lo terrible; apenas lo soportamos, y si, podemos admirarlo, es porque él se olvida con desdén de destruirnos.»

Los turistas, en una necedad común, se encierran en el hotel de la Cumbre o en el establecimiento de Río Blanco, a jugar cartas y a conversar a lo criollo, largo y tendido, después del día de caminatas en un aire tónico, que relaja como el vino viejo... El día ha podido ser bueno, pero la noche estrellada que se pierden es la fascinación cabal. Durante el día, la limpidez de cumbres y de atmósfera más lastima que deleita nuestros ojos flacos, habituados al valle; aquellas cimas, aquellos campos de nieve, espejean más allá de cuanto puede tolerar nuestra vista sin hábito de diamantes. Ahora ha venido la noche y la urna del aire regala solamente unas grandes estrellas. Para gozar cielo estrellado no hay sino los telescopios mayores o la cordillera de los Andes.

Las constelaciones se ofrecen sin búsqueda en la claridad primaria de un mapa astronómico de escuelas... No es solamente que ellas sean rotundas, sino que están en carne viva, o habrá que decir, en aguas vivas. El firmamento hierve de resplandor; un inglés mal y buen hablador de español, me decía «que tumba de estruendo». Estrellas rasas, estrellas mondas y directas un cielo que se tienen como pecho a pecho, un firmamento tónico, que los mineros de Coquimbo llaman «cielo macho». El poeta austríaco lo habría sabido dar en su hermosura como en su espanto. La noche andina no puede ponerse en afiches de turismo, al igual de los ventisqueros y los picachos fotogénicos... Y esa noche es nada menos que el fondo de la copa del andinismo, lo más rico y lo más fuerte entre los logros que persiguen los equipos apasionados de la montaña. Los Andes resultan alucinación continua, alucinación de vista y oído, para cualquiera que no sea el montañés familiarizado con su magia, casado con ella desde que abrió los ojos. Yo guardo de esas noches cierto delirio de estrellas que supe contar entonces, que no he sabido decir después y que tampoco acertaré a escribir nunca. «Otros vendrán que lo consumarán.» Mejor es dejarse el éxtasis pecho adentro, que estropearlo dándole a tercias en un relato manco.

Después de unas cuantas horas de mirar aquel campo de fuegos trémulos, de recoger el zodíaco cortado de casilla a casilla, al igual de

calcomanías, el turista rendido de una jornada demasiado fuerte, entre con cierta extrañeza desde esa anchura desatada al cuarto angosto del hostal, alumbrado por una pobre lámpara plebeya.

Música bárbara

Antes de hacerlo dormir, la Cordillera le dará todavía otro de esos regalos suyos que parecen acometidas, siendo no más que unas caricias cuya gracia excede a sus pobres cortejadores.

La hora de la siesta es la de las avalanchas de nieve; pero los andinistas dicen que hacia la media noche sobrevienen los más fuertes «rodados» o derrumbes de piedras. El viento sacó de quicio los peñascos menos seguros y el derrumbe cae hacia los vallecitos en un rebotar estruendoso de zancadas gigantes.

El oído desvelado conoce entonces una Cordillera carente de la eternidad que le adjudican los textos, un elemento provisorio, que falla como los otros, la divinidad sujeta a accidentes, y que según lo entiende la oreja fantástica del desvelo y del miedo nuestros, parece vacilar en sus vigas y sus ejes mismos.

En las grandes pausas que dejan los derrumbes, se tiene una compensación preciosa: son las cascadas menores, que en el abra de la cumbre o en el valle de río blanco, hacen una conflagración de música, cayendo sin descanso por los faldeos verticales. Los glotones de sucesos, no dan importancia en el día a las caídas de agua, que llamamos cascatelas, que apenas tienen caudal y que no alcanzan nombre ni mención del guía «carrillano» . Apenas nos damos cuenta de ellas caminando, de cuántas caen en torno al cerro y de cuántas se nos dieron andando la montaña, aunque son tan llenas de gracia bajando en madeja tierna por la brutalidad de las faldas. Las insignificantes se imponen, al venir la noche, a los sentidos que, ya vacantes, se les dan, atienden a los habladores, y acaban por encantarse de oírlas.

Hablan todas juntas, desde las lejanas que crean un fondo neutro, hasta las próximas y las inmediatas que son rotundas. La danza de la niebla, que ya contamos, se transmuta en juego musical: el de una larga cabalgata que viene, se acerca y no llega nunca. Hay en nuestro folklore el mito no recogido del galope de un hombre que viene por los cerros y que dejan en la espera al desvelado que lo oyó desde su lecho. Tal vez arranque, el relato, y la ilusión auditiva que contiene, de estas cascatelas cordilleranas.

La voz del agua precipitada en los llanos poco se conoce, se vuelve tan rica y compleja, tan mudadora de sus tiempos musicales,

tan llena de turnos sorpresivos, que un músico novato no se dormiría en toda la noche por no perderse la lección de los ecos y el embrujamiento que va creando de más en más en el escuchador. A mí, por contraste, el despeño del agua y la ronda de los ecos, me sorprendía primero, me habituaba pronto y luego me hacía dormir ni más ni menos que una canción de cuna un poco salvaje, por recia, pero en todo caso bastante buena para mí... Me dormía, rendida del propio gozo, trabajada como una materia, por el estruendo rítmico y se me ocurre que sonriendo a la Medraza a piedra, que halla manera de adormecer a su hija espúrea hecha, al revés de ella, de carne infeliz y de nervios medrosos.

EL RITMO DE CHILE

-Hay en nuestra América algunos países pequeños, pero *musculados* como el campeón japonés, me decía Gonzalo Zaldumbide. «Su ritmo más rápido reemplaza con ventajas la carnazón de los mayores, y su prisa quema lo adiposo. Así son Chile y el Ecuador.»

Es verdad: Chile tiene en los mapas una figura geográfica de hombre en pié, de varón alerta, entre cordillera y mar, y estas dos dominaciones que le urgen los costados parecen aguzarlo como una flecha o lanzarlo como un discóbolo ligero de carnes. Y en ese organismo de pelotaris vasco o de esgrimista japonés o de nadador malayo, no sobra nada; tampoco falta nada: es la suficiencia precisa para hacer y actuar.

El ritmo vivo de Chile un músico lo siente leyendo nuestra historia y un dibujante puede traducirlo en unas grandes flechas lanzadas.

Llega la Independencia y se abre el haz de nuestros ritmos de criatura viva, de patria diferenciada.

El Chile recién nacido de O'Higgins, menudo como el campeón de Zaldumbide, apenas dueño de sí, se lanza a la empresa bizarra de crear una escuadrilla, de lanzarla sobre el Virreinato peruano y de ayudar desde el mar a la faena de San Martín. Es el primer vagido de nuestro esfuerzo libre; parece un arrebato de adolescente, y no hay tal: la escuadra de Cochrane va llevada de motores a cascos por el ritmo fuerte con que Chile acaba de nacer y con el que va a vivir.

Pocos años después, cuando todavía no cuaja bien el busto de nuestras repúblicas, Chile mira sin alarma hacia el norte y al este.

Ya no hay peligro español, pero falta la conquista de nuestras propias entrañas anárquicas. Según los hábitos criollos, unos bandos más románticos que bélicos se disputan el mando como los pelotaris riñen en la cancha por la pelota vistosa. Aquella agitación no es el ritmo voluntarioso de nuestra propia índole; aquellos son unos antojos sueltos y un caudillaje sin mira ni plan. Aparece Portales, criollo purgado de romanticismos, realista de marca mayor, y echa su brazo apuñado sobre el hato de culebrillas vivaces que es nuestro guerrillismo.

El hombre Portales trae también su ritmo que es el nuestro genuino; lo ha mamado de la raza y será su temperamento mismo y su orden musical. Es la suya una línea robusta que sube en unas volutas anchas de fuerza segura. Quiere crear un «hogar de hombres» y no un campamento de tiendas de campaña. Apenas salido del coloniaje, no es, sin embargo, un moroso ni un conformista. Trabaja sin remilgos de aristócrata y sin comodismo de burgués: es un herrero de fragua civil, desenvuelto, audaz y sin atolondramiento.

La faena se interrumpe unos meses por la aventura loca de doña Isabel II, la malaventurada, que pretendía una reconquista de lo mucho y bien perdido en América. El ritmo regular de Chile volvió a agitarse como en el año solar de 1810. Otro embrión de escuadra chilena limpió la costa después del bombardeo imbécil de Valparaíso y otra vez Chile extendió la operación de defensa nacional a las fraternas costas del Perú.

Segundo compás de espera en los ritmos fuertes y creadores, y aparece Balmaceda, como una marejada que sacude el mar de leche de las calmas mortecinas.

Volvía Portales, bajo signos ahora democráticos, porque los tiempos ya eran otros. Las saetas de los ritmos vuelven a subir del suelo de Chile. La masa que eligió a Balmaceda había sentido oscuramente hacerse en el mando de Chile una pausa de morosidad, un atasco en la presa de aguas vivas que es un gobierno. Según su instinto avisador, había ahora que forzar la marcha. Eligió a su hombre con intuición feliz; pero los portalistas de «ojos con escamas» no reconocieron a su creador en el recién llegado, según el mito de las reencarnaciones en las que el embozo corporal hurta la identidad y hace fracasar al fiel que regresa...

El hazañoso alcanzó solamente a dejarnos una porción de obras y un manojo de derroteros válidos para el futuro.

Falló el intento balmacedista, pero la voluntad popular sólo vió retardados sus fines. Unas tres presidencias de tipo pacato y lento corresponden a esta tregua o espacio vacío de ritmos grandes.

Es un período de mansuetud, no exenta de buena voluntad. Se tienden líneas férreas sobre nuestro cuerpo longitudinal; se fundan colegios; se echan cables al porvenir con una ley de instrucción obligatoria; se construyen puertos, se comienza a mirar a la higiene pública; se asegura la justicia estable y limpia.

La caída del ritmo corresponde a una politiquería envalentona-

da: el buen campeón chileno se muda en parlanchín y sus fuerzas se le van en ladinería y puja por los empleos públicos.

Los tres quinquenios que corren entre 1920 y 1935 traen el otro golpe arrebatado de nuestros pulsos nacionales. Durante estos años tónicos, todos los problemas hierven en las manos de los dirigentes, mientras una masa civil de primer orden pide y apresura; trueca regímenes, prueba a los hombres como se ensaya el mineral, vigila la administración y sigue la vida nacional como la de su hogar. Toda esta agitación no es histérica, aunque suela desperdiciarse en pasiones personales; de esta especie de metalurgia febril sale una legislación social de cuerpo entero, que bien se merecía en su amplitud y su largueza el pueblo de Chile que ha hecho a marchas forzadas una minería y una agricultura grandes, en país pequeño y de pésima situación geográfica.

Cuando en aquel extremo del Pacífico aparece un mandatario grande, cuyo busto salta de la vaina de nuestra Cordillera, ese hombre es sencillamente un varón chileno que conoce el ritmo natural de su raza, que lo acepta, lo obedece y obra según su módulo, es decir, vitalmente.

El carácter militar que por muchos años se nos ha atribuido, corresponde tal vez a esta marcha de esfuerzo chileno en unas como columnas cerradas que no quieren pararse para tomar respiro o hacer sesteo largo o verificar el recuento de lo ganado, según el hábito de la Europa rumiadora de Historia. Legión detenida, pensamos, es legión cansada y de moral que flaquea y se relaja.

Dicen que el ritmo es primero fisiología, luego volición ética y al final hábito consuetudinario. Por lo tanto, lo hemos recibido, lo conservamos y no queremos renunciar a esta fuerte melodía nuestra. Llévenos ella en su corriente y haga nuestro destino.

LA ANTÁRTIDA Y EL PUEBLO MAGALLÁNICO

El tema de la Antártida, que es para muchos americanos un dado sorpresivo de ajedrez en el tapete del mundo, y para otros, cosa de periodistas aspaventosos, este asunto pardo hasta ayer y aupado hoy a suceso mundial, existe en mí como una vivencia de la memoria desde hace treinta años.

A pedido del Ministro de Instrucción (el futuro Presidente Aguirre Cerda), fui nombrada directora del Liceo en Magallanes, y navegué hacia las grises postrimerías chilenas.

El encargo que me diera mi venerado amigo era doble: reorganizar un colegio «dividido contra sí mismo» y ayudar en la chilenización de un territorio donde el extranjero superabundaba.

Tenía el señor Aguirre el mejor corresponsal para conocerse los problemas de la tierra extremosa, como que moraba en Punta Arenas su hermano, el doctor Luis Aguirre. Así, Magallanes no era en su cabeza unitaria ni un charco de bruma austral ni la enfiladura de pingüinos de que habla el *Manchester Guardian*: en sus conversaciones él me daría la Patagonia con la precisión de una carta geográfica.

El primer encargo se cumplió pronto; el segundo era más complejo para mujer. Pero un equipo de hombres de cultura me ayudó a ver y entender los «nudos» del caso magallánico-antártico, zona dura de vivir, pero materia fascinante para el chileno.

El profesorado que llevé resultaría bastante apostólico, puesto que se decidió a vivir largo tiempo en el país de la noche larga. Gracias a él nuestro Liceo abriría una Escuela Nocturna y gratuita para obreras -el analfabetismo era subido en la masa popular. Mis compañeras iban a enseñar al más curioso alumnado que yo recuerde. Menos defendida del hielo que el hiperbóreo europeo, aquella buena gente -mujeres y hasta niñas- llegaba sacudiéndose la nieve al umbral y entraba a la sala con el hálito hecho vaho, dándonos el rostro rojo y duro que hace el frío, una piel parecida al pellejo del pececillo rojo...

Después de la hora del Silabario, yo daba otra de «conversación». Incrédula como hoy de la «pedagogía pura», receta de maestros entecos, yo me pondría a hablarles de su propia vida, de las contin-

gencias que se trae el vivir entre los elementos hostiles -hielo y puelche-, y de la obligación de ver la unidad, «contra viento y marea», a pesar del tajo del mar enfurruñado y el desparramo loco de islas.

Una experiencia inédita

Una noche vi llegar gente extraña a la sala y sentarse hacia el fondo, familiarmente. Daba yo una charla de Geografía regional; me había volteado los sesos delante de aquella zona de tragedia terráquea, hecha de desplazamientos y de resistencias, infierno de golfos y cabos y sartal de archipiélagos.

Al salir, el grupo forastero se allegó a saludarme. Dos reos políticos del Presidio de Ushuaia habían sabido de ese curso nocturno y tan informal, quisieron ir a verme, y se les sumaron unos chilenos inéditos para mis ojos.

Sentados otra vez, los seis u ocho, me contarían de la escapada de los corajudos, los trances de la pampa y el nadar las aguas medio heladas, husmeando entre matorrales encubridores, hasta alcanzar la ciudad de Punta Arenas.

Yo miraba y oía a los fugitivos, con novelería de mujer lectora de aventuras, pero, sobre todo, devota de Ghea, nuestra madre, y de sus «claros misterios». Los ojos se me quedaron sobre los dos rostros no vistos nunca: allí había unos seres de etnografía poco descifrable, medio alacalufes, pero mejor vestidos que nuestros pobrecitos fueguinos...: eran el aborigen inédito, el hallazgo mejor para un indigenista de siempre.

Mis huéspedes volverían solos después, y traerían a otros más, calculando siempre la salida de las alumnas nocturnas, para hablar a su gusto, mudos que soltaban la lengua en perdiendo el miedo y que regresaban para no cortar el relato, por «contar muchísimo más».

El Hecho y el Derecho

Fue allí donde yo toqué pueblo magallánico y patagón. Podría haber vivido diez años sin contacto con él: el corte entre las clases sociales era allí grande y vertical. Y esta novedad de los ojos sería más un repaso de facciones exóticas y un oír la jerga de oficio inédito; sería el de aprenderme la zona feérica.

Porque ellos conocían en sus tres dimensiones el territorio extremoso y además el aquarium ante-polar, al cual la humanidad vislumbra apenas en libros raros o estampas insípidas.

Ellos me contarían las Islas de la danza pávida en torno al remate del mundo y después de ellas, «las Mayores», a las que «no se daba

fin» . Estas serían la Tierra y el llamado «Casquete del Mundo». Y todo lo daban, revuelto con las aventuras de percances polares, en seguimiento del «lobo de dos pelos» y de bestias que casi veo, pero que no sé mentar después de los treinta y tantos años...

Cuando la Antártida sacó su busto como la Sirena, y fue aprehendida de golpe por el mundo, como las «anticipaciones» de Wells, me acordé de aquellas conversaciones que fueron las mayores fábulas y las mejores «veras» que me regalaría el país del viento y de la hierba.

Era aquello un mundo casi rebanado por la indiferencia de las geografías primarias y a la vez poseído y virgíneo para nosotros; la posesión venía de la legalidad de nuestra posesión, y la virginidad, del olvido que le dábamos los chilenos de Llanquihue arriba... Y no digo «Chiloé», porque también andaban los chilotes corta-mares en la persecución de la noche austral y de la «aurora austral», que, aunque valga menos que la boreal, harto espléndida fue para mis ojos que la gozarían muchas veces.

Sí, Chile vivió de siempre la esquiva y hoy zarandeada Antártida. La ha hurgado y trajinado, no a lo pirata ni a lo descubridor que otea y deja, que toma y suelta, sino en ruta sabida, en explotación pequeña y constante y en una convivencia que daría para libros de muchos Conrads o Sven Hedins del océano.

Solamente la burguesía magallánica se había quedado sin la «saga» hiperbórea. Satisfecha ella con el hierbal y el pastoreo ovejuno, apenas tenía contactos con el otro Chile que, en chalupas o barcas a lo polinesio, angostas como el pez espada, cabalgaban el mar frenético y mal afamado desde los tiempos del Gran Portugués. Chilenos y argentinos eran y son todavía aquellos hombres cuya piel ensalmuerada llega a emparentarse con la de la ballena, y todos ellos se vuelven a estas horas los superamericanos por haber guardado íntegro el ánimo aventurero de la raza que domó el desierto de Atacama y también las agriuras de los Andes. Son ellos la brava gente quemada de yodo marino, la del ojo agudo que ve en la peor borra de bruma, y la muy arisca para contar, esto sí, por «no soltar prenda», respecto de las cacerías furtivas.

Tenían de todo, y con razón aquellos de mi grupo nocturno: de la explotación a la moderna, con grandes dineros y maquinarias rompehielos, que podían arribar llevando capataces extraños al país del largo silencio y barrerlos como a pajuelas, o bien atarles en cuanto a galeotes polares a su clásica explotación. Grandes libres eran y son

ellos, llámeseles aventureros o pícaros de aquella picaresca oceánica que Inglaterra se sabe más que pueblo alguno. El mar crea su pasta y su costumbre; él les da el espinazo de acero elástico para la zambullida abisal, y les hace el rompeolas los pectorales. A pesar del rostro color de alga sancochada y de la desnudez de tritones, su *élan* cuenta tanto como el de los demás saqueadores de la entraña oceánica. La proximidad a los polos los emparenta con el ballenero escandinavo, como que los adjetivos «ártico» y «antártico» dicen casi lo mismo: la gente del arpón y las tretas sobre el hielo y el agua amarga, medio tiburones y algas: la hazaña es idéntica en los dos confines polares, a la vez opuestos y semejantes. Hasta hace poco más de un siglo, la empresa de romper el sello de los Polos ha estado en manos de estos remeros libres, ajenos a los Almirantazgos ilustres, sin gorras marinas blanquidoradas, ayunos de escafandras y lanchas a vapor. ¡Pobrecillos! Grandes pobres por su coraje y su desvalimiento de equipo técnico, pero ello no les resta honra ni derechos.

El pasajero y el duradero

Mi grupo nocturno era un anillo suelto de la empresa anónima y ancha de los «lobos de mar» que corrían las últimas nieves chileno-argentinas. Todos ellos forman parte de la chilenidad o de la argentinidad, y a estas horas cuentan como «adelantados del mar», aunque el olvido los dé por últimos o los deje al margen en los artículos de periódicos que ventean a todo trapo la Antártida-vedette del año 47.

La jerarquía inglesa acaba siempre promoviendo a categoría subida a sus vagabundos del «Talassa»; los sube de ultra plebeyos a «pioneros», luego a «Sires»... Y este clasificar así a los audaces, a pesar de todos sus dolos y malicias, corresponde a cierta promoción de los «fuertes» que enriquecen la esfera conocida añadiéndole cuanto le fallaba.

Precisamente tales vagabundos llamados «sin ley» y que en verdad obedecen a la ley feroz de su elemento, hacían presencia por nosotros todos en el Chile Antártico. ¡Y qué presencia! La del penar siguiendo a las bestias de cuero arisco y pelambre delicioso, a la ballena que rezuma a toneladas las grasas y los aceites, y ¡a cuánto más! Trashumantes y todo, ellos moran en esos territorios, yendo y viniendo, pero en todo caso durando sobre regiones tenidas por imposibles.

La palabra «costumbre», parda por vulgar, resulta vocablo lina-

judo, cuando señorea sobre los Códigos. «Costumbre» quiere decir afincamiento, pero también el ir y volver constantes, el poseer de hecho una zona. Es un conocer por experiencias repetidas y usar de lo ya descubierto que sigue sin dueño de lo vacío y no adoptado por nadie. Bien que se lo saben británicos, holandeses, españoles, daneses...

Y esto eran y son, costumbre de mar y hielos, mis contadores del velado océano austral, del agua fantasmal, espanto de sedentarios y adopción suya, especie de patio familiar de sus vidas fabulosas.

Asombro y grito

Imagino yo el pasmo que sentirán ellos, su colectividad dispersa y doblada después de treinta años, al saber, por alguna noticia de la radio u hojita de periódico, que no hay una Antártida chilena, o que la hay, pero menudilla, especie de engañifa que se da a los niños para acallarlos.

Pienso en los que diría de esta jugada, caso de habernos vivido, el voceador de nuestros derechos antárticos, D. Pedro Aguirre, quien se supo la región fantástica y lanzó a tiempo aquél su aviso de vigía que le rieron algunos necios. Extraordinario hombre que denunció tantos problemas, desde los sociales y pedagógicos, hasta nuestra tácita -y muy expresa- posesión austral.

Pienso también en el enorme absurdo que funge como ley entre estos dos hechos; el «descubrimiento» de un lugar y la posesión efectiva del mismo por los aborígenes desde todo tiempo.

A veces un gran barco inglés, u holandés, o italiano, cruza, sea por mero azar, sea en viaje de estudios, las regiones todavía imprecisas en los mapas. Pasan, hay cortos desembarcos, flaca averiguación, nada que valga como la estada o la frecuentación secular. Y de esa anécdota sale una «toma de posesión», gracias a la banderita hincada en la costa, y de ello arranca un «derecho» y un futuro alegato de nacionalización. ¡Curiosas, inefables «colonias»! Reirán de todo esto con risa amarga los pobladores y los traficantes de la zona, aquellos que la navegan, y hacen la pesca, o la tala de bosques o el beneficio de pieles.

Estas falsas posesiones ganadas con un salto de a bordo y el asentar de labor en tierra o hielos, ya hicieron su época y corresponden a la mentalidad imperial de hace un siglo. Eso va a caducar, tiene que ser trocado, y cuando menos, enmendado. Porque los llamados «naturales», sean prietos, sean blancos, tengan el ojo recto u oblicuo, hablarán por la lengua de sus juristas y se harán oír.

La voz de ellos se llama «ley natural», y es esto lo que nuestro Gobierno ha recogido y lanzado en la Antártida, lado a lado con el alegato primordial que arranca de la proximidad o la colindancia. Un país, como cualquier otro ente vivo, defiende mar e islas próximas celando su propio cuerpo de la manotada extraña y ávida. Y la lección la hemos aprendido de la vieja Europa, muy alerta a todos los peligros de las codicias internacionales.

El Presidente de Chile no fue al extremo Sur por hacer allí una «parada de cinematografía» delante de los elefantes marinos -la burla sobra y además irrita-: él fue a subrayar una posesión nacional y a vocearla a los olvidadizos y también a los sobrados de listeza... Y lo declarado en aquel cabo extremo de la chilenidad lo piensa la nación íntegra, hombre por hombre y mujer por mujer.

Octubre de 1948

RECADO SOBRE EL COPIHUE CHILENO

La trepadora clasificada con el nombre galo-latino de *Lapageria Rosea* es primero la sorpresa, luego el deleite, de exploradores y turistas que alcancen los bosques del sur de Chile.

Los geógrafos llaman Trópico Frío a la región, y aunque el mote sea contradictorio, corresponde a esas verdades que llevan cara de absurdo; la australidad chilena es húmeda y helada; pero se parece al trópico en la vegetación viciosa y en el vaho de vapor y de aromas. Por esto no hay viajero que alcance Chile y se quede sin conocer nuestra selva austral, y ninguno tampoco deja la región sin buscar el copihue araucano hasta dar con él.

Los textos escolares azoran a los niños con este dato: El copihue, indigenísimo, se relaciona por el nombre con... la Emperatriz Josefina Bonaparte. Yo me escandalizo de ello tanto como los niños; pero son los sabios quienes bautizan; el Adán científico no nace todavía en la gente criolla y fue un francés quien bautizó nuestra flor sin mirar a su piel india... Menos mal que Josefina fue una francesa criolla de Martinica... Quédese en los textos escolares el apellido latino; dentro de Chile no se llamará nunca sino «copihue», mejor con la h que con la ge que algunos le dan. (La «h» aspirada, bien querida del quichua-aimará, es más área que la gruesa «g»; parece el resuello de la cosa nombrada, la acaricia y no la daña.)

La flor del copihue sube en tramos bruscos de color, desde el blanco búdico hasta el carmín. Las flores rojas llaman a rebato; las rosadas no alcanzan el sonrojo y las blancas penden de la rama en manitas infantiles. La popularidad se la arrebata el primero, en un triunfo que parece electoral; pero yo me quedo con el vencido, es decir, con el copihue blanco y su pura estrella vegetal. La preferencia torera del rojo es la misma que ganan el clavel reventón y la rosa sanguinolenta, sólo por el guiño violento.

La campánula estrecha, más tubo que campana, mima el tacto con una camelia. El largo suspiro del copihue no se exhala al aire, cae hacia los follajes o a la tierra; en vez de erguirse, él se dobla con no sé qué dejadez india, a causa del pecíolo delgadísimo. La laciedad del copihue parece líquida; la enredadera gotea o lagrimea su flor.

Más perseguida que el huemul, la enredadera ya no se halla en la selva inmediata a los poblados ni a las rutas. El buscador tiene que seguirla por los entreveros, pero la encontrará con más seguridad que al dudoso cervatillo chileno.

Echada sobre el flanco del laurel; a veces gallardeando desde la copa y cubriéndola, hallará a la muy femenina, cuyo humor es de esquivarse y aparecer de pronto. A grandes manchas, o en festones colgantes, o en reguero de brasas, el copihue estalla sobre los follajes sombríos y para al buscador con sus fogonazos, que suben por las copas, corriendo en guerrilla india.

La trepadora rompe la austeridad enfurruñada del bosque austral; lo desentumece y casi lo echa a hablar. El acróbata de los robles y el bailarín de las pataguas hostiga a sus árboles-ayos con el torzal de cohetes ardiendo. Menos violentas que las guacamayas, pero en bandas como ellas, las colgaduras del copihue alborotan y chillan sobre la espalda de los Matusalenes vegetales.

Me conmueve la metáfora popular que hace de nuestra flor la sangre de los indios alanceados; pero yo no quiero repetirla para no mentirme. El copihue no me recuerda la sangre sino el fuego, el cintarajo de fuego libre y la llama casera; el fuego fatuo y el diurno; el bueno y el malo: el fuego de todos los mitos.

La enredadera-tábano, picando la selva, hace trampas como todos los espíritus ígneos: es el duende en escapado por los follajes; es el trasgo burlador y también la salamandra ardiendo. ¡Qué santones impávidos resultan los arbolones mordidos aquí y allá por las pinzas rojas que lo atan y desatan con su alambrería abusadora! A veces se ven el alerce o el canelo igual que Gulliveres, mofados de la trepadora que los zarandea por las greñas.

¡Mañosa y linda fuerza la suya! Aunque apenas garabatee al gigantón con su raya, atrapa los ojos y hace olvidar al árbol entero. En cuanto lo divisan el niño o la mujer, ya no miran al tutor; sólo al intruso que se balancea en lo alto, medio-lámpara, medio-joya. Razón que les sobra: únicamente en la orquídea, el Dios cincelador hizo más y mejor que en el copihue de Chile. Y estas dos parásitas próceres que corren su maratón de campeones florales, coinciden en la gracia de su elegancia y en la desventura de carecer de todo olor.

El copihue maravilloso y maravillador ha debido crear sus mitos: es seguro que anduvo del Biobío al Bueno en cantos de amor y de guerra que desaparecieron. Cuando el indio pierde la tierra, lo demás se va con ella o se arrastra un tiempo sobre el polvo antes de

acabarse.

Los poetas celebran constantemente la escarapela botánica y nacional. El penquista suele decir: «Verdugo Cavada dijo el copihue y Pérez Freire lo hizo cantar». Así es: el mejor de nuestros músicos populistas cogió la consabida corola roja y la aventó a los aires en una canción que corre de boca en boca desde la Patagonia a las islas Aleutianas.

Después de la canción afortunada han llovido las honras sobre la enredadera austral: los maestros rebosan lo botánico contándola en un regusto de amor y predican la flor local en una especie de catequización patriótica. Los lápices infantiles se regodean en su forma y el copihue se hombrea en los cuadernos de dibujo con la bandera nacional, repitiendo uno de sus colores y hasta en competencia con su estrella...

En poco más llegará a los *stadiums* y los *auditoriums* de las Universidades a coronar a campeones y togados en los días de solemnidad. Las mesas de Lúculo servidas en los banquetes oficiales ya la tienen por «sendero» o «pasarela» o franja de sus manteles. (Tanto como el copihue resulta inhábil para búcaro y ramo, es válido para guirnalda; más que esto, él es la guirnalda natural y por excelencia, lograda sin la rosa clavadora y sin el jazmín duro de arquearse.)

Esta pasión está bien fundada como el buen amor: el copihue tuvo la humorada de nacer y darse sólo allí, en la extremidad chilena, donde el globo terrestre se encoge en una última curva brusca, se enfría sobre ella, y antes de acabar se angeliza en helechos, musgos y copihues, asustando con su fuego, a las nieves vecinas. (Así asustarían a Magallanes las fogatas del último Estrecho.)

Procuraré decir mi copihue indio, y decirlo por regalárselo a quien lea; y me doy cuenta al terminar de la inutilidad del empeño. Nadie da en palabras ni la flor ni la fruta exóticas. Cuando un mexicano me contó en Chile su «mango» de oro, yo no recibí contorno ni jugo de la bella drupa, y aprender sólo es recibir; cuando en Puerto Rico me alabaron la poma-rosa, tampoco entró por mi boca el bocado oloroso ni crujió entre mis dientes.

Es la voluntad de Dios que cada fruta y cada flor sean iniciaciones directas. «Saberlas» quiere decir aspirarlas y morderlas; y como para mí la novedad de cada especie frutal o floral vale tanto como la de un país, y nada menos, digo a quien leyó, que, si desea tener el copihue chileno, vaya a verlo a Cautín, y no lo compre en las estaciones de

ferrocarril sino que llegue hasta el bosque y los desgaje allí mismo con un tirón ansioso... No vaya a creer que supo algo porque leyó dos páginas acuciosas e inútiles de la contadora que hizo este Recado en vano...

La Nación, 5 de septiembre de 1943
Buenos Aires

Podría decirse que hay tres órdenes de relieve en Chile: un orden mítico, que correspondería al desierto de la sal, porque mito parece en su absoluto; un orden romántico, en la zona confusa y retorcida de los valles transversales y en la de los archipiélagos del sur. Y al centro, el orden clásico del Valle Central.

O si se quiere, nuestro territorio sería una jarra, sostenida por dos asas serviciales y absurdas a la vez: la Pampa Salitrera y los archipiélagos australes: el asa que arde y el asa que hiela.

La Pampa del salitre

Chile se abre en la Pampa del Salitre. Una de esas guerras entre colindantes, de las que ninguna patria parece haberse librado, guerra corta como las que se dan entre hermanos, nos cedió esta especie de reino de la sal, único en el mundo por su extensión. Una leyenda del Salitre, buena para texto escolar, vale decir, para niños, podría escribirse así:

Cierto lugar del mundo recibió como destino una costra terrestre despojada de toda gracia vegetal y de toda ternura de agua. Esta región es más calva, si cabe, que su cordillera vecina y hace una rara pausa o paréntesis de vacío entre dos zonas fértiles. Su color es de un pardo blanquecino y desabrido, cuando no es una reverberación de sol. Su aire se reseca tanto que rompe la roca o el caliche en cascajos; su tacto es como el de la bestia enferma, una pelambre de jaramagos a medio quemar. Toda ella parece el engendro de un aguafortista calenturiento. Sólo alzando los ojos se encuentra, como alivio de esta penitencia, el cielo azul, enjuto y puro, don de su misma sequedad, y hay en su altura de meseta la calidad tónica que violenta y fuerza el organismo para que dé todo de sí, pero que lo deja a la larga fortificado por la prueba.

Nuestro pampero dice, en elogio de su desierto implacable: «Aquí ni los muertos se pudren». Y así es: Sal y aire seco conservan los cuerpos como los sacerdotes del Dios Rah conservaban el de los Faraones. El hombre vivo, con más razón, no toca ni aspira podredura en ese ámbito de pureza tremenda de la Pampa Salitrera. La sal es una especie de genio protector que preserva a su hombre de la

decadencia y la degeneración, y esta realidad del Salitre vulgarísimo vale por el más bello mito.

El grumo salino, feo y gris, guarda el secreto o sésamo de la fertilidad, y lo ofrece a las tierras paupérrimas, desnutridas o envejecidas que afligen al planeta. Aquel desierto tendido en una extremidad del mundo, viene a resultar el padre de la mejor cosecha de trigo en el Egipto, o dobla los racimos de las cepas italianas, o rehace el limo anémico de las hortalizas en cualquier granja europea. La pampa salitrera paga con su desgracia, como santo penitente, el logro de los hombres cuya cara no ha visto nunca, y un poeta podría llamarla *el Cristo desnudo de la tierra.*

La Pampa se quema de su propia virtud, como ocurre con los dones excesivos. Ella no conoce la piedad del río ancho, que desaltera las arcillas en la misma medida en que el sol las abrasa; ella recibe, a lo más, la humedad tardía que le pone la «camanchaca», una niebla ni espesa ni frecuente. Su propio bien resulta su castigo, y si en la geología hubiese, como quería el hombre medieval o imaginaba Ruskin, en la *Etica del Barro,* un sentido y un dejo morales, esta región estaría bajo el orden penitencial que remata en el perfecto despojo.

La vida en la salitrera inicial, el comienzo de su explotación y el sacrificio del peón chileno sobre ese cuadrilátero de calentura y de sed, me han hecho muchas veces acordarme del *Motivo* de Rodó que se llama *La Pampa de Granito.*

Recuerdan ustedes que el Espíritu de la Voluntad, lleva a tres niños hacia un desierto de piedra y les manda que reúnan un poco de polvo, de viento y de agua. Un niño araña en la piedra y responde que nada encuentra. El Espíritu Voluntarioso le responde que lo recoja del viento, en su lengua. El segundo llora, encima del puñado de tierra, y así logra un terrón húmedo. Pero falta semilla que sembrar. El tercer niño espera la semilla volandera que viene en el viento.

Es así como nace y brota la primera hierba del desierto; la prueba ha costado a los fieles una vejez prematura; sus cabezas blanquearon y sus cuerpos quedaron enjutos, en hueso y pellejo.

Este símbolo de Rodó es válido para contar la historia de los primeros campamentos, y con más razón, de las primeras ciudades nuestras en la zona salitrera. Donde la tierra, la atmósfera y el sol parecían gritar un triple «no» al «pobre cateador» y otra vez «no» al que plantaba las tolderías de campamento; los dos testarudos, acicateados de aquella negación, respondían «sí» con su cuerpo y su alma.

Así nacieron Iquique y Antofagasta, y gracias a esa prueba existen. Sólo que la raza no salió decrépita sino salva de la aventura.

La Europa, que apenas sabe de nosotros, y el Asia, que tampoco nos ve la cara, nos conocen bajo las especies de nuestro misterioso nitrato; Chile se llama para el mundo «El país del Salitre». La América Latina que nos toca, suele considerarnos como a otra sal que, mascada, da un sabor áspero y algo desagradable, pero que tiene el nombre bueno y honrado de Voluntad, de la dura voluntad chilena, de la terca volición vasco-araucana.

Valle Central

El europeo que, a pesar de su cultura especializada, tiene un ojo primario para revisar las cartas geográficas de los Continentes que no son el suyo, se acerca a Chile pensando que va a encontrar allá adentro sólo un laberinto infernal de montañas. Si llega por vía trasandina, él recibirá en el paso de Uspallata, de golpe y entera, la épica andina, y prolongará su aventura visual y respiratoria hasta la ciudad bien nombrada de Los Andes. Las alturas lo toman y dejan por turnos, le roban el cielo y se lo devuelven; lo ciegan de oscuridades para deslumbrarlo en seguida con el resplandor crudo de la nieve. Pero el turista novelero sale después de seis horas de la montaña y entra en la provincia de Aconcagua, que lo encaminará hacia el Valle Mayor. El viajero sabe, por fin, que el país de Chile no es únicamente la selva unida de piedra que se imaginó. Su viaje obligado de Santiago a Puerto Montt, le ofrecerá la realidad del Llano Central de Chile, verdadero aposentamiento de la chilenidad.

Todo el romanticismo de la montaña de un lado y del mar del otro, se agota y cede al tocar este llano. Es la región más claramente vista por el avión, que vuela el territorio; es también la única que en nuestro mapa no se borronea de cordones montañeses. Física, y gubernativamente, Chile es el Llano Central.

Decimos de las regiones dulcemente llanas de la Tierra que nos dan el deseo de caminarlas a pie, o de volarlas, al estilo del Mercurio de Juan de Bolonia, que tal vez sea el andador perfecto, pues, aunque sus tobillos lleven siempre alas, él guarda sus pies de buen andador. Nuestro largo Valle es de estas tierras caminables como un *stadium* o una pista, de los que se diferencia solamente por su voluntad de longura, por su estiramiento en corredor terrestre.

Ese Valle se alarga en la extensión de diez provincias, cubriendo casi la mitad del país, y es la templanza misma, el clima mediterráneo de Europa con sus estaciones moderadas, la sede frutera del país, la

patria del viñedo, del duraznal, de la pomarada y los trigales araucanos. Nada de pelea minera con la roca atajadora del arado y con la estrechez mezquina de las hondonadas. El jadeo del chileno norteño se acaba en Santiago, con una ancha respiración aliviadora. Es posible, que, a faltarnos esta columna vertebral del Valle, voluntad unificadora de nuestra geología, nos hubiese costado mucho llegar a la unidad política y moral. Con lo cual el Valle, también por este capítulo, viene a ser el autor tanto orográfico como moral.

El habitante de las diez provincias centrales es un hortelano natural, llevado al cultivo de la flora mediterránea por la blandura del clima que le tocó en suerte y por la condición fértil de aquellos limos. Estas provincias producen viña y frutales, como la pampa argentina produce hierba y coníferas la Escandinavia.

Durante muchos años, los chilenos consideramos el huerto como un simple abastecimiento de nuestra mesa; el huerto era una donosa institución familiar. Pero hace cuarenta años el agricultor, entregado a su famoso comercio viñatero o a la explotación de sus maderas, se dio cuenta de la circunstancia feliz de tener hacia el norte el Trópico americano, que es un repertorio brutal diverso y apuesto. Los agricultores iniciaron entonces las exportaciones; el ensayo afortunado cubrió la costa pacífica y luego tentó suerte en Estados Unidos y en Europa, con resultados más excelentes aún.

La geografía del Valle Central cambió entonces bruscamente; el huerto avanzó provincia a provincia, y yo diría que con la complacencia del suelo y del habitante. La faena hortelana resulta tan amable, que no sólo el hombre, sino la mujer, se han incorporado rápidamente a ella.

La exportación frutera ha salvado al país en la crisis del salitre y ha asegurado la economía contra el porvenir oscuro de nuestra sal, postergada malamente por el del nitrato artificial.

Haciendo yo una especie de mapa medieval de Chile, me represento las regiones según ese estilo, personalizándolas en una bestia o en un cultivo. En este mapa ingenuo, el Valle Central es un largo sonrojo de huertos en flor, que me hace señales debajo de la Amazona Cordillerana; es una especie de avenida de blanco-rosado, que corre desde el río Maipo al río Biobío, y es que la acuarela dichosa me la regaló cierta primavera de Traiguén, donde yo caí de golpe en una floración de cerezos, cuya gloria valía por la primavera del Japón.

Parece que los hijos de cualquier tierra la queremos, no sólo

abastecedora, sino hermosa, y cuando yo leo en mi oficina consular una estadística de comercio frutero, las cifras anchas se me vuelven un desplegamiento de huerto, que corre leguas y leguas, como si fuese la sabana misma de la diosa Flora. La patria de piedra se me transforma entonces en una explosión de luz; el áspero semblante mineral del país se vuelve un tendal de fruta, que espera su embalaje al sol.

Cuando dije de este Valle que es clásico, no pensé solamente en la sencillez tónica de su aspecto, sino también en ciertas suavidades latinas de su costumbre. El campesinado de la región vive una manera tradicional, en fiestas criollas como la feria de Chillán, la trilla y la vendimia o el rodeo del ganado. La linda artesanía del choapino araucano, en esta región sigue haciéndose sobre los telares indios.

Al extremo de este Valle, donde la resistencia pertinaz del araucano conservó la selva hasta hace cincuenta años, hemos llevado una masa de inmigración germánica, y así dos o tres provincias conocen la convivialidad de chileno y alemán. La gente alemana aceptó trabar la lucha contra el bosque testarudo; llevó a él los aserraderos, taló y quemó, desposeyendo de su reino a la *araucaria chilensis*, al alerce y a la patagua indígenas, a fin de crear el reino benévolo del trigo, de la cebada y de la patata, alimentadores de gentes.

Este Valle Central que os he alabado como una tierra de idilio, ha sido, sin embargo, la zona de nuestra reciente tragedia: podría decirse que ella nos ha herido en el plexo solar del territorio. Esta Arcadia dulcísima despertó un día despedazada por la fechoría telúrica y vio raída entera su vieja ciudad de Chillán, patria de nuestro O'Higgins, y magullada como un cuerpo mártir la capital del sur, Concepción, centro de nuestra vida espiritual más fina.

No cayeron al Valle los torrentes de lava ni la lluvia clásica de ceniza que acompaña a las erupciones volcánicas. Pero no hay duda de que los volcanes son los autores de la tragedia. Vivimos sobre el espaldar de fuego de nuestra Cordillera. Las masas de granito y metal, y además la nieve impávida, nos hacen olvidar demasiado la trágica paternidad andina, nuestra geología, que se resuelve en la pelea entre la peña defensiva y el fuego combatiente.

El Valle Central se recorre bajo la presencia constante de los volcanes, patronos verticales. Su rosario gigante se anuda en la provincia de Santiago y después se afloja, un poco, pero no se interrumpe. Y es tan grande la belleza de estos mayorales nuestros,

llamados *cherruves* por el araucano, que no sabríamos odiarlos ni ahora mismo que su cólera nos ha tumbado veinte pueblos.

Nuestros ojos tienen el hábito de ver esas cumbres como de ver nuestro tipo racial; el paisaje de Chile es, ante todo, la espalda de la Cordillera o el énfasis del volcán aislado, más bello aún que aquélla en su perfil de persona, diferenciada.

El Volcán Chillán es uno de los más toscos. Su secreta calentura la bebemos en unas aguas termales famosas. El Villarrica posee una forma tan pura que deleita, junto con la vista, el entendimiento, y todos los viajeros lo asimilan al Fusiyama. Más al sur, aún, el Osorno es otro arquetipo de volcanes, con su estampa de Carlomagno en reposo. El Tronador, anchuroso, que tumba siempre, no de fuego, sino de avalancha de nieve, parece una aglutinación de cuerpos. El Techado, del exacto nombre, parece un techo fantástico pensado por un albañil divino.

El chileno, como el japonés, pelea con el destino bajo las especies del fuego y no se sabe quién tiene en jaque a quién. Aunque lleve en sí un trasiego de mitología india, el hombre de Chile, naturaleza activa por excelencia, después de cada terremoto reconstruye las ciudades y restablece los cultivos, con una confianza pasmosa y con gran desdén hacia la traidora del suelo, pues él sabe que entre dos catástrofes corren muchos años.

Hay en nuestra gente un estoicismo no helado sino ardiente, una decisión tal de poseer y de gozar su tierra, que la furia telúrica se la quita de las manos apenas un momento. Allá están ellos, mientras yo los cuento, con la tierra otra vez recobrada, planeando y haciendo.

Se sabe que este fenómeno de vitalidad y ardor es propio de las regiones telúricas, y que son precisamente ellas las que menos quieren morir, porque el fuego las hace más alácritas, más heroicas. El manoseo de las ruinas no es achaque de la chilenidad de esta hora, doliente y no derrotada, y que trabaja con el brazo válido y llevando encabalgado el otro, al cual no mira, porque no quiere ver su sangre y llorar.

La Patagonia

En el Golfo de Reloncaví, el Valle Central desaparece al acabarse la continentalidad. En este punto se abre una pelea del mar con la tierra, de lo neptúnico con lo volcánico, toda una lucha espectacular entre dos elementos. Comienzan allí nuestros archipiélagos australes, una corrosión colosal de la tierra por el océano bravo, al que por ironía llamamos Pacífico. Parece que la Sud América del destino

tropical y templado, rehusando alcanzar el Círculo antártico, por horror del hielo, quiere rematar en ese punto y aniquilarse en la antesala de los témpanos.

¿Cuántas islas tenemos entre los grados 41 y 55? Le he dicho a un ballenero danés, que ha atravesado este mar a diestra y siniestra, y me ha contestado él, que contó las de su patria insular: «Señora, en estas mil millas encontrará Ud. tantas como para cansar el antojo del más paciente.»

Otro hombre de la Patagonia me decía, sintiendo el apetito de suelo ancho que tienen los ganaderos: «Habría que coser esta tierra de aquí a Llanquihue; parece un tejido echado a perder.» Y le respondí riéndome, que, por mi gusto, yo soltaría todas las tierras unidas. El archipiélago me gusta tanto como a los chilotes, cuya fortuna es la pesca que la marea les deja tendida en su costa tan mascada por el mar.

Las mayores constelaciones de islas o las tierras más sensibles llevan nombres a veces legítimos de exploradores, a veces de héroes nuestros que no las conocieron; una que otra vez a la brasileña, se les han dejado sus bellos y genuinos apelativos indígenas.

Esta es la patria de la ballena, la nutria y el lobo del mar, y, sobre todo, el lugar mágico de las grandes masas de pájaros marinos. En la emigración cubren el cielo, y hacen, al pasar, el eclipse del sol, que nuestro Pedro Prado ha contado en un poema magnífico.

Parecía que nuestro suelo volvería a levantar su cuerpo dominante y tenaz, pero la Patagonia existe del otro lado de la tierra rota, con la pertinacia de la Cordillera que echa sus últimas estribaciones.

Después de la navegación fantástica por un mar acribillado de islas verdes, como quien dice de sirenas geológicas, asomadas hasta medio pecho, se llega a un curioso país manso y seguro, de llanura extendida. Es el asiento de nuestra ganadería; es la zona en que un suelo común hace el gemelismo de argentinos y chilenos; una parte pequeña es estepa, otra son grandes pastales rasos, donde, por primera vez, el ojo nuestro no es atajado por la montaña arrebatadora del horizonte. La vista chilena sólo en el desierto norte y en este llano patagónico posee el desahogo grande, que da al ojo la euforia del cielo ilimitado.

En estas soledades de la Patagonia, sólo un elemento trágico recuerda al habitante su tremenda ubicación austral: el viento, capataz de las tempestades, recorre las extensiones abiertas como una divinidad nórdica, castigando los restos de los bosques austra-

les, sacudiendo la ciudad de Magallanes, clavada a medio Estrecho, y aullando con una cabalgata que tarda en pasar días y semanas. Los árboles de la floresta castigada del Dante allí me los encontré, en largas procesiones de cuerpos arrodillados o a medio alzar y me cortaron la marcha en su paso de gigantes en una penitencia sobrenatural. El viento no tolera en su reinado patagón sino la humillación incabable de la hierba; su guerra con cuanto se levanta deseando prosperar en el aire, es guerra ganada; sólo se la resisten la ciudad bien nombrada del navegante y las aldeas de pescadores refugiadas en el fondo de los fiordos o en refugios a donde él llega un poco rendido, como el bandolero hecho pedazos.

Pero esta patria del pastal bajo es la de nuestra riqueza más fácil: la oveja pide apenas unos grupos de pastores, y después de la esquila y de la matanza, los frigoríficos mantienen en esta zona, que el europeo cree de penuria, una riqueza constante mayor que la de nuestra pampa salitrera.

El turismo ha empezado a descubrir la extraña hermosura del ángulo del mundo que se llama la Patagonia. El verano ofrece allí las noches que se prolongan con un crepúsculo inefable, hasta las veinticuatro horas; las auroras australes son un espectáculo de ensangrentamiento arrebatado del cielo, y el furor del viento otro espectáculo soberano que han contado en páginas preciosas los grandes geógrafos europeos.

Final

Hay en España una región nombrada peyorativamente con nombre fidelísimo: se llama Extremadura y es una tierra de estepa, relegada a un tiempo de España y Portugal. Algunas veces he pensado que los descubridores pudieron dar el mismo nombre a Chile, en relación con la América. Extremadura pudo llamarse, lejanía y rudeza, dificultad y apartamiento. Lo llamaron con el nombre de Chile, salido de vocablo indio, que dice nieve, o tal vez de una palabra onomatopéyica, que imita el trino de un pájaro.

La posición extrema nos condenaba, como a la Australia, o la Alaska, a vegetar pardamente en el fondo de nuestros valles cordilleranos, sin exhalación alguna hacia un Continente que se place y se complace en llanuras y valles anchurosos. Deberíamos haber sido angostamente nacionales, y hasta regionales, y haber renunciado a esa gran honra que es la influencia moral en la vida de la raza común.

No aceptamos la suerte geográfica ni aún en lo interior: hemos

forzado las diferencias de zonas hasta volverlas acuerdo y reducido su diferencia a una unidad, por medio de ferrocarriles y de navegación caletera. Respecto a lo internacional, con el avance pausado y seguro del minero en el túnel, hemos hecho de nuestra posición extrema uno de los núcleos de la América Española y trocado la dureza de nuestra Cordillera en peana, que a la vez nos sostenga y nos aúpe, en rebeldía contra la cautividad que nos daba la muralla andina.

La chilenidad es un gran despejo espiritual, una casta que avizora a la raza común, que mira hacia el Atlántico y el Caribe en un deseo apasionado de americanidad total. El país que llamaron «el último rincón del mundo» crea una especie de fluvialidad continental, encontrando dos formas de expansión en la pedagogía chilena y en la difusión editorial del libro americano. Hicieron bien los descubridores en no nombrarnos de acuerdo con nuestras desgraciadas latitudes. La historia de Chile, expresión de nuestra conciencia, constituye una reacción violenta contra la tiranía geográfica.

La América Ibera parece tener, como un barco futurista, tres proas: la del Brasil, a medio cuerpo, la austral, argentino-chilena, y una proa sobre el mar Caribe tal vez en el cuerno de México o en el muñón de Cuba. Son vértices de tres espíritus latinoamericanos diversos, pero no son, a Dios gracias, unas proas rivales ni navegan hacia distintos derroteros; diríamos, jugando en serio, que no están vueltas hacia el mar, sino hacia el corazón del continente, porque la aventura que buscamos es ahora la propia, la realización de una raza latinoamericana.

Nos ocurre algo así como el trance del flechero mítico: «¿Hacia dónde ojeas, qué buscas en el cielo con el arco enderezado?», le preguntaron al mozo de la flecha. «La bandada de pájaros pasó». El mozo contesta: «Yo lo sé; apunto a mi propio corazón haciendo que miro al cielo, y a él apunto, no para matarlo, sino para mantenerlo alerta y vigilante».

Y parece que pronto nosotros, latinoamericanos, ya no tendremos muchas bandadas de cigüeñas europeas que seguir con intención de aprenderles el vuelo universal, porque Europa parece que ya no ama la universalidad. Nuestra moral, que será la paz, y nuestra justicia social, que será la cristiana, bastarán para hacernos dichosos, honorables y además grandes.

La segunda emancipación de la América Ibera, mucho más real que la otra, despunta en el horizonte, no a causa de la llamada

decadencia de Europa. Alertas como el flechero, nosotros necesitaremos vigilar el rumbo de las cigüeñas europeas que quieren reaprender el rumbo oeste, el cual no les conviene, porque tal vez aquí morirían, antes de alcanzar a hacer nido...

Discurso de la Unión Panamericana
Washington, abril de 1939

SENTIDO DEL 12 DE OCTUBRE

La estampa del 12 de octubre es generalmente la de las carabelas, y está bien que sea eso, pero sea también otras cosas. La carabela atraviesa el mar tenebroso con su pobrecita cáscara de leño y su frente viva de velamen, y la hazaña en este caso es tanto de capitán como de tripulación, porque el heroísmo ha trabajado a todos, desde Colón a Rodrigo de Triana, a lo largo de cuarenta y dos días. La carabela, es decir, el barco, toma de golpe una importancia casi moderna de instrumento para toda aventura, ya que esta vez no se ha tratado de costear el Africa con la tierra a pocas millas, sino de vivir en el mar cortado de todo continente cinco semanas de angustia y de ansia.

Pero la fiesta tiene otra estampa más bonita todavía, y es la de la nueva tierra claveteada de nuevos árboles y de nuevas bestias, una lámina buena para que la dibujase una mano medieval y que señale la adición de las nuevas cosas que los ojos van a tener, el regalo de las formas no sospechadas del viejo mundo y que estaban esperando atentas de este lado del mar.

No podemos imaginarnos los modernos, a fuerza de la costumbre que tenemos de la riqueza cabal, lo que era aquel mundo, que no tuvo idea de las mesetas andinas con su luz depurada y el rebaño de llamas y de vicuñas caminando en ese pasmo de luz. No tenemos idea los que ojeamos hoy un libro de imágenes ornitológicas de lo que pudo ser una imaginería de volátiles que no contuvo al quetzal de cola prócer, al pájaro mosca gongórico y el cóndor de los Andes. No tenemos idea los que vemos la tierra como piel vegetal de una atmósfera en que no se balanceara la araucaria chilena y en la que no estuviera palpitando el follaje del ahuehuete mexicano. Y no tenemos idea nosotros, la gente de geografía completa, de una familia de ríos en la que faltaba el Amazonas, río mítico y verdadero y cabeza de toda generación fluvial.

La fiesta de las carabelas descubridoras es, pues, en primer lugar, la fiesta de la tierra novedosa.

En seguida de eso, ella significa el desvelamiento de otro Oriente, de otra Caldea astronómica, de otro Egipto constructor de pirámides y de otra India amontonadora de piedras suntuosas. Aquí también

las gentes se daban el regodeo de la mejor luz, levantando templos y palacios exorbitantes; aquí también el gusto sensual trabajaba el oro y la plata para que el rey, el soldado y el sacerdote apareciesen más bellos; aquí también la casa tenía el muro vestido de piedra fina y el pavimento suavizado de estera perfecta; aquí también la vida corría al son de música profunda y de danza ritual. Este segundo Oriente, aun cuando no esté soldado como el otro a Europa y lo separe de ella mucha agua, vendrá a servir de puente sobrenatural entre Europa y el Asia cuando el indio mezclado con el blanco se vuelve un rostro de facciones opuestas en que el ojo almendrado parece de la Arabia, el cráneo se vuelve caucásico y la lengua es de Castilla y, por Castilla, de la gran Roma. La festividad mayor del 12 es esta del nuevo cuerpo creado entre Atlántico y Pacífico, y en verdad labrado por los vientos contrarios que soplan de Europa y del Asia; la festividad profunda es esta del tipo de la conciliación, donde las facciones enemigas aceptan ensamblarse y las dos sensibilidades en guerra consientan en vivir juntas.

La obra española en América muestra muchos bienes, contiene tantos favores que no se puede decir sino largamente; en un pobre discurso hay que decir no más que su gracia mayor, que su caridad sobrenatural es la aceptación de la sangre india.

Otros pueblos europeos podrían habernos traído, como España, el cristianismo y una lengua europea, con lo anejo a ambas cosas, pero ninguna seguramente habría abrazado la sangre nueva como España la abrazó sin una vacilación desde el primer momento.

Démosle el descubrimiento a Francia e imaginemos el resultado. Francia toma el continente como ha tomado el norte de Africa; pelea y civiliza con menos violencia que el hombre ibérico, o, como diría otro, con menos crueldad, cuidando muy bien de quedarse en frente del indio lo mismo que se ha quedado delante del árabe africano, cordial y extraño, cortés y extranjero. Démosle al descubrimiento de la América del Sur a Inglaterra, como lo han deseado muchos, y la carne blanca y la carne amarilla se quedan tajadas con un tajo de eternidad, sin que pase de la una a la otra cosa que no sea el acento en el aire, porque a veces ni siquiera pasa la mirada. La unión no sólo será imposible, sino que apenas existirá el simple contacto.

Continuando este juego de posibilidades, el español se nos queda, más bien que como un buen conquistador, como el único conquistador posible, a pesar de todos sus yerros, a pesar de algunas crueldades inútiles, y a pesar de sus torpezas de administración (que

son torpezas de gobierno y no inhabilidades de la raza).

Esta gran piedad, nacional y sobrenatural a la vez, del español, que acepta, con aceptación rotunda, la sangre indígena, lava todos sus pecados y anega en generosidad todas sus faltas, si las hubo.

La raza mestiza ha devuelto en cierta manera la honra de la alianza y pagado el regalo de la sangre, dando, por ejemplo, a la familia heroica del mundo un Simón Bolívar, hombre blanco, libertador y organizador de lo libertado; ha dado como ejemplar de la resistencia al extranjero a un Benito Juárez, zapoteca y tipo de dignidad humana, y ha ofrecido a España un Rubén Darío mestizo, reformador de la lengua que vino en la carabela.

Aparte de estas cifras morales, la América española se ha mostrado capaz, delante de este mundo enviciado en los valores materiales, de ofrecerles progresos materiales en las capitales modernas de cada país, en una industria recién nacida y ya brillante y en unas reformas sociales que han despuntado ayer y ya caminan con rapidez vertiginosa.

Dijimos que la fiesta del doce era en primer lugar una natividad de la tierra, una especie de beneplácito de la geografía. El problema de la América española vuelve a ser geográfico, pero de geografía económica. Se trata ahora nada menos que de conservar la riqueza del Sur a la gente del Sur, de resguardar la parcela para el indio y el mestizo que la han heredado dos veces, por las dos sangres y, como si dijéramos, de mantener la voluntad de Dios, que es la de que aquel territorio inmenso de mesetas y llanos ejemplares, de botánica preciosa y de una minería mágica, siga siendo el dominio de sus dueños naturales y la seguridad de la vida de sus hijos. La festividad de la raza, que comienza en una posesión física, remata en lo mismo: en la conservación terca, por necesaria, de esa posesión terrestre.

Nueva York, 1930

II
MISIONES QUE DAN VIDA

SENTIDO DEL OFICIO

Yo no exagero si digo que mi fiesta mayor de Europa me la han dado las artesanías superiores que son las de aquí, las cabales, las perfectas artesanías.

Definición de artesano: el que trabaja el cuero, o la plata, o el oro o las maderas con escrupulosidad. Yo añado: el que trabaja la piel de carnero o la pobre madera de álamo con la misma norma bajo la cual hicieron lo suyo los artistas de las llamadas, con alguna petulancia en el privilegio, «bellas artes».

La norma que viene de ésos, es: llama en la mente, pulso tranquilo, sin alcoholes, mano tan ágil como el alma, tan fácil como el alma; un poco de rito y un poco de juego, es decir, la seriedad del padre componiendo y la alegría del hijo al rematar el éxito; y un gran orgullo si se firma y si no se firma, el mismo orgullo.

Entre las desgracias de América está la de tener, en algunas partes, artesanos escasos, y la de no haberlos visto nacer en otras, todavía. Confundimos artesano con peón, hortelano con «regador», herrero con forjador. El pobre continente manda la plata hacia las orfebrerías de Europa y no se ha puesto aún a formar sus plateros.

¿Y si considerarámos el oficio como nuestro más efectivo testimonio?

Damos prueba de nosotros en nuestra manera de amistad y de amor, en la elección de un partido político o de una fe; pero todos ésos son testimonios parciales o vagos; el cómo encuadernamos un libro o damos nuestra clase en una escuela, nos dice eso, si da el duplicado de nuestro semblante.

El trabajador puede decir lo que dijo Cristo de sí: «Que mis actos hablen por mí.»

El objeto labrado es esquema de los sentidos, del cuerpo y el alma del obrero. La manufactura superior denuncia la justeza del ojo, la barbarie o la docilidad de la palma, la vieja intrepidez de los dedos; cuenta, por la insistencia de tal o cual color, el temperamento de su amo; en la sequedad o la dicha del dibujo, dice sus humores. Hasta el copista se expresa copiando, y hace confesión de sí mismo.

Muy torpe, el uso corriente de juzgar a hombre o mujer fuera de su oficio. «Fulano es mal abogado, pero excelente persona». O, si se

trata de un herrero: «No sabe lo suyo, pero es un santo». No, no hay probidad que pueda quedarse afuera del oficio. Quien cojee en su profesión, cámbiela, sencillamente, pero hínquese en otra donde pueda alcanzar el último tramo y ser probo, partiendo de su oficio como de un centro.

Eje de la vida, el oficio. Que las demás cosas, consideración social, dinero, etc., sean radios que de ahí partan.

Yo conozco en Chile innumerables sociedades de artesanos sin más objetivo que la ayuda económica o la recreación colectiva. Sociedades cuyo fin primero sea la elevación de la capacidad artesana, no me las he encontrado; locales obreros en cuyas salas estén unas cuantas muestras felices de lo que el gremio ha logrado, cosas que creen el ambiente del gremio y que muestren que ésa es verdaderamente la casa de los forjadores o de los tejedores, tampoco las he visto.

El obrero quiere ser dignificado por la elevación del salario o por la representación laborista numerosa en un Congreso; pero son sólo un costado de su reivindicación.

Se dignificará totalmente por medio de su oficio mismo. Artesano con salario alto y que nunca supera el último tipo y no crea un modelo nuevo entre las criaturas industriales, que no conoce la historia de su oficio, con los clásicos del cobre, de la porcelana o el papel; que se queda en albañil pudiendo pasar a constructor; obrero al cual para nada ha servido la herencia enorme de los artesanos españoles de Toledo y de los italianos de Florencia, es peón voluntario y lleva hurtado el nombre de artesano.

Yo también estoy con los que quieren edificar nuevas jerarquías. Que el dinero y la herencia cuenten cada vez menos para dar sitio a los individuos en el mundo y que la cifra 1, la 2, la 3, pasen a ocuparlas los bravamente capaces. Pero cuidado con los nuevos valores de chacota o de mentirijilla. No el maestro por ser campesino, sino el campesino que ha hecho el mejor huerto en el valle del Elqui o de Aconcagua.

Vamos caminando hacia la formación de una aristocracia de técnica que ascenderá sin más presión que la capacidad. Cuidamos que no resulte sólo a medias legítima como las anteriores, que se vuelva otro cheque girado en falso.

Para la llamada «revisión de valores» tomemos como documento principal el oficio. ¿Cuánto tiempo se le buscó? Porque el oficio debe aprenderse toda la vida; cesa el aprendizaje al acabar el trabajo, a los

50 ó 55 años. ¿Hasta dónde se le conoció? Porque el oficio es cosa fateada como el ojo del insecto o, mejor dicho, tiene diez o veinte estratos, como las gredas, y quedarse arañando el primero es fijarse por sí mismo en la plebeyez. ¿Se le regaló a su raza, dentro de la artesanía elegida, una forma nueva? También se prueba el patriotismo a través del oficio y se le vuelve una honra colectiva. ¿Se puso precio con probidad a la artesanía o se aprovechó cualquier ocasión de lucro fácil, tan fácil como el del bolsista? ¿Se ensamblaron las piececitas del reloj o las del armario con escrupulosidad preciosa, como si cada pieza fuese a cantar el nombre del dueño? Porque la moralidad se comprueba también en la obra artesana.

Yo deseo unas repúblicas futuras en que los motes tontos de «rey del aceite» o «rey del azúcar», se dejen de mano, para resucitar, en cambio, estos bellos nombres medievales: el «Maestro del cuero», el «Maestro del cañamo» o, si se quiere volver a las caballerías, el «Caballero de la forja».

Suelo leer con más interés que las promociones de Bellas Artes a la Legión de Honor, en la prensa francesa, las de Industria: X «horticultor», Z «decorador», por servicios al suelo y a la manufactura francesa. Me pongo a pensar en el artesano chileno que apenas ha nacido, si ha nacido. Ni los patrones se ocupan de cultivar sus habilidades, porque no se engría y cobre más; ni a él mismo le importa mucho mejorarse, porque ignora qué pascua permanente son sus artesanías en Europa; ni el Estado ha hecho gran cosa por su ennoblecimiento, aunque sea el protector natural de las labores manuales, una tras otra.

No es verdad que el maquinismo haya acabado con el artesano y que sea ya imposible que éste ponga sello suyo sobre su criatura. La máquina ha subsistido el pulmón del hombre, no su mente, ni siquiera su dedo, a veces. El hombre dicta a la máquina los modelos; la máquina le ha reemplazado los tendones y el sudor sin arrebatarle ni una de sus prerrogativas para dar gusto a su pasión de forma o de color. Sería infame un trabajo en el que la voluntad de crear no pudiera ejercerse nunca y sería estúpida la delegación del hombre completo en la usina.

Bueno será reemplazar algunas de tantas fiestas cívicas nuestras por «festividades artesanas», la del hierro o la de los paños, la del choapino o el sarape. Ir dignificando en cada ocasión al artesano, hombre esencial de las democracias de cualquier tiempo. Hacer más: abrirles en cada ciudad grande el museo de las artes industriales a fin

de que ellos, que no viajan, conozcan la nobleza que en otras partes alcanza su propio oficio, de qué millón de motivos es susceptible, cuánto material ha incorporado a la historia, lo mismo que las llamadas con tonta exclusividad «bellas artes».

Cuando el artesano se vuelva por su capacidad de creación tanto sesos como puños, y corresponda a tal vigor de sus riñones tal fineza de pupila, se caerá solo el muro que ha dividido el trabajo en jerarquías, y broncero superior igualará a compositor de sinfonía y esmaltador de Copenhague a cirujano de Nueva York.

Mayo de 1927

SENTIDO DE LA PROFESIÓN

La noble Universidad de Puerto Rico ha querido ceder su palabra en este acto de graduación a un extranjero y por añadidura a una mujer; doble generosidad suya y doble deuda mía a que tengo que corresponder. Para olvidar mi extranjería me ayuda la memoria inmediata de Eugenio María de Hostos, un hombre de Puerto Rico, mas un educador de Chile. Mi condición de mujer no tengo ninguna gana de olvidarla. Donde va un grupo de hombres a recibir honra colectiva y algún encargo para la vida, siempre está la mujer diciendo su admirar al hombre. Pero esta alabadora tiene el derecho de dar algunas veces a su alabanza el sabor agridulce de la crítica y de la imposición de obligaciones, porque también ella nació como una guardiana de la vida y como una socia natural de todos los negocios vitales.

Algunos de ustedes me conocerán cierta vieja ternura hacia los países pequeños, que tengo dicha respecto de la Bélgica y de la Costa Rica ejemplares. Me gusta no sólo por ser yo hija de pequeño país, sino porque creo en las instituciones a base del calor humano y del frotamiento diario de las voluntades. Creo además en este tipo de perfección que son las resinas en la botánica y las conchas de mar en la oceanografía, intensas, y las otras en cuanto a bien labradas y perfectas en cuanto a menudas. Puerto Rico entra en mi conocimiento y en mi aprecio de la mano con aquellos tres países queridos.

Yo agradezco a esta noble Universidad el que saliendo yo de mi trabajo universitario de Estados Unidos, me permita hablar y servir a la raza mía, aunque sea de paso, antes de mi regreso a Europa. Amigos, ustedes saben cómo remueve las entrañas volver a escuchar la lengua propia, y qué faena dulce como bañada en la leche materna es la de pensar para su propia carne, cuando se ama bien la propia carne. Debo, pues, a ustedes desde la pisada en tierra latinoamericana hasta este espacio de aire en que respiran gentes que son de mi casta, de mi ideología y de mis gestos. Las Antillas constituyen grecas del trópico sudamericano en cuanto a botánica, pero son también miembros de ese cuerpo místico que forma una cultura común.

La ceremonia de este día, amigos graduados, es más una confir-

mación que un bautismo; la confirmación pública de la vocación humanística recibida hace seis años. Mucho más importante que el presente fue aquel acto íntimo, desarrollado sin fiesta, en el que ustedes decidieron verticalmente de la profesión o el oficio que adoptaban. Solemne de veras les parecerá a ustedes más tarde aquel día, igual a todos en apariencia, cuando respondieron al Maestro de los Oficios con el santo apelativo profesional: «Ingeniero, médico, químico, profesor y abogado.»

Las fiestas sacramentales del tiempo moderno son estas de la decisión vocacional y van adquiriendo más y más trascendencia. El sacro se retira poco a poco de otras fajas de la vida y viene a caer sobre la profesión o el oficio del individuo. Examinen ustedes con ojillo minucioso y jerarquicen los actos civiles. El matrimonio, que significa una ceremonia terriblemente seria cuando contenía la indisolubilidad del vínculo, ha tomado en el mundo moderno no sé qué aire de estación de la vida, y hasta de temporada playera; las funciones políticas, que en los pueblos latinos del Sur hacen todavía calentura de la juventud, se han abajado y desteñido en los pueblos sajones, donde la economía reemplaza la política.

Por el contrario, la ocupación humana especializada, el menester profesional, la función intelectual o manual que hace vivir y que da de vivir, han crecido enormemente como indicadoras del rango del individuo.

Y es que tal vez, mis amigos, la única cosa importante en este mundo sea, bien mirada, el cumplimiento perfecto de nuestro menester. Me parece muy probable que la sola exigencia que debamos hacernos a nosotros mismos y la sola que deban los demás hacer pesar sobre nosotros, sea esta de desempeño cumplido y leal de nuestra profesión.

Iría yo bastante más lejos todavía para asegurar a estos mozos de estación florida, que el oficio es cosa superiorísima al amor y aun al más sólido bloque de amor. Suelo mirar la profesión sin ajadura, sin ningún estropeo de la costumbre, más bellamente bruñida mientras más vieja, verdadera Raquel y Lía a la que embellece cada hijo nuevo, en tanto que el cuadro de la pasión amorosa suelo verlo tan estropeado del uso, tan ensuciado por las pecas cotidianas del hábito, que entristece mirarle el de metal innoble que el tiempo rebaja de precio y envilece.

Tiene muchos visos de verdad una afirmación, anónima en mi memoria, y que yo leí hace años. Aseguraba ella que todo el desorden

del mundo viene de los oficios y de las profesiones mal o mediocremente servidos. Me dejó la frase rotunda perpleja en un comienzo y después dudando, como se duda siempre de los juicios simplistas.

Así, pues, pensaba yo: ¿no hay otra fuente que esa, del mal colectivo? ¿No existe al lado de ese daño un desquiciamiento espiritual del mundo? ¿No hay problemas sociales de orden económico que causan desgracia común?

He visto muchas cosas más tarde, por aquello de que ve bastante el que camina, por distraído que sea, y he conocido la cara de casi todas las crisis en varios pueblos, dándome cuenta al final de que el asiento geológico de los males más diversos era el anotado: los oficios y las profesiones descuidadamente servidos. Político mediocre, educador mediocre, médico mediocre, sacerdote mediocre, artesano mediocre, esas son nuestras calamidades verdaderas.

Religión, moral, economía, pedagogía, forman solamente un cortejo ilusorio de la única realidad constituida por el oficio; todo aquello es, si ustedes quieren, un coro anecdótico de tragedia griega que recita con brillo pero que no puede eclipsar al Agamenón o al Prometeo esencial, que se llama el oficio o la profesión.

Con lo cual la profesión se me ha vuelto a mí, y quisiera que se les volviese a ustedes, la columna vertebral que nos mantiene la línea humana, la vertical del hombre, y lo demás se me ocurre ser carne servil y a veces muelle, o una decoración de gestos y sonrisas.

Conversaba yo una vez con Ramiro de Maeztu sobre las diferencias que corren entre sajón y latino. El me marcaba, entre otras, la siguiente que, al igual que la afirmación anterior, se me quedó hincada en la memoria por la gravedad que arrastra. El latino sería un hombre que suele desarrollar sus morales al margen de la profesión de que vive; el sajón sería casi siempre un hombre que trenza la moral adoptada con su oficio. Maeztu se puso a contarme como los obreros suizos alemanes de relojería, por ejemplo, consideraban el reloj construido de su mano como una especie de testimonio personal, de rúbrica de su honradez y de piezas de su responsabilidad completa.

Verídica y terrible la observación. Nosotros conocemos tipos bastante opuestos al del reloj suizo. El abogado defensor de pleitos turbios suele pensar que su honorabilidad personal sufre poco o nada de sus defensas deshonestas; el médico torpe por descuido en sus curaciones, duerme, come y vive tranquilamente, encima de

su degradación profesional; el pedagogo que se consiente didáctico del 1800, estima que el no informarse y el sestear sobre pedagogía relevada, no tiene gran cosa que hacer con su probidad de hombre, y en nosotras las mujeres que concedemos importancia segundona a las cosas que no son el amor, este negocio anda más o menos lo mismo. Las excepciones agudas robustecen espantosamente la regla.

Mucho más que el hombre latino, que al cabo cuenta al sabio francés para salvar su déficit, es el latinoamericano quien ha hecho una cortadura entre oficio y moral, entre función pública y conducta individual. Hasta tal punto sube entre nosotros esta falta, yendo desde la culpa al delito, que ya el grado universitario o el título oficial dicen bastante poco, y son más bien aproximaciones que afirmaciones. Decimos «licenciado», y el sustantivo de toda substantibilidad, no aúpa a nadie; decimos «químico», y el apelativo tan técnico no asegura ninguna técnica; decimos «ingeniero», y el jefe de una empresa de minas pedirá al candidato un noviciado de prueba antes de entregarle la dirección del laboreo.

De esta manera, hemos venido a deparar en una especie de quiebra del crédito universitario en casi todas partes. Y la Universidad donde quiera que exista debe construir una institución de calidad pura, de apretada selección.

El mal ha abultado tanto que su evidencia pide una enmienda radical y rápida y como es natural la pide de los universitarios mismos que cuando son buenos padecen el daño acarreado por los malos. Se trata de reedificar un crédito caído de bruces y de ponerse a lustrar de nuevo esta noble chafalonía metida en herrumbre, del prestigio de los grados.

Yo me permitiría señalar semejante misión a los jóvenes de cuya graduación soy testigo, en cuanto a vieja amiga de la gente moza, y en cuanto a mujer entrañablemente interesada en esto de la grandeza y la decadencia profesional o gremial. Yo pediría a ustedes que mediten sobre este asunto que yo sólo dejo apuntado con una flecha indicadora, y que se decidan a comenzar una cruzada interior y exterior por la dignificación profesional. Digo interior, porque cada día creo más en que las reformas o salen del tuétano del alma y asoman hacia afuera firmes como el cuerno del testuz del toro, o bien se hacen en el exterior como cuernecillos falsos pegados con almidón. El primer tiempo será pensar la profesión lo mismo que un pacto firmado con Dios o con la ciencia, y que obliga terriblemente

a nuestra alma, y después de ella, a nuestra honra mundana. El segundo tiempo será organizar las corporaciones o gremios profesionales donde no existen, y donde ya se fundaron, depurarlos de corrupción y de pereza, vale decir, de relajamiento. El tercer tiempo será obligar a la sociedad en que se vive, a que vuelva a dar una consideración primogénita a las profesiones que desdeña y rebaja.

La tercera grada sube blandamente desde las otras dos: a la larga siempre se respeta lo respetable, y se acaba por amar lo que presta un buen servicio.

El orgullo del título es hermoso y razonable como el de cualquier campeonato, y yo miro con gusto las caras radiantes de los jóvenes que han venido a recibir en un diploma una especie de nombre nobiliario.

Cada profesión es de hecho un linaje, y saltar de la banca obscura a la platea asistida del reverbero justifica una complacencia, mucho más todavía en la juventud. El linaje de los profesores comienza si se quiere con Moisés, cae sobre Aristóteles el superdidáctico, y sigue serpenteando hacia Rousseau, Pestalozzi y Froebel. El linaje médico, para no mentar sino una más, ha contado ayer Pasteur y tiene aún, a Dios gracias, a Ramón y Cajal.

Pero es grave cuidado, como ustedes saben, la guarda de los linajes intelectuales, mucho más escabrosos que la de los otros linajes. El peso de la honra que se trae consigo cualquier profesión, vieja o moderna, abruma de obligaciones porque abruma el mérito cumplido.

Amigos míos, es mi deseo que algunos de los nombres que van a pronunciarse en esta sala, entren en la categoría de las iniciales de su rama y vayan derecho a la familia de los patrones de su asignatura. Amigos míos, que yo haya tenido la dicha de ser la madrina ocasional de un químico, de un botánico o de un profesor fundamental de aquellos que nuestra raza tan raleada de hombres de ciencia necesita tanto. Amigos míos, que mis palabras de mujer que no ha buscado en este mundo sino ver el mérito del varón para acatarlo y mimarlo, caigan en algún espíritu de ustedes como un semillón rojo de ambición razonable y de sugerencia ayudadora. La tierra de Eugenio María de Hostos me consiente el que yo deje caer este augurio que parecería desorbitado en otra tierra ayuna de competencia.

San Juan, mayo de 1931

SOBRE EL OFICIO

Que el oficio no nos sea impuesto: primera condición para que sea amado. Que el hombre lo elija como elige a la mujer, y la mujer lo mismo como elige al hombre, porque el oficio es cosa mucho más importante todavía que el compañero. Estos se mueren o se separan; el oficio queda con nosotros.

Solamente Dios es asunto más trascendente para el hombre que su oficio.

Andan muchos sintiéndose humillados en su profesión y pensándose superiores a ella. ¿Por qué no la dejan? La recogerán otros que le sean más leales. Cosa tonta vivir con rabia o desabrimiento en el lugar donde alguno puede permanecer con alegría. Renegar del oficio en que se vive el día es ingenuo como renegar de la piel oscura; se le lleva sin remedio, por voluntad de Dios, si es vocación, por tonta aceptación nuestra si es accidente.

La mala distribución de los oficios -el que un carpintero esté encendiendo hornos y un peón nato, brusco, pesado y zurdo dé clases a los niños- viene a ser una de las primeras causas del malestar colérico que se siente en el mundo. Eugenio D'Ors, en página que le estimo mucho, habla a un niño de la villana deslealtad en el hombre que desdeña el oficio que le viste y le nutre. Detrás del vanidoso no está aquí sino el inepto. Cada oficio hace pirámide de valores. Los ápices son iguales y con idéntica suavidad tocan el cielo. Y los bajos de la pirámide, sean ingeniería zurda o clínica torpe, se quedan en unánime plebeyez; mal carpintero, igual a mal institutor y a mala confitera.

Nunca es tarde, antes de los cuarenta años, para cambiar de oficio. Se siente el miedo de descolgarse de la profesión en que ya se ha asegurado la plaza y quedarse unos años sin célula cierta en el que se va a ensayar. Para esto, buena es la práctica de algunos sagaces de cultivar paralelamente el que llaman oficio menor, o de prueba (*de côté*, dicen los franceses). Un intelectual (que suele no serlo) da una hora de la primera mañana o una de la tarde a la encuadernación o a la jardinería, o a un taller de electricista. Si lo hace como tanteo para reconocerse capacidades, se desengañará, o se afianzará en el oficio segundón, hasta que llegue el momento de dar el salto sin ninguna

angustia. Si toma el aprendizaje por alivio de sus sesos simplemente, también resultará de ello beneficio; se hará con estas horas de ojo vuelto hacia actividad diferente y opuesta, una especie de desinfección de su vida mental. Porque cuando la profesión se vuelve vicio en nosotros, hasta el punto de que el maestro de escuela acaba por no ver el mundo sino en pedagogía -y sólo en la suya, lo que es peor- o al político se le vuelve la vida pura malicia baja y jugarreta electoral, la extensión, digamos la inundación del oficio, para en calamidad. Así fue como Felipe II acabó por sentir el reino primero y el mundo después, en patronato eclesiástico, y cómo miran su tierra y la tierra en guerrilla matonesca, porque ellos son matones de huesos y piel, algunos jefecillos de países nuestros.

Hacer el carpintero, o el curtidor, y hasta el zapatero como Tolstoi, unas horas a la semana, se vuelve salubre, crea más ancho contacto con las gentes, equilibra y humaniza muchísimo.

Inténtese cualquier ensayo, cualquiera aventura, para no continuar en el engaño del falso oficio, que nos dio un padre vanidoso, nada más que por ser el suyo o que nosotros cogimos aturdidamente, y por pereza dejamos sobre nosotros como el hongo muerto.

Son tan raros el hombre y la mujer domiciliados en oficio legítimo, que llega a parecernos suceso toparnos con ellos. A mí se me hace una fiesta verdadera mi encuentro lo mismo con el herrero que con el médico genuino. No puede creerse en una naturaleza tan estúpida que sólo logre hacer diez artesanos en una comunidad de obreros; aquí como en todas las cosas es la vanidad quien anda torciendo realidades y volviéndonos la vida necia o infecunda.

Si viviéramos los tiempos de la Esparta dura y neta, se merecerían una corrida de baqueta en plaza pública, como represalia del Estado, la legión de padres insensatos que dan a los países, en sus hijos, los falsos constructores y los falsos marinos, y los falsos maestros... y los falsos abogados cuya abundancia hace horizonte como la hierba y se come sin beneficio la noble fuerza del suelo americano.

Pero no estamos en Esparta y el oficio artificial viene matando las corporaciones y tornando estúpidas las comunidades en que uno es el nombre y el otro el hombre. Se dice «profesor» y hay que hurgar debajo de eso; se dice «licenciado», y lo mismo: porque el nombre desde hace tiempo ya no expresa sino una pretensión insolente, ni siquiera una aspiración ardorosa.

Fontainebleau, junio de 1927

CONTAR

Poco toman en cuenta en las normales para la valorización de un maestro, poco se la estiman si la tiene y menos se la exigen si le falta, esta virtud de «buen contar» que es cosa mayorazga en la escuela. Lo mismo pasa con las condiciones felices del maestro para hacer jugar a los niños, que constituyen una vocación rara y sencillamente preciosa. Lo mismo ocurre con el lote entero de la «gracia», dentro del negocio pedagógico. (El filisteísmo vive cómodo en todas partes; pero muy especialmente se ha sentado como patrón en el gremio pedagógico dirigente).

Sin embargo, «contar» es la mitad de las lecciones; contar es medio horario y medio manejo de los niños, cuando, como en adagio, contar es encantar, con lo cual entra en la magia.

Estoy hablando de la escuela primaria, naturalmente, sin que esto deje de cubrir también los tres primeros años de la secundaria.

La zoología es un buen contar de la criatura-león, de la criatura-ave y de la criatura-serpiente, hasta que ellas, una por una, caminen, vuelen o trepen delante de los ojos del niño, gesticulen y se le metan en el alma hasta ese como núcleo en que él tiene sentados a los demás seres con quienes entabla la linda familiaridad animal que es la mera infancia.

Se han de dar, primero, las estampas, todas las posibles, abundantes, numerosas estampas, sin las cuales no habrá en la sala objeto verdadero sobre el que el niño aúpe conocimiento alguno. Sobre la lámina yo pondría la aventura o el relato -muy coloreado- de la costumbre animal, ya sea dando el trozo escogido de una buena Antología Zoófila o el cuento de bestias que el profesor se sepa. Sólo después de esta doble estampa de la bestezuela, la estampa grabada y la oral, yo entraría en la descripción técnica haciéndola vigorosamente enjuta, como el trazo del aguafortista porque es engorrosa simpre para el niño: de ella pasaría, finalmente, a «lo del orden y la familia», que como trabajo de generalización es bastante ingrato para el chiquito.

Caldeado el niño con el relato, echado así de bruces en el tema, con el gusto del nadador que se zambulle, él entra en la criatura-abeja o la criatura-león como un elemento que le da gozo, y él dará dentro

del tema los pasos que se quiera o, a lo menos, los que permita la suma de interés levantado por la narración en confluencia con la imagen.

La botánica no es menos contar que la zoología, al revés de lo que algunos creen. Se cuenta con la misma arquitectura bella de relato, la cosecha y elaboración del lino; se cuentan muchos árboles americanos prodigiosos, dando al niño el mismo encantamiento de una fábula animal. Así el árbol del pan, así las palmeras -que hacen tribu vegetal-, así la tagua ecuatoriana o el alerce chileno.

La geografía es siempre un «contar» en el gran geógrafo y un puro enumerar huesoso y hacer cubos de cifras en el mediocre. Reclus, el admirable, contó larga y jugosamente; Sven Hedin y Humboldt han contado. La plaga de autores de textos de geografía no sabe contar por la boca propia ni tiene la hidalguía de citar con largueza las páginas magistrales de los clásicos con que cuenta su ramo. De donde viene ese pueblo feo y monótono que forman los textos de una ciencia que es genuinamente bella, como que es la dueña misma del panorama.

El paisaje americano es una fuente todavía intacta del bello describir y el bello narrar. Ha comenzado hace unos pocos años la tarea Alfonso Reyes con *La visión de Anáhuac*, y ese largo trozo, de una maestría de laca china en la descripción, ha de servir como modelo a cada escritor indo-americano. Nuestra obligación primogénita de escritores es entregar a los extraños el paisaje nativo íntegramente y además dignamente.

La química es también contar. Las propiedades -y no digamos los usos- de cada materia dan para relatos del mejor «maravilloso». Yo he hecho en una escuela de obreras uno con el yodo -producto precioso que sólo da nuestro país- y otro con las principales resinas, por lo cual bien sé lo que aseguro.

Yo dividía hace años a los temas en temas con aureola y temas sin aureola, es decir, los que se prestan a una transfiguración del asunto gracias a un comentario hábil y los que esquivan o rechazan su dignificación a criatura gloriosa... Ahora yo creo que no existen sino temas aureolados, o sobrenaturales, y que mi pereza para punzarlos hasta sacarles esplendor era la que me dictaba aquella tonta clasificación. He leído un artículo ajeno sobre los cristales a esas mismas alumnas obreras y las he tenido dos horas como debajo de un hechizo. Sé que después de esa lectura su mirada para el simple vidrio, y no digamos para el cristal de roca, será una mirada «nueva».

Sobra decir que la historia es un «contar», aunque no esté de más la perogrullada para los maestros que resuelven ese ramo en fechas, lugares y apellidos.

Quedamos, pues, en que quien sabe contar donosamente tiene aprovechado y seguro medio programa.

Ahora vendría esclarecer lo que es un buen contar.

Creo que no se sabe esto preguntándolo a un técnico en fábulas, o sea a un escritor, sino recordando a quiénes nos contaron en nuestra infancia los «sucedidos» prodigiosos que nos sobrenadan en la memoria desde hace treinta años.

Mi madre no sabía contar o no le gustaba hacerlo. Mi padre sabía contar, pero sabía él demasiadas cosas, desde su buen latín hasta su noble dibujo decorativo; era hombre extraordinario y yo prefiero acordarme de los contadores corrientes. Dos o tres viejos de aldea me dieron el folklore de Elqui -mi región- y esos relatos con la historia bíblica que me enseñara mi hermana maestra en vez del cura, fueron toda, toda mi literatura infantil. Después he leído cuantas obras maestras del género infantil andan por el mundo. Yo quiero decir que las narraciones folklóricas de mis cinco años y las demás que me han venido con mi pasión folklórica después son las mejores para mí, son eso que llaman «la belleza pura» los profesores de estética, las más embriagantes como fábula y las que yo llamo clásicas por encima de todos los clásicos.

El narrador en el folklore no usa del «floridismo» , no borda florituras pedantes, florituras empalagosas; no fuerza con el adjetivo habilidoso el interés; éste brota honrado y límpido del núcleo mismo de la fábula. El narrador folklórico es vivo a causa de la sobriedad, de que cuenta siempre alguna cosa mágica, o extraordinaria a lo menos, que está bien cargada de electricidad creadora. Con la repetición milenaria el relato, como el buen gimnasta, ha perdido la grasa de los detalles superfluos y ha quedado en «puros músculos» . El relato folklórico de este modo no es largo ni se encuentra atollado en las disgresiones, caminan como la flecha a su centro y no fatiga ojo de niño ni de hombre. Estas son, creo, las cualidades capitanas del relato popular.

¿Y las del contador? De lo anterior se desprenden algunas de ellas.

El contador ha de ser sencillo y hasta humilde si ha de repetir sin añadidura fábula maestra que no necesita adobo; deberá ser donoso, surcado de gracia en la palabra, espejeante de donaire, pues el niño

es más sensible que Goethe o que Ronsard a la gracia; deberá reducirlo todo a imágenes, cuando describe, además de contar, y también cuando se cuenta, dejando sin auxilio de estampa sólo aquello que no puede transmutarse en ella; deberá renunciar a lo extenso que en la narración es más gozo de adulto que de niño; deberá desgajar en el racimo de fábulas que se ha ido formando las de relación caliente con su medio: fruta, árbol, bestia o paisaje cotidianos; procurará que su cara y su gesto le ayuden fraternalmente al relato bello porque el niño gusta de ver conmovido y muy vivo el rostro del que cuenta. Si su voz es fea, medios hay de que la eduque siquiera un poco hasta sacarle alguna dulzura, pues es regalo que agradece el que escucha una voz grata y que se pliega como una seda al asunto.

Si yo fuese directora de normal, una cátedra de folklore general y regional abriría en la escuela. Además -insisto- no daría título de maestro a quien no «contase» con agilidad, con dicha, con frescura y hasta con alguna fascinación.

Avignon, febrero de 1929

EL OFICIO LATERAL

En varias partes algunas gentes me han preguntado sobre mi vida y mi reparto en dos oficios que no son nada gemelos sino opuestos.

Empecé a trabajar en una escuela de la aldea llamada Compañía Baja a los catorce años, como hija de gente pobre y con padre ausente y un poco desasido. Enseñaba yo a leer a alumnos que tenían desde cinco a diez años y a muchachones analfabetos que me sobrepasaban en edad. A la Directora no le caí bien. Parece que no tuve ni el carácter alegre y fácil ni la fisonomía grata que gana a las gentes. Mi jefa me padeció a mí y yo me la padecí a ella. Debo haber llevado el aire distraído de los que guardan secreto, que tanto ofende a los demás...

A la aldea también le había agradado poco el que le mandasen una adolescente para enseñar en su escuela. Pero el pueblecito con mar próximo y dueño de un ancho olivar a cuyo costado estaba mi casa, me suplía la falta de amistades. Desde entonces la naturaleza me ha acompañado, valiéndome por el convivio humano; tanto me da su persona maravillosa que hasta pretendo mantener con ella algo muy parecido al coloquio... Una paganía congenital vivo desde siempre con los árboles, especie de trato viviente y fraterno: el habla forestal apenas balbuceada me basta por días y meses.

Un viejo periodista dio un día conmigo y yo di con él. Se llamaba don Bernardo Ossandón y poseía el fenómeno provincial de una biblioteca, grande y óptima. No entiendo hasta hoy cómo el buen señor me abrió su tesoro, fiándome libros de buenas pastas y de papel fino.

Con esto comienza para mí el deslizamiento hacia la fiesta pequeña y clandestina que sería mi lectura vesperal y nocturna, refugio que se me abriría para no cerrarse más.

Leía yo en mi aldea de la Compañía como todos los de mi generación leyeron «a troche y moche», a tontas y a locas, sin idea alguna de jerarquía. El bondadoso hombre Ossandón me prestaba a manos llenas libros que me sobrepasaban: casi todo su Flammarion, que yo entendería a tercias o a cuartas, y varias biografías formativas y encendedoras. Parece que mi libro mayor de entonces haya sido un Montaigne, donde me hallé por primera vez delante de Roma y de

Francia. Me fascinó para siempre el hombre de la escritura coloquial, porque realmente lo suyo era la lengua que los españoles llaman «conversacional». ¡Qué lujo, fue, en medio de tanta pacotilla de novelas y novelones, tener a mi gran señor bordelés hablándome la tarde y la noche y dándome los sucedidos ajenos y propios sin pesadez alguna, lo mismo que se deslizaba la lana de tejer de mi madre! (Veinte años más tarde ya llegaría a Bordeaux y me había de detener en su sepultura a mascullarle más o menos esta acción de gracias: «Gracias, maestro y compañero, galán y abuelo, padrino y padre»).

A mis compatriotas les gusta mucho contarme entre las lecturas tontas de mi juventud al floripondioso Vargas Vila, mayoral de la época; pero esos mismos que me dan al tropical como mi «único» entrenador pudiesen nombrar también a los novelistas rusos, que varios de ellos aprovecharon en mis estantitos.

Mucho más tarde, llegaría a mí el Rubén Darío, ídolo de mi generación, y poco después vendrían las mieles de vuestro Amado Nervo y la riqueza de Lugones que casi pesaba en la falda.

Poca cosa era todo esto, siendo lo peor la barbarie de una lectura sin organización alguna. ¡Pena de ojos gastados en periódicos, revistas y folletines sin hueso ni médula! ¡Pobrecilla generación mía, viviendo, en cuanto a provinciana, una soledad como para aullar, huérfana de todo valimiento, sin mentor y además sin buenas bibliotecas públicas! Ignoraba yo por aquellos años lo que llaman los franceses el *métier de côté*, o sea, el oficio lateral; pero un buen día él saltó de mí misma, pues me puse a escribir prosa mala, y hasta pésima, saltando, casi enseguida, desde ella a la poesía, quien, por la sangre paterna, no era jugo ajeno a mi cuerpo.

Lo mismo pudo ocurrir, en esta emergencia de crear cualquiera cosa, el escoger la escultura, gran señora que me había llamado en la infancia, o saltar a la botánica, de la cual me había de enamorar más tarde. Pero faltaron para estos ramos maestros y museos.

En el descubrimiento del segundo oficio había comenzado la fiesta de mi vida. Lo único importante y feliz en aldea costera sería el que, al regresar de mi escuela, yo me ponía a vivir acompañada por la imaginación de los poetas y de los contadores, fuesen ellos sabios o vanos, provechosos o inútiles.

Mi madre, mientras tanto, visitaba la vecindad haciéndose querer y afirmándome así el empleo por casi dos años. Yo lo habría perdido en razón de mi lengua «comida» y de mi hurañez de castor

que corría entre dos cuevas: la sala de clase, sin piso y apenas techada, y mi cuartito de leer y dormir, tan desnudo como ella. La memoria no me destila otro rocío consolador por aquellos años que el de los mocetones de la escuela, los que bien me quisieron, dándome cierta defensa contra la voz tronada de la Jefa y su gran desdén de mujer bien vestida hacia su ayudante de blusa fea y zapatos gordos. Yo había de tener tres escuelas rurales más y una «pasada» por cierto liceo serenense. A los veinte años ingresé en la enseñanza secundaria de mi patria y rematé la carrera como directora de liceo. A lo largo de mi profesión, yo me daría cuenta cabal de algunas desventuras que padece el magisterio, las más de ellas por culpa de la sociedad, otras por indolencia propia.

Una especie de fatalidad pesa sobre maestros y profesores; pero aquí la palabra no se refiere al hado de los griegos, es decir, a una voluntad de los dioses respecto de hombre «señalado», sino que apunta a torpezas y a cegueras de la clase burguesa y de la masa popular.

La burguesía se preocupa poco o nada de los que apacientan a sus hijos y el pueblo no se acerca a ellos por timidez. Nuestro mundo moderno sigue venerando dos cosas: el dinero y el poder, y el pobre maestro carece y carecerá siempre de esas grandes y sordas potencias.

Es cosa corriente que el hombre y la mujer entren a su Escuela Nacional siendo mozos alegres y que salgan de ella bastante bien aviados para el oficio y también ardidos de ilusiones. La ambición legítima se la van a paralizar los ascensos lentos; el gozo se lo quebrará la vida en aldeas paupérrimas adonde inicie la carrera, y la fatiga peculiar del ejercicio pedagógico, que es de los más resecadores, le irá menguando a la vez la frescura de la mente y la llama del fervor. El sueldo magro, que está por debajo del salario obrero, las cargas de familia, el no darse casi nunca la fiesta de la música o el teatro, la inapetencia hacia la naturaleza, corriente en nuestra raza, y sobre todo el desdén de las clases altas hacia sus problemas vitales, todo esto y mucho más irá royendo sus facultades y el buen vino de la juventud se les torcerá hacia el vinagre.

El ejercicio pedagógico, ya desde el sexto año, comienza a ser trabajado por cierto tedio que arranca de la monotonía que es su demonio y al cual llamamos vulgarmente «repetición». Se ha dicho muchas veces que el instructor es un mellizo del viejo Sísifo dantesco. Ustedes recuerdan al hombre que empujaba una roca

hasta hacerla subir por un acantilado vertical. En el momento en que la peña ya iba a quedar asentada en lo alto, la tozuda se echaba a rodar y el condenado debía repetir la faena por los siglos de los siglos. Realmente la repetición hasta el infinito vale, si no por el infierno, por un purgatorio. Y cuando eso dura veinte años, la operación didáctica ya es cumplida dentro del aburrimiento y aun de la inconciencia.

El daño del tedio se parece, en lo lento y lo sordo, a la corrosión que hace el cardenillo en la pieza de hierro, sea él un cerrojo vulgar o la bonita arca de plata labrada. El cardenillo no se ve al comienzo, sólo se hace visible cuando ya ha cubierto el metal entero.

Trabaja el tedio también como la anemia incipiente; pero lo que comienza en nonada, cunde a la sordina, aunque dejándonos vivir, y no nos damos cuenta cabal de ese vaho que va apagándonos los sentidos y destiñéndonos a la vez el paisaje exterior y la vida interna. Los colores de la naturaleza y los de nuestra propia existencia se empañan de más en más y entramos, sin darnos mucha cuenta de ello, en un módulo moroso, en las reacciones flojas y en el desgano o desabrimiento. El buen vino de la juventud, que el maestro llevó a la escuela, va torciéndose hasta acabar en vinagre, porque la larga paciencia de este sufridor ya ha virado hacia el desaliento. Guay con estos síntomas cuando ya son visibles: es lo de la arena invasora que vuela invisible en el viento, alcanza la siembra, la blanquea, la cubre y al fin la mata.

Bien solo que está el desgraciado maestro en casi todo el mundo, porque este mal que cubre nuestra América del Sur casi entera, aparece también en los prósperos Estados Unidos, domina buena parte de Europa y sobra decir que infesta el Asia y el Africa.

Si el instructor primario es un dinámico, dará un salto vital hacia otra actividad, aventando la profesión con pena y a veces con remordimiento: la vocación madre es y fuera de su calor no se halla felicidad. Lo común, sin embargo, no es dar este salto heroico o suicida; lo corriente es quedarse, por la fuerza del hábito, viviendo en el ejercicio escolar como menester que está irremediablemente atollado en el cansancio y la pesadumbre. Ellos seguirán siendo los grandes afligidos dentro del presupuesto graso de las naciones ricas y de los erarios más o menos holgados; los sueldos suculentos serán siempre absorbidos por el Ejército y la Armada, la alta magistratura y la plana mayor de la política. Afligidos dije y no plañideros, pues cada instructor parece llamarse «el Sopórtalo-todo».

Con todo lo cual, nuestro gran desdeñado, aunque tenga la

conciencia de su destino y de su eficacia, irá resbalando en lento declive o en despeño, hacia un pesimismo áspero como la ceniza mascada. Si es que no ocurre cosa peor: el que caiga en la indiferencia. Entonces ya él no reclamará lo suyo, e irá, a fuerza de renuncias, viviendo más y más al margen de su reino, que era la gran ciudad o el pueblecito. Con lo cual acaece que «el hombre primordial del grupo humano» acaba por arrinconarse y empiezan a apagarse en él las llamadas facultades o potencias del alma. El entusiasta se encoge y enfría; el ofendido se pone a vivir dentro de un ánimo colérico muy ajeno a su profesión de amor. Aquellas buenas gentes renunciadas por fuerza, que nacieron para ser los jefes naturales de todas las patrias, y hasta marcados a veces con el signo real de rectores de almas, van quedándose con la resobada pedagogía de la clase y eso que llamamos «la corrección de los deberes». Y cuando ya les sobreviene este quedarse resignados en el fondo de su almud, o sea la mera lección y el fojeo de cuadernos, esta consumación significará la muerte suya y de la escuela.

Puesto que la alegría importa a muy pocos de nuestros ciudadanos y realmente estamos solos, pavorosamente solos, para velar sobre la vida propia, cuando el tedio se ha adensado y comenzamos a trabajar como el remero de brazos caídos que bosteza con aburrimiento al mar de su amor, en este punto, ha llegado el momento de darse cuenta y echar los ojos sobre los únicos recursos que habemos y que son los del espíritu. Es preciso, cuando se llega a tal trance, salir de la zona muerta y buscar afuera de la pedagogía, pero ojalá en lugar que colinde con ella, la propia salvación y la de la escuela, a fin de que la lección cotidiana no se vuelva tan salina como la Sara de Lot.

La invención del oficio colateral trae en tal momento la salvación. Ella busca quebrar la raya demasiado geométrica de la pedagogía estática, dándole un disparadero hacia direcciones inéditas y vitales. El pobre maestro debe salvarse a sí mismo y salvar a los niños dentro de su propia salvación. Llegue, pues, el oficio segundón, a la hora de la crisis, cuando el tedio ya aparece en su fea desnudez; venga cualquiera cosa nueva y fértil, y ojalá ella sea pariente de la creación, a fin de que nos saque del atolladero.

Este bien suele obtenerse a medias o en pleno del oficio lateral. La palabra «entretener» indica en otras lenguas «mantener» o «alimentar». En verdad lo que se adopta aquí es un alimento más fresco que el oficio resabio, algo así como la sidra de manzanas bebida después

de los platos pesados...

Muchos profesores: belgas, suizos, alemanes y nórdicos, aman y practican el menester colateral y el francés lo llama con el bonito nombre de *métier de côté*. Y ellos lo buscaron desde siempre y por la higiene mental que deriva del cambio en la ocupación, y tal vez, porque algunos se dieron cuenta de cierta vocación que sofocaron en la juventud.

Los experimentadores a quienes me conocí de cerca, mostraban como huella de su experiencia más o menos estas cualidades: una bella salud corporal, en vez del aire marchito de los maestros cargados de labor unilateral, y la conversación rica de quienes viven, a turnos, dos y no un sólo mundo. Yo gozaba viendo el lindo ánimo jovial de quienes se salvan del cansancio haciendo el turno salubre de seso y mano, o sea, el casorio de inteligencia y sentidos. Todos eran intelectuales dados a alguna arte o ejercicio rural: la música, la pintura, la novela y la poesía, la huerta y el jardín, la decoración y la carpintería.

Parece que la música sea el numen válido por excelencia para ser apareado con cualquier otro oficio. Ella a todos conviene y a cada uno le aligera los cuidados; de llevar túnica de aire, parece que sea la pasión connatural del género humano. La especie de consolación que ella da, sea profunda, sea ligera, alcanza a viejos y a niños y puede lo mismo sobre el culto que sobre el palurdo. Y del consolar, la música se pasa al confortar, y hasta al enardecer, como lo hace en los himnos heroicos, tan escasos, desgraciadamente, en nuestros pueblos.

Ello tiene no sé qué poder de ennoblecimiento sobre nuestra vida y por medio de cierta purificación o expurgo sordo que realiza sobre las malas pasiones.

En una de las almas que yo más le amé a Europa, en Romain Rolland, el piano cumplía el menester de oficio colateral a toda su anchura. Metido en su propio dormitorio, como si fuese hijo, el ancho instrumento hacía de compañero al maestro, tanto como la hermana ejemplar que fue Magdalena. Y tal vez a la música debió el hombre viejo la gracia de poder escribir hasta los setenta y tantos años.

El pedagogo belga Decroly tenía, por su parte, a la horticultura como el Cireneo de su dura labor de investigación sobre los anormales. En uno de los climas menos dulces de Europa, bajo la «garúa» empapadora o la neblina durable, se le veía rodeado de la banda infantil. El hombre de cuerpo nada próspero cultivaba, con primor

casi femenino, sus arbolitos frutales y un jardincillo. (El me dijo alguna vez que nos envidiaba el despejo de los cielos americanos y que no entendía el que no diésemos nuestras clases al aire libre.)

Varios novelistas franceses (se trata de una raza harto terrícola) viven a gran distancia de las ciudades, repudiando la vida urbana por más de que ella aparezca tan ligada a su profesión de hurgadores y divulgadores del hombre. Lo hacen por tener un acre o media hectárea de espacio verde. Y hacen bien, pues regalar a la propia casa un cuadro de hierba y flores no es niñería ni alarde, que es asegurarnos el gozo visual de lo vivo, el oreo de los sentidos y la paz inefable que emana de lo vegetal y hace de la planta «el ángel terrestre» dicho por los poetas, ángel estable, de pies hincados en el humus.

Un auge muy grande ha logrado en Europa el bueno de Tagore a quien me hallé en Nueva York vendiendo cuadros suyos; se sabía también el descanso que da el solo pasar de la escritura larga y densa a la jugarreta de los dedos sobre la tela o el cartón. Ustedes saben que el maravilloso hombre hindú era también maestro, como que daba clases en su propia escuela, que él llamó, con recto nombre, «Morada de Paz».

Checoslovacos, nórdicos y alemanes, tienen en gran aprecio a la madera labrada por las manos. Como que ellos son dueños de bosques alpinos y renanos y de las selvas anteárticas.

Muchos maestros participan en la graciosa labor llamada carpintería rústica. Casas suyas he visto en donde no había silla, mesa ni juguete que no hubiesen salido de la artesanía familiar y todo eso no desmerecía de la manufactura industrial. Aquellos muebles toscamente naturales y pintados en los colores primarios -que vuelven después del olvido en que los tuvimos- , nada tenían de toscos, estaban asistidos de gracia y además de intimidad.

Respecto de Italia casi sobra hablar. Ella es, desde todo tiempo, la China de Europa, por la muchedumbre prodigiosa de sus oficios, por la creación constante de géneros y estilos y también porque la raza tenaz hurga incansablemente, arrancando materiales a su poca tierra y a su mar. Recordemos a María Montessori, recogedora genial de la herencia roussoniana, pero, además, brazo diseñador del mobiliario especializado de sus *kindergarten*. Todo él salió de su ojo preciso y de su lápiz.

A fin de no fatigarles demasiado, dejo sin decir el trabajo de la pequeña forja del hierro, que tanta boga tiene ahora en la confección de piezas decorativas para los interiores de las casas. También se me

queda atrás la labor de pirograbado sobre cuero, que alcanza una categoría artística subida. Y mucho, mucho más resta por decir.

No sobra recordar aquí a la California americana, zona donde la jardinería se pasa del amor a la pasión. En ese Edén creado sobre el desierto mondo, los maestros se sienten en el deber de saber tanto como los jardineros de paga sobre el árbol y la flor, la poda y los injertos, los abonos y el riego. Horticultura y floricultura son allí dos oficios de todas las edades y suelen aparecérseme a la casa hasta los niños a ofrecerme servicios que suelen resultar bien válidos.

Nosotros, la gente del Sur, hemos de llegar a la misma pasión, cumpliéndose sobre terrenos muy superiores al subsuelo paupérrimo de California. Siempre se dijo que la profesión humana por excelencia, en cuanto a primogénita, es el cultivo del suelo, sea él óptimo, amable o rudo.

Les confieso que yo, ayuna para mi mal de la música e hija torcida de mi madre bordadora, a la cual no supe seguir, me tengo como único oficio lateral el jardineo y les cuento que dos horas de riego y barrido de hojas secas me dejan en condiciones de escribir durante tres más; sol e intemperie libran de ruina a los viejos: el descanso al aire libre es mejor que el de la mano sobre la mano.

El trabajo manual, todos lo sabemos, sea porque suele cumplirse a pleno aire, sea porque la fatiga de los músculos resulta menos mala que el agobio del cerebro, puede salvar en nosotros, junto con la salud, la índole jocunda, el natural alegre. Manejada con tino, y más como distracción que como faena, la labor manual se vuelve el mejor camarada y un amigo eterno. Añádase a esto aún el hecho de que su experiencia nos hace entender la vida de la clase obrera. El tajo absoluto que divide, para desgracia nuestra, a burgueses y trabajadores, viene en gran parte de la ignorancia en que vivimos sobre la rudeza que hay en el trabajo minero, en la pesquería, en ciertas industrias que son mortíferas y también en la agricultura tropical. Quien no haya probado alguna vez en su carne la encorvadura del rompedor de piedras o la barquita pescadora que cae y levanta entre la maroma de dos oleajes, y quien no haya cortado tampoco la caña en tierras empantanadas, ni haya descargado fardos en los malecones, no podrá nunca entender a los hombres toscos de cara mal agestada y alma ácida que salen de esas bregas. Y estos hombres suelen ser los padres de aquellos niños duros de ganar y conllevar que se sientan en nuestras escuelas.

Aunque parezca que el oficio segundón es siempre mero recreo,

él suele tomar un viraje utilitario. Vi en Europa que maestros jubilados con pensiones irrisorias, que ya no les valen a causa de la desvalorización de la moneda, se han puesto a mercar con la artesanía aprendida como mero deporte. Así viven ellos hoy, y van sacando a flote su pan, de modo que el menester colateral fue promovido a oficio único y da de comer, y paga al viejo médico y medicinas.

Alguno de ustedes se van a decir ahora: «¿Y por qué a Gabriela le importa tanto defenderse del tedio y quiere poner solaz a una profesión cuya índole siempre será dura y producirá agobio?»

Yo les respondo que la felicidad, o a lo menos el ánimo alegre del maestro, vale en cuanto a manantial donde beberán los niños su gozo, y del gozo necesitan ellos tanto como de adoctrinamiento.

1949

LA UNIDAD DE LA CULTURA

Incorporada a la Universidad de Guatemala sin haber hecho méritos para ello, sin que me valga como justificación para aceptar la honra del doctorado honoris causa otra cosa que la sangre común y mi pasión atenta del destino de la América nuestra, cúmpleme decir en el seno del claustro el agradecimiento que los leales saben dar en caso semejante y mi concepto de la obra de las universidad en nuestros pueblos.

El territorio de Guatemala, con los de Yucatán, Oaxaca y el Cuzco, lleva la aureola de aquellos puntos geográficos sagrados a donde la raza se da cita para confortarse en la consideración de un pasado resplandeciente, para sopesar sus metales interiores, examinando los oros de espiritualidad y los bronces de resistencia que llevamos en nosotros, en cuanto herederos de mayas y quechuas, y para saber hasta dónde podemos llegar, hasta dónde nos alcanzan los tuétanos y los alientos que nos fueron transmitidos, cuáles son, en fin, las posibilidades de la casta.

Cualquier americano que aspire a hacerse una conciencia de tal, cualquier hombre o mujer del Sur que se dedica a tomar posesión de la raza en totalidad, aquí ha de venir, como yo he venido, a la Guatemala de Quiriguá, a hacer en sus piedras santas la turbadora averiguación del alma maya, y a rematar en la bella ciudad colonial que es la vuestra, su colección de las ciudades españolas próceres de la América, comenzada en la Lima y el México monumentales.

Mis amigos, una leyenda me traigo yo entre otras con que cargo sin ninguna gana, y es la de enemiga de la Universidad en cuanto a amiga de la instrucción popular. Nuestra mente enviciada en parcialidades antagónicas, poco gustosa de las unidades conciliadoras, cree ver en nosotros, los sarmientanos en Vasconcelos o en mí, el odio de la cultura superior contrabalanceando un amor apasionado de la escuela primaria. La ocasión es propicia para esclarecer un estado de conciencia que no se han dado el trabajo de observarme antes de definirme y ustedes me perdonarán el que yo aproveche para ello la excelente oportunidad.

En nuestra raza los hombres rara vez se yuxtaponen a los hechos y son frecuentes los bautizos fraudulentos o cuando menos engaño-

sos. Por eso los que calamos los nombres para punzar en los contenidos, solemos negar el cuerpo bautizado, y nuestra negación no corresponde a un deseo de aplastar la cosa como criatura, sino de querer que ella se eleve rotundamente a la categoría del nombre a fin de que lo lleve con una mediana legitimidad.

De este modo, yo creo en la Universidad como en una institución tan ancha y tan profunda, tan soberana de las tres dimensiones, que suelo no aceptar como tales a las universidades empequeñecidas que gobiernan no más de cuatro parcelas de la cultura nacional, cultivando, por ejemplo, las ciencias sin las industrias o éstas sin las artes.

La Universidad, para mí, carga a cuestas el negocio espiritual entero de una raza; ella constituye respecto de un país algo parecido a lo que los egipcios llamaban el doble del cuerpo humano, es decir, un cuerpo etéreo que contiene las facciones y los miembros completos del cuerpo material. La Universidad para mí, sería el doble moral de un territorio y tendría una influencia directora desde sobre la agricultura y las minas hasta sobre la escuela nocturna de adultos, incluyendo en su marco de atribución escuelas de bellas artes y de música. Suceso alguno espiritual acontecería en el territorio que no lo asistiera ella con su gran presencia; obra literaria maestra, invento industrial, sistema económico de investigación histórica alguna, aparecería en el país sin que ella se diese cuenta y tomase posesión de esas excelencias, ya sea con carácter de autor, si el creador se nutrió de ella, o de ayudadora si el inventor vive fuera de su seno y, a lo menos, de honradora, si, desgraciadamente, ella fuera ajena a ese trabajo victorioso.

Una sensibilidad de sismógrafo, un ojo sin pestañeo, de búho mitológico, haría de ella la pulsadora más delicada de la entraña nacional y la espectadora más conmovida del acontecimiento intelectual ; una conciencia riquísima de ceiba de cien brazos, capitana del horizonte, la haría respondedora de las más diferentes actividades, y cierta universalidad de Iglesia -que eso es de hecho- la obligaría hacia todas las clases por iguales partes y hacia los obreros realizadores de las cosas. (Porque ella sería de veras eso que sólo ha sido en la metáfora; el taller donde cada hombre de manos válidas tiene su ficha, su cédula y su asiento.) Madre se llamaría entonces con razón a la Universidad, porque, cual más, cual menos, todos habríamos vivido un tiempo sentados en su matriz de hacer y de cubrir, y nuestras facultades no recordarían en su forma la presión que nos contornee, y nuestro trabajo echaría, como la naranja da el

olor de su tronco, al ser la fragancia confesadora de su origen. Diferentes como los hijos, técnicos, industriales, investigadores, artistas y obreros rasos, el enfilarlos como a los hijos de Hécuba, nuestros rostros o nuestra apostura dirían en tal dejo de la voz o tal giro del pensamiento, el origen común, y la gran proclamada, la gran declarada, estaría feliz de pasar su mano del primero al último, en un ademán de inspección o de recuento, y, como Hécuba, ella nos sabría individualizados y genéricos al mismo tiempo y hechos el bloque fuerte que se llama una casta.

Quebrantada la dirección religiosa del mundo, creado el sentido absolutamente laico de la vida, para mal o bien, no lo sabemos aún, dos potencias se levantaron a recoger el lote del gobierno de los pueblos; el Estado y la Universidad, y, como una operación química con la sangre, quedaron diferenciados y visibles, flotando en el sereno inocuo de la masa, los glóbulos rojos, y los glóbulos blancos de estas dos categorías de hombres: los que manipulan lo material y los que manipulan lo espiritual. Más ostensible la operación de los rojos, cosa de ver y de tocar en la vida colectiva; más sorda, más lenta y hasta algo mágica, la obra de los blancos, a los que se ha solido declarar inútiles, porque, como el alma, confiesan menos su trabajo secreto para pasar de nuestra forma actual de vida confusa y entrar en esta forma sencilla y racional.

Pasado un siglo de preparación el Estado asumiría un carácter absoluto de administración, de empresa económica, y la Universidad gobernaría todo lo que no fuese asistencia material; ella aprobaría el sistema político más hábil; ella proporcionaría los medios industriales eficientes; ella depuraría, siguiendo conceptos estéticos ceñidos, los modelos artesanos que le llevarían, en consulta, los gremios; ella aconsejaría la distribución de los cultivos de caña, cafés y trigos; ella recolectaría los cantos escolares más calentados de emoción radical; ella dictaría los catálogos conscientes para los tipos de bibliotecas especializadas por edades y vocaciones; ella tendría, como quien dice en su mano, los diversos rayos del alma, el racional, el imaginativo y el volitivo, y de ella partirían o de ella volverían siempre, esas potencias por ímpetu espontáneo de nutrición o por parábola natural de agradecimiento.

Hoy mismo, sin embargo, Estado y Universidad forman dos potencias capitanas de nuestra vida. El primero aparece con voluntad de unidad, casi con el bulto del puño cerrado; la segunda la vemos desbaratada, pulverizada en lotes de escuelas primaria, se-

cundaria o artística y debilitada fabulosamente por este desmigajamiento.

Me acuerdo yo de la Universidad moderna, cuando veo una ilustración dantesca de esa en que, con la formidable unidad teológica, aparece el núcleo divino como un hueso de fruto, echando de sí la potencia que teje en zonas la pulpa, luego las suavidades y los colores de la piel, luego la medida del perímetro y la norma de los contornos. Y es que toda idea de unidad toma por la fuerza maneras teológicas, porque la ley de la creación se parte en esencia y modalidades, en paternidad y en finalidades, y así se nos vuelve, querámoslo o no, teología.

Dualidades no aceptaremos sino la fundamental de cuerpo y alma, de Estado y Universidad, que ya es en sí bastante tragedia esto de que tenga que separarse fatalmente en hemisferios el poder y el pensamiento, la realización y la concepción. Pero que vivamos a lo menos la unidad de la cultura nacional en forma aproximada a la que he anotado sumariamente. Los miembros de la vida espiritual de nuestros países andamos sueltos como las tribus que no han aprendido aún vertebración, y, por sueltos, desventurados y por desventurados, rebeldes, con no sé qué suicidio resuelto en la cara.

Los escritores -y ustedes honran en mí también eso- vivimos sin núcleo que nos afirme y nos sustente, desconocidos por las patrias materiales que aceptan como suyos cerros y ríos, pero no sus realidades espirituales a las que declaran montón aéreo de palabras, como si de aire no vivieran ellas en la atmósfera que las viste; pintores y escultores andan en lo mismo, viviendo bajos motes de escupemuros y amasa-monos, como si la luz que hizo una aparta de colores y una distribución de volúmenes en el paisaje, realizase cosa distinta de lo que ellos hacen, decorando el mundo para regalo de esos ojos apetitosos que son los del hombre; los músicos, familia huérfana si las hay, viven mirados como maniáticos dulces, que están empeñados en organizar la emoción común en duendes musicales, lo cual está muy bien para que hagan nuestro aire vivo y él no nos hastíe y por el hastío nos lleve al embrutecimiento.

Perdónenme ustedes que esté haciendo una especie de lamentación de las artes desgajadas de las universidades nuestras, y que esta queja, deliberadamente patética, yo la enderece en el claustro de una universidad que, tal vez, con la de México, es la que ha pecado menos que ninguna otra de nuestra raza por este capítulo. Un profundo sentido gremial hace que yo me vea siempre, en actos de esta índole,

acompañada y seguida de la masa de mi gremio abandonado que me mueve a reclamar por él, a levantar petición justa por él mismo.

Las artes, desde las llamadas bellas hasta las artesanías, sus pasos legítimos, se parecen al Ismael echado de la casa de Abraham y padre de clan infeliz, que tomaría el desierto por único derecho y adquiriría costumbre y modos de vagabundo, ciertos cinismos que son desesperaciones y ciertos nihilismos que son áspera venganza. ¿Al Jacob guardado en la casa paterna, seguro y nutrido, no le haría nunca falta, pienso yo, ver en su mesa al nómade de cara curtida, sabio en estaciones y en vientos, donoso hablador, lindo compañero para los días y para las noches? Y las ciencias promovidas y celadas por la Universidad, el Jacob de esta metáfora: ¿no se amojaman, se apelmazan y se vuelven pesadas a la larga, sin tener el contacto, siquiera tardío, de las artes ágiles y excitadoras? Por otra parte, estas artes, echadas a la intemperie como los cabritos mascadores de café del cuento ¿no se banalizarán de brincar siempre y se afiebrarán de no mirar nunca la cara de las ciencias de pestañas fijas que piensan y hacen pensar?

Unidad fortalecedora, unidad teológica, sea la frase de orden de nuestra empresa de cultura. Nada grande viviendo su grandeza puertas afuera de la Universidad; ninguna actividad con marcas espirituales echadas de este regazo, labrado por el espíritu; nada que sea nacional viviendo desgajado y hambreado por su caída del tronco que se ha asignado el destino de sostener y de alimentar.

No tomo yo actos como el presente con carácter de simple cortesía sino con el de invitación a una convivencia. Me asignan un lugar entre ustedes y pueden y deben señalarme obligación. Me gusta corresponder, si no pagar.

Cuando la Universidad de Guatemala pasada la penitencia económica del momento pueda emprender unos estudios largos de la raza aborígen, los grandes mayas fundamentales, denme entre ustedes sitio de cronista enamorada del asunto; cuando la Universidad de Guatemala emprenda la divulgación de su literatura en el extranjero, denme materiales para cooperar; cuando haga el recuento de la flora de su suelo entre la cual yo ando encandilada, y queriendo aprender algo, háganme llegar sus publicaciones botánicas, para que yo bien me informe y bien me aproveche.

Mis amigos, me acaece en la madurez de mi vida, recibir honras que me exceden tanto como excedió el abandono de mi juventud. Siendo yo de las que cuando escuchan un elogio, no dejan de seguir

viendo su propio contorno y lo miran implacablemente en su línea verdadera, me aflige la honra rebosante, como aflige al pintor de mirada honesta el trazo abultador que desequilibra la masa. A fin de que esa aflicción de espíritu no se me vuelva una vergüenza que me vaya escociendo, proporciónenme ustedes ocasión de trabajar para ir devolviendo, y acabar un día mereciendo lo que ustedes me dan en esta hora de efusión americana.

Guatemala, noviembre de 1931

EL ALMA EN LA ARTESANÍA

Yo he buscado durante estos dos años las lecturas populares de Francia, Bélgica y Suiza, a la vez que he andado mirando los oficios, revistas y libros destinados a los obreros. (Porque lo que yo admiro y amo en Francia y Bélgica es el artesano, estimándole a Suiza el campesino sobre el artesano.)

Pero en toda esta literatura para obreros yo no he tenido la suerte de encontrar sino páginas mediocres a lo Marden, tontamente exitistas, espolonazos para hacer buen mercado y disfrutar la buena paga.

Excepción hecha de un Pierre Hamp, con su serie formidable de novelas que él llama «El trabajo de los hombres», y de algunos acápites del admirable ensayista Alain, el resto es absolutamente inferior. Algunas son páginas de maestros de escuelas con buena voluntad tan insulsas como lo que casi siempre hemos escrito los del gremio didáctico; las restantes más decorosas, hablan del oficio en pura atingencia física donde el alma y la emoción sobran y cualquier desembocadura del espíritu en lo que las manos hacen, es imposible.

¿Fue siempre el obrero una máquina desgraciada de cortar suelas de zapatos? ¿Entonces resulta pura fantasmagoría y pujo sentimental el comentario que un Ruskin y otros han escrito sobre la artesanía, atribuyendo al autor del objeto hermoso alguna conciencia dichosa de lo que hace, algún gozo separado del salario, en su éxito sobre el cuero y la madera? ¿El trabajo manual sería, como afirmamos algunos de los vanidosos que garrapateamos sobre el papel, ejercicio corporal absoluto, como el del mulo en la noria, sin ninguna complicidad con el espíritu y el artesanato no tendría sino dos tramos de delicadeza sobre el aseo de las alcantarillas? Ruskin, la más noble mente que se ha ocupado del trabajo, interpretó este grande asunto de manera bien diferente. A mí se me vuelve absurdo que durante seis, ocho o doce horas el hombre pueda vivir sin una rizadura sobrenatural, con el alma colgada en un saco del que no lo tomaría sino al caer el sol.

-El alma es incómoda para el peón y aun -me decía un amigo- para el artesano. ¿Qué haría con ella en algunas faenas que son inmundas, si hasta le estorban el olfato y el tacto?

-Pero el alma -le contestaba yo- no se cierra como una llave de agua, ni se la despide para trabajar como a una suegra molesta. Sólo porque ella está entrabada prodigiosamente con cuanto hacemos -hermosura o inmundicia- el trabajo es un asunto importante. A causa de que hoy formamos obreros a base de pura destreza de la mano o agilidad de los lomos, la artesanía, de la cosa digna que fue en la Edad Media, quiere acabar en una estúpida cuadrilla de caballos diestros. Por hacer del obrero una tuerca sobre una tuerca se ha caído en la división, a veces infame y a veces estúpida, de los trabajadores en manuales e intelectuales.

¿Cómo puede el obrero que posee alguna religiosidad conformarse con dejar afuera de su trabajo su imaginación, sus amores, su moral, las excelencias de sí mismo? No lo hacía así en la Edad Media (la Edad de las Tinieblas que siguen diciendo algunos profesores zurdos) y porque el espolón de su alma atravesaba su obra, porque trabajaba en cristiano, asistido de sus imágenes piadosas, de su suavidad y de su ardor religiosos, él pudo hallar las piedras y hacer la vidriería y la ebanistería estupendas que los obreros de este tiempo copian y copian todavía. Y si el obrero pagano hizo también objetos para todas las generaciones, fue porque trabajó como el otro, incorporando a sus materiales su superstición, que era su religión. El vaso etrusco con su franja de trabajos de Hércules o de chacotas de Venus, fue obra religiosa a su manera, pero religiosa al cabo.

Todavía los pobres marroquíes y los chinos mantienen el concepto del trabajo antiguo. En la Marsella semi-africana me doy largamente el gusto de ir a sus mercados, y recuperar por una hora siquiera, la actividad manual no barbarizada, el trabajo verdaderamente culto (¡oh, Massis, desdeñador banal del Asia religiosa!), en el que el alma aparece como socia y la pasión, de visible casi se palpa.

Si en ningún libro europeo de lectura para obreros yo he encontrado una sola página en que el trabajo sea sentido e indicado como presión del espíritu en las palmas de las manos, he vuelto a gozar, en cambio, en un libro de Khalil Gibran, el oriental de New York, el trozo que copio:

«¿Y qué es trabajar con amor?

«Es tejer la tela con hilos sacados de nuestro corazón, como si vuestra amada debiera cubrirse con esa tela.»

«Es construir una casa con amor, como si vuestra amada debiera habitar esa casa.»

«Es sembrar con ternura y cosechar con gozo como si vuestro

amado debiera comer esos frutos.»

«Es infundir en cada cosa que hagáis un soplo de vuestro propio espíritu y saber que todos los muertos benditos están en torno vuestro y os miran.»

«A menudo os he oído decir como quien habla en el sueño: «El que trabaja el mármol y encuentra la forma de su alma en la piedra, es más noble que el que trabaja la gleba.»

«Y aquel que coge el arco iris y lo extiende sobre la tela en la imagen del hombre, es más grande que el que trabaja las sandalias para nuestros pies.»

«Pero yo os digo no en el sueño, sino en el mediodía, despierto, que el viento no habla más dulcemente a la encina gigante que a la más pequeña brizna de hierba; y que sólo es grande el que vuelve la voz del viento una canción más dulce con la fuerza de su amor.»

«El trabajo es el amor vuelto visible. Si trabajáis con aversión y no sabéis trabajar con amor, dejad vuestra labor e id a sentaros a las puertas del templo para recibir la limosna de los que trabajan con amor.»

«Porque si hacéis el pan con indiferencia hacéis un pan amargo que no apacigua sino a medias el hambre del hombre y si os contraría la exprimidura del racimo, vuestra contrariedad destila en el vino un veneno.»

«Y si cantáis como los ángeles y no amáis el canto, cerráis los oídos de los hombres a las voces del día y a las voces de la noche.»

Esto era lo que yo buscaba. Tenía que ser un escritor con resabio asiático el que, metido en su infierno de manufactura moderna, recordase el concepto religioso del trabajo y escribiese esto para corregir a los bárbaros verdaderos su concepto animal de las artesanías actuales.

Para uno, para tres obreros de mi tierra siquiera, yo he copiado estas palabras que se quiebran en resplandores.

Pertuir, agosto de 1927

LA AVENTURA DE LA LENGUA

Vivo agradeciendo a ustedes, californianos, día a día, y pueblo a pueblo, el interés y el amor que vuestro Estado pone en la enseñanza del español .

Vengo de hacer una ruta zigzagueada de lenguas diversas, y he visto la suerte del castellano a lo largo de esta cinta de mi viaje, tendida entre el Brasil, Suecia, Inglaterra y los Estados Unidos.

Los dos puntos en los cuales hallé nuestra lengua servida con vehemencia fueron los más opuestos que darse pueda: Suecia y California. En los dos sitios probé una verdadera euforia al comprobar que el castellano gana almas como quien siembra y cosecha a brazadas en ritmos alternos.

Sigue en el mundo la conquista de las tierras ajenas y la de los cuerpos ajenos: la vieja Conquista bruta y ávida no se ha acabado. Es la empresa resabida de brazo y coacción, de manotada y hierro, y sigue siendo odiosa, aunque se emboce de Derecho y de Bien. Prefiero a la eterna maniobra arrolladora de tierras y cuerpos, la empresa ganadora de almas, que es la expansión de cualquier idioma. Esta acción pascual de compartir el espíritu ajeno, esta marcha silenciosa de un habla sobre territorios incógnitos, no significa invasión sino apropiación recta y feliz, y me alegra las potencias: hasta que me las pone a danzar...

Comprender fue siempre goce. Si nos hace dichosos entender las funciones vitales de la planta y aprender las maniobras del instinto en los animales, ¿cómo no va a ser felicidad seguir el alma de una raza en su verbo?

La obra del día en nuestro pobre planeta es hoy precisamente el romper los sellos que guardan las arcas cerradas de ciertos pueblos y ver sus adentros y aprender en esa gruta oscura cuánto allí hay que dé una clave para tratar los jeroglíficos llamados China, o Indostán... o América del Sur.

Eso que llaman búsqueda del conocimiento, y que es, por excelencia, la tarea del hombre, requiere instrumentos sutiles. El primero de ellos es el aprendizaje de idiomas. Ustedes adoptaron este oficio fino mucho antes de que la Segunda Guerra Mundial sacudiese a los adormilados e hiciese ver a los ciegos. Y ustedes van a ser en cinco

años más quienes den testimonio recto y claro a los dirigentes de los Estados Unidos sobre los países mal deletreados, mal averiguados, que son los nuestros. Es categoría subida esta de traducir el espíritu de las razas. Pero es también trabajo muy bello, porque se trata de ver y tocar raíces y sacarlas a la luz.

El aprendizaje de un idioma fue siempre una aventura fascinante, el mejor de todos los viajes y el llamado más leve y más penetrante que hacemos a las puertas ajenas en busca, no de mesa ni lecho, sino de coloquio, de diálogo entrañable.

Los sudamericanos no somos gentes de puertas atrancadas, excepción hecha del indio puro que es huidizo, en cuanto a criatura herida y traicionada, los demás, el mestizo y el blanco del Sur, somos de una índole fácil y fluvial. Nos gusta el extraño, por una curiosidad colombina de costas nuevas; viajamos bastante, somos «projimistas», es decir, cristianos que aman convivir. Somos dados al trueque o comercio de las almas, en el sentido que dio a esta palabra aduanera el francés Valéry.

Cuando ustedes, con nuestro idioma a flor de pecho, vayan a nuestros pueblos, allá les pagaremos las marchas forzadas de los cursos de español con la moneda de la cordialidad rápida y de la lealtad. Juntos hablaremos de nuestros problemas, juntos corregiremos los feos errores del pasado, como quien enmienda planas de cuaderno escolar...

En cuanto al volumen del idioma español, no es nada angosto ni leve; el alumno siente, como el bañista del río, que se ha metido en un torrente. La riqueza del castellano es realmente la de una catarata. Mucho creció la corriente verbal por el vaciadero de las generaciones y allí está ahora despeñada sobre un muchacho californiano que la recibe, cegado de resplandor y aturdido de la música vertical.

Las demás aventuras se quedan chiquitas al lado de ésta; son nómadas. Aquí es el trance de volverse niño y aventurar el amor propio, aceptando el balbucear, el caer de bruces a cada rato y el oír las risotadas del corro. Y el reído ha de reír con la clase entera y no enojarse como los vanidosos. (En esto ayuda el buen humor americano, linda virtud.)

A ustedes, californianos, no se les ocurre que van a perder la batalla. Como el niño, vais aprendiendo sin saber cuánto, y pudiendo, y alcanzando. Pocas cosas se parecen más a una infancia que el aprendizaje de lenguas, y nada hay tan lindo como el trance de parar en seco la adultez, de hacer una pausa en ella y echar a correr por el

espacio liso de la puerilidad, del deletreo y el pinino.

Y aquí también es lo del querer para alcanzar: lo de la bravura y el denuedo americanos. La lucha con la lengua arisca y repechada vale por una batalla.

Porque cada lengua extraña es la Walkiria que está a unos pasos del que la codicia, pero la muy linajuda vive rodeada de un cintajo de fuego que pone miedo, aunque no mate a nadie... El corajudo salta y su audacia lo salva.

Entre gestas del alma, la de adquirir lenguas contrastadas me parece maravillosa. Precisamente a causa de que por ella no corre la sangre, sólo el femidillo del esfuerzo, y no se oye chirrido de sables sino a lo más un crujidito de dientes apretados... Y el ganar resulta un negocio fantástico del alma y vale por la toma de una latifundio sin horizonte...

Aprender una lengua se parece también a cualquier desembarco, al azoro de Colón o de Vasco de Gama. Primero es el penetrar en luz y aire nuevos y recibir el alud de mil criaturas inéditas que se vienen encima de golpe, y nos apabullan con su muchedumbre. Vamos y venimos dentro de la lengua novedosa, cayendo y levantando; nos parecemos al marinero mareado. Los sentidos pueden aquí y no pueden más allá. El sonido y el ritmo nuevos nos intrigan de un lado y de otro nos disgustan. Avanzamos en un zigzag de simpatías y de antipatías. Lo antipático es lo diferente, y nada más; la costumbre es una vieja remolona que detesta lo nuevo sólo por ser forastero.

El americano joven está dotado de una linda flexibilidad para esta empresa, y no carga las herrumbres reumáticas del americano colonial. Ustedes, en cuanto a pueblo futurista, no ponen mal gesto a los paisajes espirituales exóticos y les sonríen como camaradas. Estas liberalidades, estas anchuras del ojo y del entendimiento, me parecen virtudes magníficas para el nuevo «pionerismo» que viene con las Naciones Unidas y que es preciso preparar. La misión universal de los Estados Unidos representa para cada uno de ustedes una obligación rotunda y urgente. Hay que volverse válido para esta nueva Caballería que son los cursos de lenguas extranjeras, y esta preparación es de inteligencia, de ética escolar y de arrojo juvenil.

En mis veinticuatro años de vida errante, yo supe siempre que nadie iba a enseñarme la verdad acerca de las tierras que recorría, sino su tradición y su costumbre presentes, es decir, sus libros, y la vida al aire libre, o sea cierta familiaridad con los muertos y los vivos de cada región. Lo que sé de Francia me vino de esos dos lados

opuestos; lo que hizo mi pasión por Italia, fue eso mismo.

Léanse sus libros españoles y sudamericanos, como quien quiere salirnos al encuentro. Lo mejor y lo peor de nosotros allí está. Estas marcas digitales, llamadas lenguas, son más verídicas que las otras de los pasaportes, en cuanto a confusión de las razas.

Al revés de casi todas las aventuras que son cosa resonante y gesticular, la odisea verbal sólo se desarrolla en una sala de clase; ella comienza en silenciosa y larguísima recepción y pasa después al turno dulce del preguntar y el responder. En el aula de lenguas todo se resuelve, de parte del maestro, en ir vaciando, con la fineza del pasador de diamante, el emporio enorme del vocabulario y de parte del discípulo todo consiste en un alerta casi divino de las facultades, y en esa «fidelidad» a la cual llamamos vulgarmente «atención».

Pasados los primeros fosos y empalizadas filudas de la lectura extranjera, viene algo que llamaría la Doctora de Avila «unas grandes suavidades y maravillamientos». Porque una vez molida y tragada, con esófago pantagruélico, la res abierta del Vocabulario se inicia la excursión regustada y lenta por el reino ajeno, cuando la frontera está ya quemada, abierta, libre. Entonces van llegando los yantares, ya no gruesos ni agrios sino delicadísimos; es el ala del faisán español: el arribo a los místicos, honra de la cristiandad universal, al reír con Lope y Quevedo y el aguzar el entendimiento con Gracián y Góngora.

Bien pagados quedarán ustedes de sus jadeos, lo mismo que los marineros de las Carabelas, y ya bien hallados pasarán a la Antilla de las palmas, al Anáhuac del maíz y al Chile de la vid.

Algo quiero deciros sobre los americanismos. Tuve que hablar una noche en la Sorbona, e hice una confesión desnuda de mi criollismo verbal. Comencé declarando sin vergüenza alguna que no soy ni una purista ni una pura, sino persona impurísima en cuanto toca al idioma. De haber sido purista, jamás entendiese en Chile ni en doce países criollos la conversaduría de un peón de riego, de un vendedor, de un marinero y de cien oficios más. Con lengua tosca, verrugosa, callosa, con lengua manchada de aceites industriales, de barro limpio y barro pútrido, habla el treinta por ciento a lo menos de cada pueblo hispano-americano y de cualquiera del mundo. Eso es la lengua más viva que se oye, sea del lado provenzal, sea del siciliano, sea del taraumara, sea del chilote, sea del indio amazónico. (Además, ustedes no van a quedarse sin el *Martín Fierro* y sin los folklores español y criollo).

Otra manera no hay -estoy bien segura- de adentrarse en los pueblos sino con la punción lograda por la aguja del idioma. Hablo de la lengua domada y rematada. Antes de llegar al hueso del verbo extraño, no se ha ganado cosa que valga: el fruto sigue colgado en su árbol... La faena es tocar fondo como el buzo y subir de allí cargado del tesoro.

Aparte de la virtud política y cristiana que trae el aprendizaje de las lenguas latinas, estas avivan las facultades, inyectan ciertas clorofilas particularísimas y acarrean minerales misteriosos que circularán por el organismo del alma, llevando consigo la fertilización de todo un Nilo moral.

La inundación oral y auditiva, el sumírsenos el habla propia por meses o años, pone a veces temor. Parece que cuanto era nuestro se nos va, y no es cierto. Aunque por momentos creamos que la lengua intrusa nos ocupa la casa, la propia no se ha movido. Sólo ocurre que tendremos en adelante, como los ricos, dos casas de vivir, tres o siete moradas, al igual de la Santa, por donde andar agradeciendo las anchuras que nos ceden Dios y la inteligencia, la cultura más la Gracia.

California

LA MADRE: OBRA MAESTRA

El amor de la madre se me parece muchísimo a la contemplación de las obras maestras. Es magistral, con la sencillez de un retrato de Velázquez; tiene la naturalidad del relato en la *Odisea*, y también la familiaridad, que parece vulgar, de una página de Montaigne. No hay dramatismo histérico ni alharaca romántica en los días de la madre. Su vivir cotidiano corre parejo con la de una llanura al sol: en ella, como en el llano agrario, la siembra y la cosecha se cumplen sin gesticulación, dentro de una sublime llaneza.

A nadie le parece maravilloso que la mujer amamante. El amor material, al igual de la obra maestra, no arrebató a su creadora, ni asusta, por aparatosa, a su espectador. Aquel bulto doblado de palmera de leche, que se derrama sin ruido dos horas al día, no se nos ocurre que sea asunto de dolor. Pero recordemos al indiferentón que pasa sin mirar a la doblada que esa leche no es cosa aparte de la sangre, que es la manera que la sangre inventó en la mujer para sustentar, y el que no había parado mientes tal vez quede un poco azorado... La sangre de él se dió alguna vez en préstamo a un enfermo, pero nunca se regaló diez y ocho meses y de este modo admirable.

Nadie se asombra tampoco de que la madre tenga desvelo y goce sólo la mitad de su noche. El hombre ha hecho vigilia de soldado en un cuartel o tuvo noches de pescador en alta mar o ha cumplido el velorio de sus muertos algunas veces en su vida. El desvelo de la madre le parece cosa normal, como la pérdida de la luz a las seis de la tarde; y es que, sin saberlo, el varón asimila el dolor de la mujer a cualquier operación de la naturaleza. Lo turbaría sólo el que las madres, al fin cansadas, rompiesen la cuerda de su costumbre. Pero no se cansan la llanura nutricia ni la mujer; aquel cuerpo, al que llaman flaco, de poco hueso y poco músculo, y que se cree hecho para el trabajo mínimo o para las fiestas del mundo, resiste como el junco o la vara de vid al peso y a la podadora del dolor.

El espectador mira tranquilamente también a la madre del hijo loco o del degenerado. Aquella paciencia que se aproxima a la de Dios, la carencia en esa criatura de toda repugnancia; el que aquella mujer sea capaz de amar a su monstruo, no como al hijo cabal, sino

muchísimo más, todo esto se contempla sin asombro. Y sin embargo, lo que vemos es una especie de aberración, el «milagro puro». Escribir la *Ilíada* en unos años o esculpir en semanas la cabeza de Júpiter vale mucho menos que enjugar día a día la baba del demente y ser golpeada en la cara por el loco. En madres de este género yo he visto momentos que no sé decir y que me dieron calofrío, porque me pareció tocar los topes de la naturaleza y ver el punto en el que la carne se abre y muestra por el desgarrón un fuego que ciega, el del Querubín ardiendo, que en el cielo representa el amor absoluto.

Y sin ir tan lejos como en lo contado, sin apurar la desventura, acordémonos del hecho corriente de la mujer que cría hijos mediocres, guardando la actitud que tendría la madre de Marco Aurelio o la de San Agustín.

Es cosa de verle el primor con que sirve el desayuno de su rey bueno para nada: cosa de gozarle el cuidado que pone al peinarlo y vestirlo, usando en el hijo la coquetería que antes puso en ella misma. Y es inefable seguirle el encantamiento en que vive su día entero, alindando su cuarto, alisando ropas estrujadas y volviendo válido lo viejo. ¡Qué ingenio gastado en su pobre diablo! Es siempre menos fantástico el engaño del que juega sin saberlo con polvo de oro que el engaño del otro que exprime el barro bruto, tomando por un fogonazo de diamantes el relumbrón de la mica... La madre del hijo necio se siente tan favorecida como la madre de San Juan de la Cruz. Ella no creerá nunca en que la naturaleza la engañó, en que ella fue burlada por el Destino, en que está regando la higuerita estéril, que no echará ni sombra a su espalda, porque ya está comida del gorgojo.

La madre del inútil ignora su fracaso, y ¡ay del que quiera volverla lúcida!, de su pecho cae sobre el infeliz un chorro de luz que lo hace relumbrar; la fuerza que canta en su propia sangre le afirma que el hijo es fuerte. Si leyó mitologías, su hijo será Hércules, y si oyó contar *Vidas* su hijo será Marcelino Berthelot, de no ser Marie Curie... Testaruda santa, ojo con viga de oro, caracol de música que oye siempre un coro que canta, por más que sólo ella lo sienta.

Finalmente, a nadie deslumbra la pasión de la mujer por el hijo, aunque sea la pasión que más dure. Veinte, sesenta años está en pie, y esto no lo produce la mera naturaleza: el frenesí del viento no dura mucho y el fervor de la cascada a ratos se relaja; la pasión del animal, más flaca que la de los elementos, vale menos aún, ya que no va más lejos que la estación. La madre rebasa lindamente la naturaleza, la quiebra, y ella misma no sabe su prodigio. Una pobre mujer se

incorpora por la maternidad a la vida sobrenatural y no le cuesta -¡qué va a costarle!- entender la eternidad: el hombre puede ahorrarle la lección sobre lo Eterno, que ella lo vive en su loca pasión. En donde esté, viva o muerta, allá seguirá haciendo su oficio, que comenzó en un día para no parar nunca. La hora en que nació su hijo, ella cogió los remos del forzado y se echó a un viaje perdurable. Se me ocurre que en el cielo de las madres ha de haber una lonja donde no existe la libertad, donde dura la servidumbre, sólo que más gozosa de la que ellas vivían sobre el cascarón terrestre.

El cariño materno tiene el mismo absurdo del amor de Dios por nosotros. Vive, alimentado o abandonado; no se le ocurre esperar «retorno» y apenas para mientes en el olvido. La zarza ardiendo asustó a Moisés; pero a ningún hijo le turba esa otra zarza que, al lado de él, se quema sin soltar ceniza, sin ralear la llama, ancha y alta como la hoguera de la ceiba cuando sube entera.

Preciosa criatura, que vive la gracia del genio dentro de una rasa naturalidad. El genio le cayó al pecho, no a la frente, pero bajó en un torrente más cálido que el del genio intelectual (luz de luna que a veces no fecunda cosa que valga), y este genio se transfiguró en ella en humildad, matando el orgullo que en el hombre es la costumbre genial.

Río de Janeiro, agosto de 1940

LLAMADO POR EL NIÑO

Este es un día de unidad y, además, de reconciliación de todos nosotros en el Niño.

Nuestras discusiones partidistas hacen hoy un paro: huelgan, sobran. Porque muchas cosas podemos discutir, menos este gran bochorno que se llama el Niño desnudo y hambriento.

El no pidió nacer y él pide sin más alegato que su pobre cuerpo que nos declara el sustento a medias, el cuarto insalubre, el mal vivir.

Por primera vez vamos a dar para una criatura sin raza expresa, sin patria declarada, chiquito, de cualquier parte del mundo: sudamericano, chino, italiano, polaco, judío, etc. Y sabremos, con sorpresa de nosotros mismos, que, a pesar de los chauvinismos rabiosos, el concepto de la humanidad, como el cuerpo indivisible de Cristo, está latente a mitad de nuestro espíritu, y que este «llamado» lo hace subir a flor de pecho.

Muchas de las cosas que hemos menester tienen espera: el Niño, no. El está haciendo ahora mismo sus huesos, criando su sangre y ensayando sus sentidos. A él no se le puede responder: «Mañana». El se llama «Ahora». Pasados los siete años, lo que se haga será un enmendar a tercias y corregir sin curar.

Estamos enfermos de muchos errores y de otras tantas culpas; pero nuestro peor delito se llama abandono de la infancia. Descuido de la fuente. Ocurre en algunos oficios que la pieza estropeada al comienzo ya no se puede rehacer. Y en el caso del Niño hay lo mismo: la enmienda tardía no salva. De este modo, nosotros estropeamos el diseño divino que él traía.

Hoy es el día de dar para una muchedumbre, pero a la vez para cada uno, de dar alcanzando a todos, sin despojar a los nuestros: la probidad de las Naciones Unidas en esta distribución será irreprochable.

Comienza en la colecta de hoy un aprendizaje audaz que nunca hicimos: el de dar para el próximo y el lejano, para el nacional y el forastero. Y este ensayo no tiene nada de absurdo: es la primera y la última letra del alfabeto cristiano. Nunca ensayamos esto y alguna vez habían de conducirnos hacia una operación espiritual postergada pero inevitable, dura pero posible.

Queremos salvarnos salvando al Niño; siempre creímos que la salvación podía salir de la ayuda al pariente, al de rostro sabido. Pero Aquel a quien llamamos el Salvador no vino para el mero judío; El vino para el planeta y escandalizó con su adopción del Mundo a centuriones y a rabinos.

Pudiese ser que la flaqueza del cristianismo arranque de nuestra caridad casera y regional y de la indolencia con que miramos el hambre oriental y el hambre africana y las demás.

La mano estirada de hoy, la alcancía ambulante que va por las calles, no es que pida, «es que cobra». Todos somos deudores al bulto menudito que se esconde en nuestra montaña, que vive en los valles sin más ración que el aire y la luz y que vaga por unas ciudades a la vez suntuosas y raídas de miseria.

Hoy los colectadores nos cobran cuanto se debe al Niño, lo cual es mucho. Demos sin ceño fruncido; demos por decoro colectivo e individual, cristiano o pagano, pero demos todos. Y al soltar las monedas, procuremos ver al pedigüeño invisible, para que de su imagen nazca en nosotros la conciencia del Mundo unitario, que fue ensayado en vano por la Sociedad de las Naciones y que ahora la UNO vuelve a intentar, como quien hace segunda siembra sobre tierra helada y terca.

Las Naciones Unidas son más que una asamblea y una hechura política: ellas son la yema de una conciencia universal. Y lo mejor de sus creaciones y de su inspiración tal vez sea este «Llamado por el Niño», que es también el desagravio a la madre en falencia.

Todos fuimos niños, y dar hoy será traer a los ojos la propia infancia. Vaciar el jornal entero será recobrar la mano infantil en la cual nada se pudre porque nada se acumula y que él lleva abierta porque el Niño es un botarate a lo divino...

Mayo de 1948

MÚSICA ARAUCANA

Los recolectores líricos de una empresa norteamericana impresora de discos, que han recorrido la América Latina cumpliendo una comisión que era más nuestra que de los norteamericanos, de recoger gajo a gajo nuestro folklore desperdigado y, en buena parte, ya perdido, llegaron por fin a la Araucanía de Chile a oír cantar indios legítimos, indiada absoluta.

Dicha empresa había ya coleccionado a centenas materiales mexicanos, argentinos y colombianos, y debemos a su industria el haber podido recibir muchos miembros musicales de la raza, en forma que los coleccionistas buscadores cuentan ya como recuperado el cuerpo completo de un cancionero criollo. Pero el criollismo, aún el bonito, aún el fino, padecen en este aspecto, como en el de la costumbre, de la fealdad y de la debilidad de la mixtura. Una frase musical española con un grito indio adentro, no pedazo de «cante hondo» acostado en una melodía de sensualidad mestiza, nos disgustan la oreja delicada que les reconoce los sumandos opuestos y nos desordena la emoción que recibimos.

Yo había acabado por creer que nuestros indios araucanos tampoco en este capítulo tenían cosa de valerles como defensa y de buscarles con el cariño, lo mismo que carecen de cerámica pintada y de joyería mayor que poner al lado de los preciosos jades mexicanos o de la alfarería estupenda de los quechuas.

Finalmente, la empresa llegó por esas australidades a averiguar la canción araucana o lo que a eso se parezca, porque le viene mal a la cantilena desolada que es ella, el mote blando y un sí es no galante de «canción», palabra de entraña italiana o provenzal, mal avenida con los sabores sin melaza, seco-acerbos, tónico-agencianado de la cosa india.

Parece que el gobierno chileno incitó a la empresa, ocurrencia bonita, si no la hubiese malogrado enseguida por estupidez. Según me cuentan, un personaje oficial que escuchó con su pobre oreja los cuatro discos impresos, encontró demasiado primitivos aquellos cantos de guerra o de caza, indignos de ser mostrados como documentos raciales, y ordenó la recogida de las cuatro ediciones. Dicho personaje lleva, hasta en sus fotografías retocadas, unos indudables

huesos indios, y un desorden visible de facciones españolas y aborígenes que se le pelean en lucha desgraciada sobre su semblante de mestizo feo, de mestizo no «aconchado» todavía... Nos conocemos el ejemplar a lo largo de toda la América mestiza; mientras más le grita a un hombre el injerto mongol, mientras más le flaquean en la cara los trazos ibéricos, más rabia pone en cubrir lo descubierto y negar lo ostensible y aventarse el indio siamés de cuerpo y de alma, y sobre todo de su cuerpo.

Los cuatro únicos discos araucanos fueron, pues, excluídos de la venta y arrinconados en almacenes fiscales o legaciones. Por una casualidad bienaventurada me he conseguido la pequeña colección a pesar de los pesares.

La raza gris

Extraño pueblo el araucano entre los otros pueblos indios, y el menos averiguado de todos, el más aplastado por el silencio, que es peor que un *pogrom* para aplastar una raza en la liza del mundo.

Mientras norteamericanos y alemanes fojean el suelo de Yucatán, su archivo acostado en arcillas leales, donde la raza está mucho mejor contada que en los dudosos historiadores-soldados, y la remoción entrega cada mes novedades grandes y pequeñas; y mientras el sistema de vida social quechua-aimará sigue recibiendo comentario y comentario sapientes que lo hacen el abuelo del hecho ruso contemporáneo, a nadie le ha importado gran cosa -excepto a unos dos o tres especialistas y a otros tantos misioneros- la formidable raza gris, la mancha de águilas cenicientas que vive Biobío abajo, si vivir es eso y no acabarse.

La Araucana

Su epopeya tuvo ese pueblo, una merced con que el conquistador no regaló a los otros, el apelmazado *bouquin* de Alonso de Ercilla, que pesa unos quintales de octavas tan generosas como imposibles de leer en este tiempo.

Cualquiera hubiera pensado que un pueblo dicho en poema épico, referido elogiosamente por el enemigo, exaltado hasta la colección de clásicos españoles, sería un pueblo de mejor fortuna en su divulgación, bien querido por las generaciones que venían y asunto de cariño permanente dentro de la lengua. No hay tal; la intención generosa sirvió en su tiempo de reivindicación -si es que de eso sirvió-, pero la obra se murió en cincuenta años de la mala muerte literaria que es la del mortal aburrimiento, la de disgustar por el tono falso, que estos tiempos sinceros no perdonan, y de enfadar por el

calco homérico ingenuo de toda ingenuidad.

Lástima grande por el cantor, que fue soldado noble, pieza de carne dentro de la máquina infernal de una conquista, y más lástima aún por la raza, que pudo vivir, hasta sin carne alguna, metida en el cuerpo de una buena epopeya, que no le quedaba ancha, sino a su medida.

El bueno de Ercilla trabajó con sudores en esa loa nutrida de trescientas páginas, compuestas en las piedras de talla de las octavas reales. Cumplió con todos los requisitos aprendidos en su colegio para la manipulación de la epopeya; masticó Ilíadas y Odiseas para reforzarse el aliento, e hizo, jadeando, el transporte de la epopeya clásica hasta la Araucanía del grado 40 de latitud sur. Tan fiel quiso ser a sus modelos, según se lo encargaron sus profesores de retórica; tan presente tuvo sus Aquiles y sus Ajax, mientras iba escribiendo; tan convencido estaba, el pobre, de que la regla para el canto es una sola, según la catolicidad literaria, que se puso a cantar y contar lo mismo que Homero cantó a sus aqueos, a los indios salvajes que cayeron en sus manos.

Bastante pena se siente de la nobleza de propósito y de la artesanía desperdiciada. *La Araucana* está muerta y sin señales de resurrección dichosa, aunque me griten : «¡sacrilegio!», los letrados ancianos, y por ancianos inocentones y pacienzudos, que la leen aún y la comentan en Chile -que en España y América a ninguno se le ocurre ya comentarla ni leerla-. Tocada por donde la tañan, no suena a plata cristalina de verdad; responde como esas campanas de palo que hacía cierto burlón. Menos que sonar gayamente, echa la pobre aquellas sangres tibias que manan todavía tantos libros viejos cuando se les punza cariñosamente. Manoseada por el curioso del año treinta y dos, nuestra «Araucana» se nos queda en la mano como un pedazote de pasta de papel pesada y sordísima.

No importa el mal poema: la raza vivió el valor magnífico; la raza hostigó y agotó a los conquistadores; el pequeño grupo salvaje, sin proponérselo, vengó a las indiadas laxas del continente y les dejó, en buenas cuentas, lavada su honra.

Cómo los hemos matado

El pueblo araucano se sume y se pierde para el mundo después de su asomada a la epopeya. La conquista de Chile se consuma en toda la extensión del territorio, excepto en la zona de la maravillosa rebeldía; la Colonia sacude de tanto en tanto su modorra para castigar a la digna indiada con incursiones sangrientas y rápidas que

la aplacan por uno o dos años. Acabado el coloniaje vulgar y poltrón, llegará la independencia sin traer novedades hazañosas en la zona centauresca, trayendo sólo ciertos procedimientos nuevos en la lucha.

El mestizaje criollo había de ser igual o peor que la casta ibera hacia la raza materna, y de maternidad ennoblecedora de él mismo, a quien alabará siempre en los discursos embusteros de las fiestas, pero a la que evitará dejar subsistente y entera. El mestizaje descubriría la manera de desfondar la fortaleza araucana y de relajar su testarudez dando rienda suelta a sus vicios, particularmente a la embriaguez en unas ocasiones, y arrancando a la indiada de su región para dispersarla y enloquecerla con la pérdida del suelo en otras, señalándole la famosa «reducción», la sabida «reserva», como un marco insalvable.

Los españoles, vencidos y echados, han debido reírse de buena gana muchas veces de cómo el criollo americano, en todas partes, continuó el aniquilamiento del aborigen con una felonía redonda que toma el contorno del perfecto matricidio.

Mucho se ha asegurado que el alcoholismo es la causa más fuerte de la destrucción indígena o la única de sus causas. La que escribe vivió en ciudad chilena rodeada de una «reducción», y puede decir alguna cosa de lo que entendió mirándoles vivir un tiempo.

Creo que estas indiadas, como todas las demás, fueron aventadas, enloquecidas y barbarizadas en primer lugar por el despojo de su tierra: los famosos «lanzamientos» fuera de su suelo, la rapiña de una región que les pertenecía por el derecho más natural entre los derechos naturales.

Hay que saber, para aceptar esta afirmación, lo que significa la tierra para el hombre indio; hay que entender que la que para nosotros es una parte de nuestros bienes, una lonja de nuestros numerosos disfrutes, es para el indio su alfa y su omega, el asiento de los hombres y el de los dioses, la madre aprendida como tal desde el gateo del niño, algo como una esposa por el amor sensual con que se regodea en ella y la hija suya por siembras y riesgos. Estas emociones se trenzan en la pasión profunda del indio por la tierra. Nosotros, gentes perturbadas y corrompidas por la industria; nosotros, descendientes de españoles apáticos para el cultivo, insensibles de toda insensibilidad para el paisaje, y cristianos espectadores en vez de paganos convividores con ella, no llegaremos nunca al fondo del amor indígena del suelo, que hay que estudiar especialmente en el

indio quechua, maestro agrario en cualquier tiempo.

Perdiendo, pues, la propiedad de su Ceres confortante y nutridora, estas gentes perdieron cuantas virtudes tenían en cuanto a clan, en cuanto a hombres y en cuanto a simples criaturas vivas. Dejaron caer el gusto del cultivo, abandonaron la lealtad a la tribu, que derivaba de la comunidad agrícola, olvidaron el amor de la familia, que es, como dicen los tradicionalistas, una especie de exhalación del suelo, y una vez acabados en ellos el cultivador, el jefe de familia y el sacerdote o el creyente, fueron reentrando lentamente en la barbarie -entrando, diría yo, porque no eran la barbarie pura que nos han pintado sus expoliadores-. Después de rematar nuestra rapiña, nos hemos puesto a lavar a lejía la expoliación, hasta dejarlo de un blanco de harina. Robar a salvajes es servir la voluntad de un Dios, que tendría una voluntad caucásica...

Recuerdos de Cautín

El anexo de mi Liceo de Niñas de Temuco funcionaba vecino al juzgado: la mayor parte de la clientela de aquella sucia casa de pleitos, resolvedora de riñas domingueras, la daba, naturalmente, la indiada de los contornos.

Cada día pasaba yo delante de ese montón de indios querellosos o querellados, que esperaba su turno en la acera, por conversar con las mujeres que habían venido a saber la suerte que corría el marido o el hijo.

Sus caras viriles, cansadas del mayor cansancio que puede verse en este mundo, me irritaban acaso por un resabio de la apología ercillana, acaso por simple sentimiento de mujer que no querría nunca mirar expresión envilecida hasta ese punto en cara de varón. Pero una cosa me clavaba siempre en la puerta del colegio, expectante y removida: la lengua hablada por las mujeres, una lengua en gemido de tórtola sobre la extensión de los trigos, unas parrafadas de santas Antígonas sufridas que ellas dirigían a sus hombres, y cuando quedaban solas, una cantilena de rezongo piadoso o quién sabe si de oración antigua, mientras el blanco juzgador, el blanco de todos los climas, ferozmente legal, decía su fallo sin saber la lengua del reo, allá adentro.

Dejé aquella ciudad de memoria amarga para mí, y no volvió a caer en mis oídos acento araucano en quince años, hasta este año de 1932, cuando mis discos me la han traído a Europa a conmoverme de una emoción que tiene un dejo de remordimiento.

Digo sin ningún reparo «remordimiento». Creo a pies juntillas en

los pecados colectivos de los que somos tan responsables como de los otros, y es el dogma de la Comunión de los Santos el que me ha traído en su espalda el dogma mellizo. Nos valen, dice el primero, los méritos de los mejores, y se comunican desde el primero al último de nosotros como el ritmo de las manos en la ronda de niños; nos manchan y nos llagan, creo yo, los delitos del matón rural que roba predios de indios, vapulea hombres y estupra mujeres sin defensa a un kilómetro de nuestro juzgados indiferentes y de nuestras iglesias consentidoras.

Las canciones

Aquí están sonando en mi casa italiana los cantos guerreros y domésticos de la garganta araucana. Ellos repiten su lamentación tantas veces como lo quiere mi oreja hambreada; ellas me dan su extraño relato humano para hablar con expresión católica, pero de veras infrahumano, de criaturas que hablan y cantan con una voz tan extraña que, si no articulasen palabras, no la reconoceríamos como de semejantes, sino como de seres de otra parte, de un planeta más desgraciado y que viviría cierta puericia que nosotros hemos dejado atrás.

Estas voces que cantan son algo más que tristes, sin que las podamos llamar desgarradoras, porque el desgarro es todavía un erguimiento; ni amargas, porque la amargura se trae clavada su puntita de rencor viril. Las bestezuelas heridas tampoco gemirían de este modo, porque dicen que en el registro de su quejido último no se pierden enteramente las otras voces dadas en las aventuras alegres, en el refocilarse del estío bueno. Las bestezuelas que se quejan en mi disco serían unas que no tuvieron disfrute de pastos grasos y saboreo de pieza sanguinosa, y que no trotaron como el huemul ágil o el puma fogoso, felices de canícula o de amor.

La voz nos confiesa, dicen, más que los gestos, más que la marcha y que... la escritura. Cierto es, y aquello que está sonando en la bendita máquina fea me lo oigo como una confesión, como un documento y como un pedazo de mi propia entraña perdida, casi irreconocible, pero que no puedo negar.

Son hermosas de profunda hermosura, sin embargo, las cuatro canciones, por una desconcertante originalidad. Eso no nos había caído a la oreja folklórica en ninguna parte; eso no viene de la quena elegíaca ni de la marimba maya; y eso no contiene una dedada de criollismo. Se ha guardado puro, en el anegamiento de la música india que hicieron cuatro siglos de batidura desordenada de las dos

sangres; se ha mantenido testarudamente puro según el empecinamiento araucano; ha dejado resbalar en el aire de Lebu o Traiguén las andaluzadas o las aragonesadas que venían de los alrededores, como el peatón deja pasar al peatón en el camino. Agradecimiento les doy a las gargantas cantadoras por esta preciosa lealtad a sí mismas, virtud en que el indio sobrepasa al blanco imitador, para el cual todas las cosas se vuelven pegadizas en este tiempo.

En torno a la vieja Araucanía los criollos han cantado tanto como han vendido y cultivado. La cantadora y la abuela de la cantadora oían la melosa canción criolla, en su balanceo de melancolía y de deseo, y su oídos aventaban la queja melodiosa, pero que no les sirve para quejarse ellas.

Palabra y canto

Asegura el buen Maragall, con cierta ingenua soberbia gremial, que el canto fue primero que la expresión hablada, por ser más natural a la condición humana, que sería una condición lírica. Tantas gentes existen para las cuales el canto no es un ansia ni una complacencia, que yo no le he creído a mi Maragall, a quien le creo gustosamente muchas cosas profundas. Sin embargo, la música araucana me ha hecho pensar en una verdad colindante con aquella fantasía.

Las cantadoras araucanas pasan sin sentirlo del habla al canto, del contar al cantar, volviendo al habla y regresando de ella a la canción con una naturalidad consumada. Me hacen pensar, mientras las oigo, en que el habla legítima del hombre pudiese ser esa mixta que escucho, conversada en las frases no patéticas del relato, y trepada a canción en cuanto el asunto sube en dignidad, se vuelve intenso, y entonces pide lirismo absoluto.

Esta pudiera ser la ley que siguieron nuestros abuelos, más atentos que nosotros, o, solamente, más sinceros en la expresión de sus sentimientos; ésta volvería a ser nuestra ley si recuperásemos los hábitos bárbaramente olvidados: el de cantar y el de dibujar, segunda y tercera forma de expresión nuestras.

La canción guerrera resulta de una belicidad bastante dudosa; no corren a lo largo de ella los ritmos de cabalgata que le pedimos, ni se oye el tamboreo sordo de la carrera a pie, y no gritan adentro de ella los chillidos guerreros, el «chivateo» araucano que precedía y seguía la marcha del clan, loco de sangre. Una serenidad sombría, una lentitud de procesión fúnebre apaga el belicismo y lo vuelve una

especie de jadeo desolado. ¿Eran ésos los cantos de la pelea ercillesca, o son las canciones «de después», en los negros tiempos de la derrota? A menos que este pueblo, desprovisto de risa y de fanfarronería, haya caminado también a la matanza y al saqueo como un rito sin alegría, que sería todo lo contrario de lo que nos han contado sus cronistas.

Canción y trabajo

Las canciones domésticas nos saben a cosas más apegadas a sus asuntos, por su gravedad dulce y su apesadumbrada monotonía. Cantaban los pueblos primitivos acompañando su trabajo; cantaba el quechua admirable, a lo largo de toda la jornada agrícola; cantaban los alfareros, los talladores de piedra y los recamadores mayas, y ésta es otra de las costumbres «salvajes» que haríamos bien de recuperar los civilizados para enmielarnos el trabajo, así el duro como el feo, y también para meter en él esa norma de ritmo que suaviza cualquier esfuerzo acordándolo con pautas invisibles y ayudadoras.

Se me ocurre que dos de esas canciones, cuya letra no entiendo, sean música acompañadora del trabajo del telar, uno de los más dulcemente rítmicos que se conocen, y formen de esta manera unas asociadas melodiosas de la industria del «choapino». Veo el grupo de indias bordadoras y tarareadoras. El lote flotante de esta pobre raza, que mantiene su robustez y la belleza de sus formas, es la mujer, menos embrutecida que el hombre por los aguardientes y ennoblecida por una maternidad ardiente. Las miro sentadas, con su cara redonda, un poco grasa, su color bastante pálido y que no amarillea como el de los trópicos; sus piernas celosamente envueltas hasta el tobillo y sus pies de obrera china, pequeños a pesar de las marchas, y más lindos de ver que los de las señoritas criollas.

Monotonías mongólicas

La monotonía de la canción es la misma que la de los demás pueblos asiáticos y se aproxima un poco a la de ciertas danzas polinesias. Los oídos acostumbrados a las modulaciones ricas, y especialmente a las barrocas, no entenderán nunca la belleza religiosa de estas tiradas lentas, de estos acunamientos profundos que los viejos pueblos se dieron a sí mismos para acompañar su tristeza y su misma alegría. El acomodamiento del oído a la letanía cuesta como el de los ojos a la belleza del desierto. H.D. Lawrence escribe con disgusto del ritmo reiterado del tambor azteca, y a un hombre irlandés hay que dejarle en esta ocasión el derecho de no entender. Nosotros, los que llevamos en la sangre la misteriosa gotera asiática,

la lágrima especiosa que vino del Oriente, y que, gruesa o pequeña, todavía puede en nuestra emoción y suele poder más que el chorro ibérico; nosotros entramos fácilmente en la magia atrapadora, en la delicia dulce de esta monotonía que mece la entraña de carne y mece también el cogollo del alma; nosotros sí somos capaces de escuchar la hora y las horas ese redoble «empalagoso» que pudiera parecerse al «ritmo pitagórico de las esferas». Al cabo podría ser mejor una armonía elemental que una barroca... la famosa armonía sideral...

El instrumento que no conocemos, el «birimbao», de una sola cuerda, ha intrigado con su acento subterráneo, que no se suelda con oboes ni salterios ni flautas, a varios músicos franceses entendedores en instrumentos de metales conocidos, de fibras estrambólicas o de combinaciones habilidosas de ambas cosas. Admirable resulta la semejanza de él con la voz de la cantadora, hasta el punto de que da la ilusión de ser lo mismo. ¿Cómo se han buscado y hallado ellos ese material tan fraterno de su entonación y cómo han concebido la idea de la perfección que puede lograrse cuando el instrumento no acompaña sino que sigue a la voz, siendo más bien una decoración subordinada a ella que un actor dialogante y asociado?

Alguno de buena voluntad que haya visto y volteado el «birimbao», me lo describa, para sabérmelo con ojos y oído, que es el buen saber, y para entender un poco la industria dichosa de donde viene ese sonido profundo e inédito, desconocido para mí y para muchas de mis gentes, que lo teníamos, pero que no lo habíamos poseído, ya que posesión es disfrute.

La Nación, 17 de abril de 1932
Buenos Aires

PALABRAS A LOS MAESTROS

Maestro, enseña con gracia, como pedía Rodó. Sin hacerte un retórico, procura dar un poco de belleza en tu lección de todos los días (mira que Cristo no divorció la hermosa intención de verdad del deseo de hermosura y gracia verbal).

Narra con donaire; sabes que tu oficio, que es de ternura, te ha vedado ser seco de corazón; también te prohíbe serlo de lenguaje.

Aprende en el libro moderno y en el antiguo las donosuras del idioma, y adquiérelas siquiera en parte.

En San Martín, tu Abraham, Bello, tu Carrera; sus biografías enardecerán más si conoces el adjetivo hermoso que pinta el carácter, el giro hábil que da movimiento al relato, el sustantivo transparente que nombra la virtud exacta (la verdadera excelencia).

No te conformes con ser claro, sé, si puedes, elegante en tu palabra.

La sobriedad, que tú sabes que es condición pedagógica de tu explicación, es don literario; la naturalidad, que también tu «Manual» te recomienda, es refinamiento artístico; la viveza del relato te la da no sólo tu entusiasmo, sino también tu habilidad científica (consciente, con intención artística).

Aprende esa sobriedad, esa naturalidad, esa viveza en Pascal, en Heine, en el Dante; no destierres ni a los escolares galanes de tu grave biblioteca. Hace bien una sonrisa.

Nadie se divorcia impunemente de la belleza, ni el sacerdote ni el propagandista, ni siquiera el mercader.

El descuido de tu lenguaje envuelve cierto desprecio de los que te oyen.

Cuando descuidas tu lenguaje, robas algo a la verdad que enseñas: le robas atractivo sobre los niños, le robas dignidad.

Te equivocas al pensar que ellos no saben de eso. Como el rústico, como el payador, como el picapedrero que canta aires hermosos sobre la cantera, el niño entiende; tienen ambos el instinto, no la ciencia por cierto, de lo divino.

Haz la prueba y te quedarás maravillado.

Léele uno de tantos cuentos insulsos de la pedagogía ordinaria que corren por allí y léele después el «Cuento a Margarita», de Rubén.

Cabe el arte dentro de tu escuela. Si decoras con Millet tu sala de clases, alegras a tus pequeños; sienten la dulzura de la Balada de Mignon en su clase de canto.

No desprecies al niño, que es toda tu vida, porque te desprecias, y haz capaz tu escuela de todo lo grande que pasa o que ha pasado por el mundo. Harás así pedagogía augusta, no gris, no pobre, no infeliz pedagogía.

Cuadernos P., 1918
Manuscritos Biblioteca Nacional

EL SENTIDO RELIGIOSO DE LA VIDA

Para mí la religiosidad es la saturación que ha hecho en la mente la idea del alma, el recuerdo de cada instante, de cada hora, de esta presencia del alma en nosotros y el convencimiento total de que el fin de la vida entera no es otro que el desarrollo del espíritu humano hasta su última maravillosa posibilidad.

La materia está delante de nosotros, extendida en este inmenso panorama que es la naturaleza con la intención aparente de hacernos olvidar lo invisible, apegándonos a su hermosura, y nuestro cuerpo está susurrándonos, que él es nuestra única realidad. Son los dos tentadores, son los dos insignes engañadores.

Religiosidad es buscar en esa naturaleza su sentido oculto y acabar llamándola al escenario maravilloso trazado por Dios para que en él trabaje nuestra alma. Respecto del cuerpo, religiosidad es vivir sacudiendo su dominio y una vez domado, hacerlo el puro instrumento siervo, que debe trabajar para el espíritu, que es su única razón de ser. No sólo los cielos, la tierra y la carne que la puebla, son esa escritura de Dios de que habla Salomón.

Nos dividimos, hombres y mujeres, en religiosos y a-religiosos (no quiero nombrar a los otros). El hombre a-religioso es el hombre frívolo. Es frivolidad rozar la corteza de las cosas y los seres y no dejar la mirada más largamente en ellos, hasta ver que detrás de esa corteza de materia hay una raíz de espíritu que la está vivificando por siglos y siglos. Es frivolidad pensar que una creación portentosa no tiene otra finalidad que desangrarse en polvo, después de brillar un millón de años; es frivolidad pensar que si nosotros los humanos hacemos el más mezquino objeto con un fin determinado, la naturaleza, ese prodigio, fuera hecha sin otra finalidad que el alimentar plantas, bestias y hombres, para que después la abonaran con su puñado de mísero polvo disperso -nada más-. Estupenda frivolidad es el materialismo que se cree, sin embargo, hijo de la observación y la ciencia.

Quiero repetir la definición que di sobre la religiosidad. Dije que era «el recuerdo constante de la presencia del alma». Entre los artistas son religiosos los que, fuera de la capacidad para crear, tienen al mirar el mundo exterior la intuición del misterio, y saben que la rosa es algo más que una rosa y la montaña algo más que una

montaña; ven el sentido místico de la belleza y hallan en las suavidades de las hierbas y de las nubes del verano la insinuación de una mayor suavidad, que está en las yemas de Dios.

Religioso fue Leonardo, el hombre que vemos inclinado sobre un lienzo nunca concluido y al que podría llamarse «el siempre insatisfecho». El hurgó en la materia y la exprimió más como un sabio en su laboratorio que como un artista en su atelier, y vio que había un resplandor detrás de su espesura ciega. Religioso Shakespeare, el reteñidor de la pasión humana. La intensidad es don espiritual; Shakespeare eleva el amor o el odio hasta que aparecen de tal modo maravillosos que salen del plano de la simple realidad fisiológica y entran en lo angélico o lo diabólico, es decir, entran en el espíritu. Tagore, entre los modernos, es religioso no sólo por sus asuntos, sino por una que llamaríamos visión de la unidad propia de los místicos que van recomponiendo en la multiplicidad de las cosas, la inefable unidad de Dios.

No es cierto que todos los místicos hayan vivido sumergidos en una ciénaga de amargura. Hay un Fray Luis de Granada y un Kempis, tristes hasta la muerte, como Cristo en la tercera hora; pero hay un Francisco de Asís, con un corazón nuevo como el lirio cuajado de rocío, y hay un San Juan de la Cruz que va bebiendo el trascender de las praderas.

Estoy alegre, dice el hombre de fe, porque trabajo en este solar de Dios que es el mundo. El quiere mirar verdes las tierras de labor y me empuja hacia los surcos, en los que quedo hasta que se van borrando de sombra. Estoy alegre de servirle y canto en el extremo de la pobreza, como canta el pájaro en la punta temblorosa de su rama. La voluntad de éste mi Señor, es a veces mi sonrisa y otras veces mi lágrima quemante.

Todo heroísmo es religiosidad, al ser olvido de las dulzuras de la vida, al ser servidumbre hacia el ensueño y desprecio de la realidad inmediata. Todos los héroes han chupado la voluntad, el fervor, la energía inaudita en esta «Certidumbre Estupenda del Alma.»

Religiosidad es, todavía, sugestión de una noble altivez.

Estoy aquí, dice el doloroso, por un escondido designio del Señor. Mi casa es un muladar y los harapos oprimen mi cuerpo; pero no siento el harapo sobre mi alma, y aparto con dignidad tranquila lo inmundo, sin deprimirme.

(Extractos de una conferencia sin fecha. 1916?-1924?)

VIAJAR

Los ingleses, esa carne lozana de puro olfateo del mar y pura voluntad de dominio, han impuesto a Europa el vicio de viajar; los franceses, sedentarios por excelencia, a pesar de sus exploradores y sus misioneros, empiezan a despabilarse. El magisterio del viaje lo hace entre ellos Paul Morand: «*Rien que la Terre*», dice él. Ya lo sabían los fenicios, tan vilipendiados, que navegaron incluso para bien de egipcios poltrones.

Antes el viaje constituía suceso, dividía la vida en dos partes, como el matrimonio; ahora va volviéndose ejercicio vulgar como el baño. Un lunes se desayunará en Copenhague y el miércoles se estará mirando ese magnífico perfil de afiche de la Libertad de New York. La facilidad de los transportes mató lo heroico del viaje, el heroico a lo Godofredo de Bouillon, reduciéndolo a la gestión sin énfasis del American Express.

La embriaguez del viaje aumenta por año: en el 2000 se señalará como un albino a aquel que no lleva en el cuerpo el olor de sus cuatro continentes, y el no haber estado en Melbourne o en el Tíbet creará a un hombre situación embarazosa en una conversación... El antiguo asombro de Simón el Estilita pasará al que nació, dio hijos y murió en su tierra.

Viajan algunos ya con displicencia; en el ojo sin avidez, en la llegada a Niza como al patio de su casa, se reconoce que ése tiene ya volteada la bolsa de maravillas del caminar y querrá ya otra cosa, por ejemplo, los circos sin viento de la luna. Lástima de ricos que se han estropeado una fiesta más, a fuerza de sobajearla demasiado.

Pero lástima sobre todo del «desatento», de la humana maleta de viaje que no recibe sino los choques de las estaciones y la marca de los hoteles. ¿Por qué éstos no ceden el boleto y se quedan?

Hay que desear que se incorpore a las costumbres, substituyendo a la postal inglesa de Navidad, un sobrio boleto de barco.

O que los gobiernos del año 2000 hagan la legislación del viaje. No viajarán los viejos, que ya han entrado en el desabrimiento sin remedio y sólo se lamentarán de los hoteles. No viajarán los bebedores de botellas internacionales con gollete plateado, ni los ciudadanos del cabaret, porque la borrachera es la misma en cualquier

meridiano y no hay ninguna necesidad de hacer concentraciones de ebrios, como de generales o de sabios, en una ciudad determinada, para volverla odiosa y estúpida. Las mujeres que viajan por las vitrinas de París y que quedan delante de ellas dos meses, y una hora en la capilla de San Luis, tendrán barcos de exposición permanente de modelos de Paquin o de Poiret, que tocarán todos los puertos del mundo... Viajarán especialmente los samoyedos y los patagones, para que el calor sea su cintura siquiera una vez en la línea del Ecuador. Viajarán también por derecho de desagravio los que estuvieron sentados de veinte años arriba.

Naturalmente yo he anotado dos artículos que me favorezcan: el de los que se han quemado con brasa blanca en el polo y el de los que han enseñado el complemento directo en una tarima hasta que el aburrimiento se hacía horizonte...

Marco dos períodos interesantes en el amor del viaje; el trimestre inicial del viaje primero y el paso del viaje-sport hacia el viaje-pasión. Aquél tiene todavía el aliento ascendente de un poema comenzado con plenitud de los sentidos: éste es el corazón mismo del poema, grave de enjundia. Después de ellos viene esa tragedia de la semi inercia dentro del propio movimiento, miseria de los ojos y de la mente que no pueden con la felicidad que tiene -dicen algunos- peso de ave, pero peso al cabo.

¿Existe un místico del viaje? Para mí el místico es el que a cada hora saborea el cielo como de nuevo. Santa Teresa va de un éxtasis al otro como un sembrador por diversas calidades de suelo fértil. No se fatiga porque sigue hincándose en la experiencia como en un fruto que tuviese capa a capa sabores diferentes. El místico del viaje ha tomado la tierra por cielo. Entiende en calidades del aire, hace jerarquías de paisajes con la tierra de llanura, la de montaña y la de colinas; ha aprendido a atisbar semblantes y tiene no sé qué goce de bibliófilo, con la diferencia sobrenatural de la cara de los hombres.

Viajero de ojo sin vulgaridad de Kodak, sabrá que las grandes ciudades se parecen en su fatalidad de receptáculos internacionales y que sólo las menores y las medianas contienen el camino de la virtud esencial. Así preferirá los Asís a Perugia y un Toledo a los Madrides, y un Orleáns y un Rouen, un Avignon o una Carcassone juntos, a París.

Viajero rico, pero rico sin necesidad, pensará que camina para elegir paisaje donde envejecer y morirse, según el consejo de Nietzsche: «Una de las cosas que el hombre debería saber en la

juventud, es qué clima y qué panorama necesitan su cuerpo y su alma.»

Escuela de humildades es el viaje. Desembarcar sin abrazos, ser en el hotel una cifra como en el presidio; transformarse en dato de pasaporte para una alcaldía y no tener nostalgia de individualizaciones ni de privilegio local, resulta a la larga más útil para perder vanidad que una lectura de Marco Aurelio. Y escuela para aprender quiénes verdaderamente nos hacen falta en el mar o el paisaje, el comentario de cuál amigo servía para las catedrales y cuál paciencia de compañera ayudaría en los «Cuidados pequeños», que decía Rubén. Escuela para descubrir qué ausentes faltan efectivamente, haciéndonos dolor.

Sólo que el viaje da vicios revueltos con virtudes. Da la costumbre del olvido. Nada penetra en nosotros sin desplazar algo: la imagen nueva se disputa con la que estaba adentro, moviéndose con desahogo de medusa en el agua; después la cubre como una alga suavemente, sin tragedia. Viajar es profesión del olvido. Para ser leal a las cosas que venimos a buscar, para que el ojo las reciba como al huésped, espaciosamente, no hay sino el arrollamiento de las otras. Por eso alguno dijo que el viaje de novios debería preceder, y no seguir, a la terrible ceremonia. Cada uno se echaría a andar tres años para saber si tiene armazón de plesiosaurio su juramento...

Pero el viaje debería ser, mejor, la entrega al azar, una religiosa dación al destino de dorso vuelto. Que, como las islas de Ulises, salta de pronto ante nuestros ojos el objeto providencial del viaje, que no sospechábamos, y que lo adoptemos, sea eso, para el inmigrante, lote en Entre Ríos o, para el joven, pasión de la Victoria de Samotracia en el Louvre.

En el año, no ya 2000 sino 2500, se podrá viajar así. El confiarse al mar se parecerá a la entrega sin designio propio a la voluntad de Dios. El mozo irá lejos a saber lo que es mejor para su alma, artesanía, mecánica o letras. El viaje aconsejará como el sueño enseña a algunos iluminados. Le señalará oficio, país y mujer. Le diría si es italiano y deberá aprender su Dante en Florencia, si platero y vivir unos años en fundición de Toledo. O si, sencillamente, es de su tierra, y no puede aprender nada sino moviéndose en la divina dulzura de lo suyo.

Junio de 1927

¡América, América! ¡Todo por ella; porque nos vendrá de ella desdicha o bien!

Somos aún México, Venezuela, Chile, el azteca-español, el quechua-español, el araucano-español; pero seremos mañana, cuando la desgracia nos haga crujir entre su dura quijada, un solo dolor y no más que un anhelo.

Maestro: enseña en tu clase el sueño de Bolívar, el vidente primero. Clávalo en el alma de tus discípulos con agudo garfio de convencimiento. Divulga la América, su Bello, su Sarmiento, su Lastarria, su Martí. No seas un ebrio de Europa, un embriagado de lo lejano, por lejano extraño, y además caduco, de hermosa caduquez fatal.

Describe tu América. Haz amar la luminosa meseta mexicana, la verde estepa de Venezuela, la negra selva austral. Dilo todo de tu América; di cómo se canta en la pampa argentina, cómo se arranca la perla en el Caribe, cómo se puebla de blanco la Patagonia.

Periodista: Ten la justicia para tu América total. No desprestigies a Nicaragua, para exaltar a Cuba; ni a Cuba para exaltar la Argentina. Piensa en que llegará la hora en que seamos uno, y entonces tu siembra de desprecio o de sarcasmo te morderá en carne propia.

Artista: Muestra en tu obra la capacidad de finura, la capacidad de sutileza, de exquisitez y hondura a la par, que tenemos. Exprime a tu Lugones, a tu Valencia, a tu Darío y a tu Nervo: cree en nuestra sensibilidad que puede vibrar como la otra, manar como la otra la gota cristalina y breve de la obra perfecta.

Industrial: Ayúdanos tú a vencer, o siquiera a detener la invasión que llaman inofensiva y que es fatal, de la América rubia que quiere vendérnoslo todo, poblarnos los campos y las ciudades de sus maquinarias, sus telas, hasta de lo que tenemos y no sabemos explotar. Instruye a tu obrero, instruye a tus químicos y a tus ingenieros. Industrial: Tú deberías ser el jefe de esta cruzada que abandonas a los idealistas.

¿Odio al *yankee*? ¡No! Nos está venciendo, nos está arrollando por culpa nuestra, por nuestra languidez tórrida, por nuestro fatalismo indio. Nos está disgregando por obra de algunas de sus virtudes y

de todos nuestros vicios raciales. ¿Por qué le odiaríamos? Que odiemos lo que en nosotros nos hace vulnerable a su clavo de acero y de oro: a su voluntad y a su opulencia.

Dirijamos toda la actividad como una flecha hacia este futuro ineludible: la América Española una, unificada por dos cosas estupendas: la lengua que le dio Dios y el Dolor que da el Norte.

Nosotros ensoberbecimos a ese Norte con nuestra inercia; nosotros estamos creando, con nuestra pereza, su opulencia; nosotros le estamos haciendo aparecer, con nuestros odios mezquinos, sereno y hasta justo.

Discutimos incansablemente, mientras él hace, ejecuta; nos despedazamos, mientras él se oprime, como una carne joven, se hace duro y formidable, suelda de vínculos sus estados de mar a mar; hablamos, alegamos, mientras él siembra, funde, asierra, labra, multiplica, forja; crea con fuego, tierra, aire, agua; crea minuto a minuto, educa en su propia fe y se hace por esa fe divino e invencible.

¡América y sólo América! ¡Qué embriaguez semejante futuro, qué hermosura, qué reinado vasto para la libertad y las excelencias mayores!

Santiago de Chile, 1922
(Revista de Revistas, México, D.F.)

NOTA: Insinúa el Editor del Repertorio a los señores maestros, la posibilidad de que los mayorcitos de las escuelas, se aprendan esta justa y magnífica invocación a la confraternidad hispano-americana.

NOTA ACLARATORIA

La presente selección de prosas mistralianas fue conformada a base de las siguientes recopilaciones que la anteceden:

«*Recados contando a Chile*» (1957), P. Alfonso M. Escudero, O.S.A.
«*Gabriela anda por el mundo*» (1978), Roque Esteban Scarpa.
«*Prosa religiosa*» (1978), Luis Vargas Saavedra.
«*Materias*» (1978), Alfonso Calderón.
«*Grandeza de los oficios*» (1979), Roque Esteban Scarpa.
«*Magisterio y niño*» (1979), Roque Esteban Scarpa.
«*Reino*» (1983), Gastón von dem Bussche.
«*Recados para América*» (1989), Mario Céspedes.

Glosario

Abra: Abertura de cerros producida por evaporación subterránea y considerada como señal de mina.
Acinchar: Poner cincha para fijar la silla en la cabalgadura.
Ahuehuete: Arbol originario de América del Norte que alcanza gran altura. Muy abundante en México.
Apegadita: Chilenismo familiar, sinónimo de apegarse afectivamente a alguien.
Araucanía: Región de Chile en donde se asentaron los mapuches.
Araucano: Nombre dado a los mapuches por D. Alonso de Ercilla en su obra La Araucana.
Araucaria: Género de árboles cuyo conjunto tiene forma de pirámide. La variedad chilena puede alcanzar hasta 40 metros de altura.
Barreteo: Abrir zanjas y hoyos con barras.
Caliche: Salitre, nitro.
Carrilano: Trabajador de la vía férrea.
Cautín: Provincia de Chile en la Novena región. Uno de los mayores asentamientos de mapuches.
Cherruve: Volcán, según la voz mapuche.
Choapino: Alfombra tejida a mano que puede tener diversos dibujos como adornos.
Conviviabilidad: Capacidad de convivir con una persona. Actitud abierta en el caso chileno.
Damasco: Albaricoque.
Elqui: Valle montañoso de la Cuarta región de Chile que se caracteriza por sus cielos especialmente aptos para labores de astronomía. En este valle se ubica Montegrande, pueblecito en donde se crió la escritora.
Golfo de Reloncaví: Se encuentra en la Décima región (Chiloé).
Huemul: Especie de ciervo chileno en extinción. Uno de los dos animales presentes en el escudo nacional de Chile.
La Serena: Capital de la Provincia de Coquimbo, Cuarta región de Chile.
Lejía: Agua en que se han disuelto una o varias sales alcalinas.
Papilla: Diminutivo familiar en reemplazo de bulbo.
Patagonia: Vasta región meridional de la América del Sur extendida entre los océanos Atlántico y Pacífico. Pertenece a Chile y a Argentina. Pampa helada.
Patagua: Arbol chileno de flores blancas, fruto capsular, madera blanca y ligera, útil para carpintería.
Parva: Mies tendida en la era.
Penquista: Habitante de la ciudad de Concepción, capital de la Octava región de Chile.
Ponche: Bebida de leche y alcohol de uva.

Puelche: Nombre dado en Chile al indígena que habita en la parte oriental de la Cordillera de los Andes./ Nombre con que se conoce al viento Este, que va de cordillera al mar.
Regato: Charco que se forma de un arroyuelo o el mismo arroyuelo.
Sarmientano: Persona que participa de las perspectivas y opiniones del escritor argentino Domingo Faustino Sarmiento, quien vivió en Chile a mediados del siglo XIX.
Soroche: Angustia que se siente en las altas montañas a causa de la escasez de aire.
Temuco: Capital de la Provincia de Cautín, Novena región de Chile.
Tendal: Toldo./ Conjunto de cosas tendidas para que se sequen./ Palo o viga que sostiene el techo de la tienda.
Vicuña: Pequeña ciudad de la Cuarta región, cuna de Gabriela Mistral.



En los 500 años de la llegada de los españoles a América,
los principales editores chilenos, agrupados
en la Cámara Chilena del Libro, presentan
esta Colección que contiene una parte
destacada de la creación literaria
de nuestro país.

Ediciones Pedagógicas Chilenas, S. A.

Ediciones Universidad Católica de Chile

Editorial Andrés Bello

Editorial Emisión

Editorial Los Andes

Editorial Salesiana

Editorial Universitaria, S. A.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A.

Fondo de Cultura Económica

Pehuén Editores

Salo Editores, S. A.

FUNDACIÓN FUTURO

Cumplidos cinco siglos de venturas y querellas tan diversas, llegó la hora de conocernos más allá de los mitos. Este volumen reúne lo mejor de la prosa de Gabriela Mistral sobre Chile, su gente y su carácter. La variada geografía del país -desde el árido desierto hasta la remota Antártida, pasando por la placidez de sus valles centrales- no escaparon a la mirada profunda de esta “contadora” de excepción.

La palabra mistraliana se impone con la naturalidad de quien camina y alza el rostro, pero dispuesto a ver y oír. Así se advierte al sumergirse en la lectura de “Pasiones del Vivir”, un libro que recoge la infinita gama de sonidos de una tierra en la que resuenan picos, palas, mezclados con el jadeo del hombre, el correr de los arroyos, y la presencia de un mar voluntarioso golpeado por un viento implacable.

Del mismo modo se hace presente el oficio del hombre, que adquiere toda su dignidad bajo la mirada profunda de la escritora. Enemiga de traficar con el dolor ajeno, Gabriela Mistral supo reclamar los derechos y los honores del artesano, al que llamó “Hombre esencial de las democracias de cualquier tiempo”.